

101 101

HUBERMAN

101 101

101 101

EL
SOCIALISMO
EN CUBA

BIBLIOTECA "MTR O JESUS SILVA HERZOG"

HX157/H8



3183

Leo Huberman y
Paul M. Sweezy

EL SOCIALISMO EN CUBA

Traductor: HORACIO ZALCE

E D I T O R I A L
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: **Latinoamérica Hoy**

Socialism in Cuba

Copyright 1969 © by Leo Huberman
and Paul M. Sweezy

Editor: *Monthly Review Press*

Primera edición en español, 1969

Segunda edición, 1970

Derechos reservados conforme a la ley

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Avenida Universidad 771

Despachos 402 y 403

México 12, D. F.

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico



INSTITUTO DE INVEST.
ECONÓMICAS

Í N D I C E

Presentación	7
Prefacio	13
1. Necesidad del Socialismo	17
2. Educación	21
3. Salud	48
4. La Necesidad de Diversificar	59
5. La Nueva Estrategia del Desarrollo	68
6. Logros Económicos, de 1959 a 1960	78
7. El Sector Privado	100
8. Incentivos	128
9. La Utilización de los Recursos	140
10. Tecnología, Esperanza para el Futuro	163
11. Economía y Política	179

LISTA DE CUADROS

1. Número total de personas a quienes se enseñó durante la campaña de alfabetización	25
2. Número total de los que permanecieron analfabetos (1961), por provincias	25
3. Educación	44
4. Inscripción escolar total, como porcentaje de la población total	45
5. Producción de ciertos productos agrícolas	61
6. Créditos de los países socialistas a Cuba	63
7. Exportaciones e importaciones	65
8. Producción azucarera de Cuba	81
9. Precipitación pluvial por provincias	83
10. Producción de energía eléctrica, 1958-1967	88
11. Producción de níquel	90

12. Compras diarias de leche por la Oficina de Aprovechamiento Estatal, provincia de Camagüey	94
13. Rendimiento de productos misceláneos	97
14. El sector privado en 1961	101
15. Granjas privadas, según el producto principal	103
16. Porcentajes de compras estatales de diversos cultivos procedentes de granjas privadas en 1966	104
17. Empresas privadas nacionalizadas hasta el 26 de marzo de 1968	121

PRESENTACIÓN

Desde que supimos que Leo Huberman y Paul M. Sweezy estaban por concluir el presente libro pensamos en la conveniencia de recogerlo en nuestra colección Latinoamérica Hoy. Habíamos publicado en ella tres ensayos de actualidad sobre Guatemala, el Brasil y Haití, así como otros tantos volúmenes sobre temas generales de interés común, y sentíamos la necesidad de una obra que ofreciera una imagen al día de la Revolución Cubana e intentara un balance de las formidables realizaciones obtenidas en la primera década a partir del triunfo de la lucha popular. Conociendo la honradez de los autores, su competencia para acometer con éxito la tarea que se habían impuesto, y su vieja y firme solidaridad hacia la Revolución Cubana, hicimos los arreglos pertinentes para publicar el libro en español, convencidos, además, de que de no proceder así otras editoriales progresistas latinoamericanas lo harían sin demora para asegurar los derechos correspondientes.

La información con que se cuenta en nuestros países sobre Cuba es cada vez más insuficiente y pobre. Al margen del material distribuido por el gobierno cubano, que generalmente es de carácter periodístico o documental —y que debido a los crecientes obstáculos con que Cuba tropieza para hacer llegar su voz a los pueblos hermanos sólo es conocido por pocas personas e instituciones—, no abundan por cierto los estudios sobre el proceso de desarrollo socio-económico que la Revolución ha hecho posible. Lo que abunda es la frecuente y dolosa tergiversación de la realidad y las seudoinformaciones que el imperialismo y sus aliados prefabrican con el propósito de confundir y desorientar a la opinión pública. Cuando más se habla de Cuba es cuando se lanza una nueva campaña de mentiras y burdas falsificaciones, que usualmente se producen cada vez que ocurre algo importante en la isla. Si se trata de un problema real se le abulta hasta desfigurarlo totalmente; si no lo hay se le inventa, y si incluso se registra cualquier avance que pueda trascender al exterior se le niega, se escandaliza en torno a supuestas crisis irreparables y se insiste en que se acerca el momento en que Cuba vuelva a ser “independiente” y “libre”, o sea en que los gu-

sanos de Miami puedan poner de nuevo la tierra de Martí a disposición de la oligarquía parasitaria criolla y de los aventureros yanquis que antes la explotaban a sus anchas.

Quando aparece, por lo tanto, un libro como el que ahora presentamos, es comprensible que despierte interés, sin que ello signifique que ésta o cualquier otra obra análoga pueda lograr la aceptación unánime de sus lectores.

El socialismo en Cuba es un estudio obviamente controvertible, que intenta examinar una realidad compleja y extraordinariamente fluida, frente a la cual es muy difícil no incurrir en errores de apreciación. En años pasados podía haber sido relativamente fácil referirse dogmáticamente a una situación como la que ahora vive Cuba, partiendo de ciertos esquemas que algunos empleaban aunque para ello fuese preciso despojar al marxismo de su fuerza creadora. Pero después de que la propia Revolución Cubana ha roto con esos y con tantos otros esquemas resulta imposible hacerlo. Aún hoy no sería difícil escribir una mediana o hasta una buena monografía limitándose a ordenar ciertos hechos y a destacar las principales tendencias del proceso cubano, sin intentar siquiera el examen de problemas de fondo. Quienes conocen a Huberman y Sweezy, que a lo largo de más de dos décadas han dicho sin reservas lo que piensan sobre las cuestiones políticas más graves, comprenderán que para ellos habría carecido de sentido viajar a Cuba, recorrer el país, hablar con decenas de personas, estudiar materiales de primera mano y, después de todo ello, limitarse a hacer una crónica superficial y meramente apologética de hechos bien conocidos.

Los lectores que hayan seguido de cerca los primeros diez años de vida de la nueva Cuba, y desde luego los cubanos que han sido los actores centrales en esa etapa decisiva del proceso revolucionario, serán quienes mejor puedan juzgar las opiniones de Huberman y Sweezy. Sabemos que estas opiniones no son absolutas o irrefutables, y a decir verdad, sin ánimo de enjuiciar el libro, nosotros mismos discrepamos de los autores en no pocas apreciaciones sobre asuntos de importancia.

Nos parece, por ejemplo, exagerado e inaceptable afirmar, como se hace al recordar el caso Voisin, que la falta de un esfuerzo autocrítico serio ha sido una de las "características endémicas de la práctica económica cubana", a cuando en no pocas ocasiones ha sido precisamente la autocrítica la que permitió corregir

ciertos errores y aun superar situaciones que en el fondo era difícil y aun imposible evitar en cada fase de la Revolución. Creemos que al considerar las perspectivas de ésta se subrayan hechos y dificultades reales, sin dar el debido peso a factores favorables que es de esperarse actúen en dirección contraria y aun compensen con creces algunas de las limitaciones que hoy están presentes. Acaso el estudio no destaca suficientemente la importancia de la cooperación que Cuba ha recibido de la Unión Soviética, lo que no implicaría en modo alguno dejar de reconocer que el esfuerzo decisivo ha correspondido desde luego al pueblo cubano y a sus esforzados dirigentes; en fin, se antoja por lo menos discutible la afirmación de que el gobierno es burocrático, sobre todo si no se da cuenta simultáneamente de los alentadores avances logrados en pocos años y de los problemas formidables con que un esfuerzo democratizador tropieza en un país en el que nunca hubo democracia, y en una etapa en que la supervivencia misma de la Revolución obliga a extremar la vigilancia de un enemigo agresivo, ubicuo y poderoso.

Probablemente no pocos hechos de aquellos que los autores califican como errores son más bien situaciones históricamente necesarias en un proceso revolucionario, en el que casi todo se hace por primera vez y ante obstáculos que nunca antes se intentó rebasar. Lo que más importa, empero, es que la Revolución está en marcha y que si bien no se han alcanzado aún ciertas metas económicas que en el papel parecían fáciles y que en la práctica han resultado demasiado ambiciosas, dada la complejidad de un cambio verdaderamente estructural, el mayor reconocimiento a la Revolución es la confianza que Huberman y Sweezy expresan al decir que "antes de que termine la década de los 70, y quizá bastante antes, Cuba debiera estar ya del otro lado, vindicada su estrategia de desarrollo y recompensados sus trabajos y sus sacrificios".

Editorial Nuestro Tiempo confía en que la publicación de este libro será útil, y en que ayudará a comprender mejor y más objetivamente el proceso revolucionario cubano, e incluso a ganar nuevos amigos para la Revolución. Acaso no falten quienes, por no compartir algunas opiniones de los autores, nos critiquen por haberlo editado. Mas en un momento como éste, en el que aun en el seno del movimiento socialista internacional existen las diferencias, los desacuerdos, las tensiones y los graves conflictos que todos conocemos y lamentamos, parecería a todas luces desmedido y pedante asumir el papel de jueces y adoptar una actitud cerrada y dog-

mática frente a los problemas de la lucha revolucionaria, que acabaría por reducirnos al silencio, que a menudo nos obligaría a tomar posturas pontificales y que, en última instancia, sólo conduciría a liquidar el modesto esfuerzo editorial en que estamos empeñados.

En el momento en que esta segunda edición aparece, Cuba hierve en renovadas transformaciones. No se puede hablar de un cambio sino de una compleja red de renovaciones que abarcan —y se interrelacionan entre sí— desde la estructura hasta las cúspides superestructurales. La vigencia y la agudeza del libro de Huberman y Swezy hoy, a posteriori, resultan indiscutibles. Pero a la vez las transformaciones del gobierno revolucionario, su creciente y demostrable interés en que el pueblo participe en la edificación de la sociedad nueva ahora que su grado de politización rebasa con mucho el mero entusiasmo y alcanza niveles de saber sumados a experiencias como las de la zafra, que si no alcanzó los diez millones de azúcar sí superó cualquiera otra de la historia cubana, y otras que implican severas y jamás escatimadas autocríticas en diálogo con el pueblo, todo demuestra que si el camino del socialismo es áspero y está obstruido por obstáculos y marginado de acechanzas sigue siendo, cuando se emprende con auténtica decisión teórica y práctica revolucionaria, el único camino propio del hombre y de las sociedades contemporáneas.

Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Si... la elección debiera ser entre el comunismo, con todos sus riesgos, y el estado actual de la sociedad con todos sus sufrimientos e injusticias; si la institución de la propiedad privada forzosamente conllevara, como consecuencia, que el producto del trabajo debiera ser repartido como ahora lo vemos, casi en razón inversa al trabajo, las porciones más grandes para aquellos que nunca han trabajado, las que siguen para aquellos cuyo trabajo es casi nominal, y así sucesivamente, en una escala descendente, disminuyendo la remuneración a medida que el trabajo se hace más duro y más desagradable, hasta que el trabajo corporal más fatigoso y extenuante no pueda contar, con certidumbre, con ganar siquiera para las necesidades elementales de la vida; si la alternativa fuere entre éste y el comunismo, todas las dificultades de éste, grandes o pequeñas, serían apenas como polvo en la balanza.

JOHN STUART MILL

Principios de Economía Política
(tercera edición y siguientes).



PREFACIO

Los títulos breves no pueden describir de manera adecuada el contenido de un libro, y *El Socialismo en Cuba* no es una excepción. Puede ser de utilidad, por lo tanto, decir desde el principio al lector un poco más acerca de lo que este libro se propone.

Hay ciertos problemas comunes a todos los países donde ha ocurrido una revolución socialista, esto es, donde el poder estatal de la burguesía y sus aliados, nacionales y extranjeros, ha sido derrocado y se ha establecido un nuevo gobierno y un ejército que representan los intereses de las clases explotadas, y en donde todos o la mayor parte de los medios de producción han sido transferidos del sector privado al público. Antes de la revolución, la estructura básica y las tendencias del desarrollo de la economía y la sociedad estaban determinadas por las fuerzas del mercado internacional e interior. Si esto continuara después de la revolución, tendría lugar una reversión, más o menos rápida, al *statu quo ante*. Pero si el gobierno revolucionario toma en serio la construcción de una sociedad cualitativamente distinta de la anterior deberá transformar la estructura económica y su modo de operar, para permitir que la conciencia y la voluntad tomen el lugar de las fuerzas socioeconómicas fundamentales del sistema capitalista-imperialista. Esto significa que el gobierno revolucionario debe convertir en sustituto del mercado como guía y motor del desarrollo económico y social. Y esto lo enfrenta, de manera inevitable, a una serie de problemas relacionados con sus metas, con los medios de alcanzarlas y con los obstáculos que se interponen en el camino. Estos problemas, tal como se han manifestado en Cuba, constituyen el tema del presente libro.

Países que albergan cerca de la tercera parte de la población mundial han hecho revoluciones socialistas en el último medio siglo y, naturalmente, existe una vasta literatura que trata del modo como que han surgido los problemas que aquí nos interesan y cómo se les ha manejado en los diferentes países, o en grupos

de éstos. Pero una literatura así con respecto a Cuba, el más joven de los países socialistas, es todavía limitada, tanto en cantidad como en contenido. *The Economic Transformation of Cuba*,* de Edward Boorstein, es excelente, pero está en su mayor parte reducida a los años 1960-1963, durante los cuales el autor ocupó puestos de responsabilidad en el gobierno revolucionario. *L'Agriculture Socialisée à Cuba*, de Michel Gutelman, es también de alta calidad y está fundada en tres años de trabajo y de observación al servicio del gobierno revolucionario; y lo mismo puede decirse de *Organisation et rapports de production dans une économie de transition (Cuba)*, de J. Joshua. Pero estas dos obras de los jóvenes economistas franceses no intentan ir más allá de la economía agrícola. Nuestro propósito ha sido más ambicioso: tratar de todo el período revolucionario y de toda la economía, concediendo atención en el último capítulo a la interrelación de economía y política.

Por supuesto que hemos tomado mucho de los trabajos de Boorstein, Gutelman y Joshua, como podrá apreciarlo el lector, y queremos expresar aquí nuestro agradecimiento a estos autores pioneros. Otras deudas con escritores aislados o con libros aparecen debidamente asentadas en las notas de pie de página. Para el resto nos hemos basado en observaciones de primera mano, en discusiones con docenas de expertos, tanto cubanos como extranjeros, y en el estudio de las publicaciones gubernamentales y periódicas cubanas. Visitamos Cuba dos veces en 1960, lo que dio por resultado nuestro anterior libro, *Cuba, Anatomy of a Revolution*; uno de nosotros regresó en 1961 y en 1965, y ambos volvimos una vez más a Cuba en febrero y marzo de 1968. Sería un placer nombrar y dar personalmente las gracias a tantas personas, dentro y fuera de Cuba, sin cuya ayuda ni este libro ni el anterior podían haberse escrito. Pero somos conscientes de que casi todo en este libro es controvertible, y mucho tememos que quienquiera a quien nombremos pueda ser injustamente identificado con opiniones o conclusiones de las que, en último análisis, nosotros solos somos los responsables. Por esto nos pareció que lo mejor era omitir todos los créditos, excepto aquellos que están explícitamente reconocidos en el texto y en las notas de pie de página. Quienes han sido generosos con su tiempo y sus consejos

* Traducida al español por esta editorial (E).

sabrán adónde se dirige nuestro agradecimiento, y quienes más han influido en nuestro modo de pensar verán quizás algo de sus propias ideas y convicciones en lo que hemos escrito.

Por segunda vez en tres años tengo la triste obligación de firmar yo solo el prefacio de una obra escrita en colaboración. Leo Huberman murió en París, el 9 de noviembre de 1968. Pero una vez más —como en el caso de *Monopoly Capital*, que escribí junto con Paul Baran— puedo decir que esto en ninguna forma disminuye el carácter colectivo del libro. Mi compañero salió hacia Europa el 23 de octubre, y dos días antes de su partida pasamos varias horas dando los toques finales a nueve de los once capítulos. Los otros dos quedaron en mi poder para una ulterior revisión y reescritura. Envié uno de ellos a Londres, a Leo, aproximadamente una semana después de que él se había ido, y tras de hacerle unos cuantos cambios editoriales menores lo aprobó. De modo que solamente un capítulo hubo de ser preparado para la imprenta después de su muerte, y en ese caso se había llegado ya a un acuerdo en todo, excepto en la forma definitiva.

Paul M. Sweezy

Nueva York.

1º de enero de 1969.

Décimo aniversario de la Revolución Cubana.

A la memoria del CHE

Necesidad del Socialismo

Algunos países del mundo están sumidos en la pobreza porque carecen de recursos naturales. No es éste el caso de los países latinoamericanos, que poseen en abundancia los recursos para hacer rica a una nación. Ningún continente del mundo se compara con Latinoamérica en cuanto a la extensión de suelo altamente fértil cultivable, o a las reservas madereras. Si se hace una lista de los metales importantes para el desarrollo de la industria—cobre, estaño, hierro, plata, oro, cinc, plomo—, todos ellos y muchos más, así como petróleo y energía hidroeléctrica se encuentran en gran abundancia en la América Latina.

Y sin embargo, el pueblo de Latinoamérica es desesperadamente pobre. Las estadísticas que presentó al Congreso el difunto presidente John F. Kennedy, en el mensaje en que proponía el programa de la Alianza para el Progreso, el 14 de marzo de 1961, relataban la historia:

El producto anual promedio *per capita* es de sólo 280 dólares, menos de la novena parte del de los Estados Unidos; y en grandes zonas, habitadas por millones de seres, es de menos de \$70...

El norteamericano promedio tiene una esperanza de vida de 70 años, y en Latinoamérica esa esperanza es de sólo 46 años. En tanto que nuestra tasa de mortalidad infantil es menor de 30 por mil, la de la América Latina pasa del 110 por mil.

El analfabetismo se extiende a casi la mitad de los adultos, llegando en un país al 90 por ciento. Y aproximadamente el 50 por ciento de los niños en edad escolar carecen de escuela...

En una de las grandes capitales latinoamericanas, una tercera parte de la población total vive en arrabales asquerosos e insoporables. En otro país, el 80 por ciento de la población vive en casuchas mal construidas y en barracas.

La pobreza, el analfabetismo, la desesperanza y una sensación de injusticia —las condiciones que alimentan la inquietud política y social— son casi universales en el campo latinoamericano.

El señor Kennedy no solamente describió las necesidades: aconsejó también los pasos que había que dar: “Un programa para un mejor uso de la tierra, educación, salubridad y vivienda... Existe la necesidad inmediata de una producción agrícola más alta y más diversificada, de una mejor distribución de la riqueza y del ingreso, y de compartir más ampliamente el proceso del desarrollo.”

La enunciación del problema por el señor Kennedy y las medidas requeridas para su solución fueron convincentes, y el Congreso de los Estados Unidos adoptó su programa de ayuda de la Alianza para el Progreso. Hoy, después de casi ocho años, se ha hecho evidente para casi todo el mundo que ese plan tiene un importante defecto: no funciona. Y no porque la partida no sea suficiente: el plan no operaría ni aun cuando el presupuesto se multiplicara por diez.

No funcionará porque no afecta a la relación imperialista que es causa fundamental de las condiciones que los Estados Unidos dicen que tratan de aliviar. Los países latinoamericanos son ricos en recursos naturales, pero sus pueblos son pobres porque sus economías están desequilibradas; la riqueza que proviene de sus recursos naturales es secuestrada por las corporaciones monopolísticas de los Estados Unidos, que han deformado esas economías mediante la concentración de las materias primas necesarias. La tierra que no está en manos de intereses extranjeros está en las de la burguesía nacional —las aristocracias terratenientes tradicionales, ahora entremezcladas con los sectores financiero, comercial e industrial. Muchas de esas tierras no están cultivadas, y muchas de las restantes están siendo subaprovechadas. A menos que los dos grupos en el poder —los capitalistas extranjeros y los nacionales— se vean forzados a abandonar el mando, sus propiedades y sus privilegios; a menos que se cambie en forma radical la estructura económica y social de estos países latinoamericanos, no se habrá hecho ninguna transformación fundamental. El pueblo seguirá sufriendo hambre.

El programa de ayuda no hará lo que el señor Kennedy dijo que haría, porque no les da a los países latinoamericanos una genuina independencia; no rompe el estrangulamiento económico

que el imperialismo norteamericano aplica en todo el continente. Sin una genuina independencia, los países latinoamericanos continuarán siendo, de hecho, dependencias coloniales de la metrópoli norteamericana. Y sus problemas fundamentales se originan, precisamente, en su historia pasada y en su presente *status* de dependencia colonial.

Pero la independencia política, aun cuando es de la mayor importancia, no es suficiente; los países latinoamericanos deben conquistar también su independencia económica. La independencia económica, en el sentido de establecer su propio control sobre su propio excedente económico, de manera que puedan aplicarlo a la inversión de capital productivo para el desarrollo planeado de toda la nación, implica cambios sociales de largo alcance que anuncian la revolución —y el socialismo.

El senador Mike Mansfield, en el *New York Times Magazine* del domingo 4 de diciembre de 1960, se encaró a “El Problema Básico de Latinoamérica”. He aquí lo que propuso hacer a cualquier país latinoamericano deseoso de desarrollarse:

- 1) Debe actuar desde luego para aliviar las más intolerables insuficiencias en la dieta, la vivienda y la salud que sufren decenas de millones de personas.
- 2) Debe mejorar su agricultura, diversificando los cultivos, ampliando la propiedad de la tierra y aumentando la superficie cultivable, e introducir las técnicas agrícolas modernas en grande escala, a fin de aumentar la producción, especialmente de alimentos.
- 3) Debe determinar el establecimiento de una gama de industrias en constante crecimiento.
- 4) Debe hacer desaparecer el analfabetismo en unos cuantos años, y proporcionar las facilidades adecuadas para educar a un número siempre creciente de técnicos, especialistas y profesionales altamente capacitados para suministrar toda la variedad de los servicios modernos.
- 5) Debe acabar con el relativo aislamiento de las “cabezas de playa” del interior, unas con otras, mediante una vasta ampliación de los sistemas de transporte y comunicaciones existentes.

Ahora bien, lo que es muy interesante en esta excelente receta para curar los males que aquejan a los países latinoamericanos

es que es un remedio muy antiguo, prescrito desde hace muchos años por doctores también muy competentes. Con diferentes palabras que decían lo mismo, se le recetó a Cuba por la Asociación de Política Extranjera en 1935, por el Banco Mundial en 1950, y por el Departamento de Comercio de los Estados Unidos en 1956. Pero Cuba nunca se tragó la medicina: hasta que llegó al poder el gobierno revolucionario cubano. Y ahora, por fin, las cosas que se necesitaba hacer y las medidas para dar la salud a una nación enferma han sido aplicadas. Lo que el senador Mansfield, y la Asociación de Política Extranjera, y el Banco Mundial, y el Departamento de Comercio y el presidente Kennedy dijeron que debía de hacerse se *está* haciendo —en la Cuba *socialista*. Pero no se está haciendo, en medida importante, en ninguno de los países capitalistas coloniales de la América Latina. Ni *podrá* hacerse, en nuestra opinión, a menos que éstos, a su vez, hagan sus propias revoluciones socialistas.

Tal es la lección de la Revolución Cubana, una lección de vital importancia para todos los países latinoamericanos. La experiencia de Cuba prueba, más allá de cualquier duda, que la revolución social es un requisito indispensable para la iniciación del crecimiento económico y del desarrollo social. La adopción de una economía planeada está posibilitando a Cuba la colocación de los cimientos de una sociedad equilibrada, saludable, educada y, eventualmente, rica; una sociedad en la que la naturaleza misma del hombre pueda ser transformada.

2

La Educación

En su famoso discurso "La Historia me absolverá", al ser sometido a juicio tras del fracasado intento de los revolucionarios de apoderarse del cuartel *Moncada* el 26 de julio de 1953, Fidel Castro habló de seis problemas "que trataríamos de resolver inmediatamente":

Los problemas de la tierra, la industrialización, la vivienda, el desempleo, la educación y la salud. Éstos son, según se recordará, los mismos problemas a que se refirieron el presidente Kennedy y el senador Mansfield.

El régimen revolucionario tomó el poder el 1º de enero de 1959. Inmediatamente dio los pasos prometidos para la resolución de esos problemas. Y nueve años después, el 11 de febrero de 1968, un mensaje de Juan de Onís fechado en La Habana y publicado en el *New York Times* indicaba que continúa el avance:

Cuba, bajo una dictadura revolucionaria, está llevando adelante su programa, más intensa y más rápidamente que la mayor parte de los demás países latinoamericanos.

En la educación de masas, la salud pública, la modernización rural, el uso de la tierra, la diversificación económica, las reformas administrativas y el manejo del cambio extranjero, Cuba ha hecho grandes progresos bajo el régimen de Fidel Castro.

Los logros de Cuba en los campos de la educación y la salud han sido particularmente notables. En ninguna otra parte del mundo —con la posible excepción de los pueblos socialistas de la Unión Soviética y de China— se ha hecho tanto en tan corto tiempo.

El analfabetismo en Cuba, como en todos los países subdesarrollados, tenía su más alto índice en las zonas rurales. En 1960 Fidel explicó la situación al pueblo de Cuba y pidió mil hombres y mujeres que tuvieran una educación superior al segundo año de secundaria, para que fueran como voluntarios hasta las zonas más apartadas del país, a enseñar a leer y escribir e impartir nociones de higiene y nutrición. Cinco mil personas, de múltiples actividades, respondieron al llamamiento, y entre ellas médicos e ingenieros que tuvieron que ser disuadidos, ya que la Revolución les necesitaba en sus propias profesiones.

Estos maestros voluntarios recibieron un adiestramiento especial en campamentos instalados en las montañas; había un promedio de cincuenta alumnos por profesor; las clases para los jóvenes se impartían durante el día, y para los adultos por la noche.

Esto fue sólo el principio. En la Asamblea General de las Naciones Unidas, en septiembre de 1960, Fidel Castro anunció que el 1º de enero de 1961 se emprendería una gran campaña de alfabetización en su país. Y así fue. El año 1961 fue designado, muy apropiadamente, "Año de la Educación", y la población entera fue movilizada para liquidar el analfabetismo. La invasión de Bahía de Cochinos empezó el sábado 15 de abril, y Fidel informó al pueblo, el domingo 23 de abril, después que los contrarrevolucionarios habían sido derrotados, que un logro del que la nación estaba justamente orgullosa era el hecho de que el programa contra el analfabetismo había seguido adelante, prácticamente sin interrumpirse, en el curso de la invasión.

Eran necesarias esa devoción y disciplina admirables, porque la tarea que el gobierno revolucionario se había fijado a sí mismo era estupenda: librar al país del analfabetismo *en un año*. Reflexiónese en esto por un momento: el 23.6 por ciento de la población, casi uno de cada cuatro cubanos, no sabía leer ni escribir. Fácilmente puede uno imaginar la enorme tarea que era simplemente abarcar todo el país, buscar dónde estaban y quiénes eran los analfabetos; y luego, un verdadero ejército debía ser enseñado a enseñar; se tenía que imprimir millones de libros, tanto para los alumnos como para los maestros, y luego éstos, de edades que fluctuaban entre los diez y los sesenta años, tenían que organizar las clases en escuelas, hogares, tiendas, oficinas y fábricas, en las ciudades; o tenían que ir a vivir en las más remotas y aisladas regiones del país, para enseñar a los campesinos y a sus parientes

(algunos hasta de 106 años), que en su mayoría nunca habían tenido un libro entre las manos.

El ejército de maestros sumaba 268,420 personas. De este número, 120,632 eran “maestros del pueblo” que, inspirados por el lema “El pueblo debe enseñar al pueblo”, tenían sus empleos regulares y daban clases, en promedio, dos horas diarias. Dos amigos nuestros eran maestros del pueblo: la esposa daba clases a un grupo de sirvientes que trabajaban en su vecindad; el marido enseñaba a los obreros de la fábrica en la que él era jefe.

El hijo de otro amigo, de trece años, era *brigadista*,* de los cuales había unos 100,000. Cuando su escuela cerró un mes antes, en mayo, fue enviado a una escuela especial en Varadero, para un curso de adiestramiento de dos semanas, y después a la casa de un campesino, en las montañas, donde vivió con la familia hasta octubre, ayudando en el trabajo e impartiendo clases. Las muchachas también se hicieron *brigadistas* y enseñaron en las zonas rurales, pero vivían en grupos, a cargo de una profesora de primer año de secundaria.

En septiembre, cuando se hizo evidente que los estudiantes *brigadistas* —como sus alumnos— eran de distintas capacidades, se hizo un llamamiento de refuerzos. Respondieron 13,016 obreros, que formaron la brigada *Patria o Muerte*, que no tardó en salir a las zonas rurales, a ayudar a los estudiantes *brigadistas*. El trabajo que en las fábricas y las oficinas habían tenido que abandonar los miembros de la brigada era desempeñado por sus camaradas.

Por último, 34,772 maestros de escuela, de un total de 36,000, se enlistaron en el programa para dar la ayuda técnica que necesitaban a los ciudadanos *alfabetizadores** y *brigadistas*.

Tan grande era la tarea, que la sociedad entera tuvo que ser movilizada. Al través de la prensa, en las reuniones públicas, en fábricas, oficinas y granjas, se exhortaba al pueblo: “Si sabes, enseña; si no sabes, aprende”. Por la radio y la televisión llegaban más excitativas: “Cada cubano, un maestro; cada casa, una escuela.” Las organizaciones de masas hacían propaganda entre sus miembros; los poetas escribían poemas, los pintores pintaban cuadros y diseñaban carteles, los compositores escribían canciones; la prensa usaba encabezados de combate acerca de los pro-

* En castellano en el original (T).

gresos realizados, y publicaba fotografías de los participantes en la campaña, con cartas de los que enseñaban y de aquellos a quienes enseñaban. Toda la nación se vio envuelta en el gran movimiento revolucionario cultural de liquidación del analfabetismo.

Algunos analfabetos se avergonzaban y trataban de ocultar el hecho de que no sabían leer ni escribir; se obtuvo la ayuda de los bancos, las oficinas de correos y los juzgados para localizarlos, y luego se insistió en que participasen. Se distribuyó un millón y medio de ejemplares de *Venceremos*, el libro de primaria elemental, en quince lecciones, que contiene fotografías de la vida en Cuba. Cada lección era corta y sencilla, y aquellos alumnos que podían leer todas las quince y que podían ya escribir una carta a Fidel pasaban la prueba final y tenían derecho a recibir un libro de texto para continuar sus estudios.

En las afueras de La Habana, en un pequeño museo encantador en el que se guardan los registros, recuerdos, estadísticas, fotografías, etc., de la campaña de alfabetización, abrimos al azar el libro de las cartas a Fidel y dimos con ésta:

El Ingle, 14 de junio de 1961.

Dr. Fidel Castro.
Primer Ministro.

Estoy haciendo estas cuantas líneas para usted para decirle que yo no sabía leer ni escribir y que gracias a usted, que puso el plan de alfabetización en práctica, y a los maestros que me están enseñando, ya puedo leer y escribir. Soy un *miliciano* y trabajo en la Cooperativa *Rogelio Perea* y me gustaría que usted viniera a esta Cooperativa.

Viva la Revolución Socialista.
Patria o Muerte
Venceremos.

Suyo afectuosamente
Félix D. Pereira Hernández.

Dos cuadros, ambos tomados del "Informe Sobre los Métodos y los Medios Utilizados en Cuba para Eliminar el Analfabetismo"¹ presentado en 1965 por el Consejo Económico y Social de

¹ Véase p. 27.

las Naciones Unidas (UNESCO), dan las cifras de los que aprendieron a leer y escribir y de los que no:

CUADRO 1

Número Total de Personas a Quienes se Enseñó Durante la Campaña de Alfabetización
(por provincias y por lugar de residencia, rural o urbano)

<i>Provincia</i>	<i>En las ciudades</i>	<i>En el campo</i>	<i>Total</i>
Pinar del Río	14,754	50,717	65,741
La Habana	71,712	19,749	91,461
Matanzas	14,218	20,670	34,888
Las Villas	46,559	84,291	131,480
Camagüey	21,075	62,611	83,686
Oriente	62,730	237,847	300,226
Totales	231,057	476,155	707,212

Al terminar la campaña de alfabetización la población analfabeto era:

CUADRO 2

Número Total de los que Continuaron Siendo Analfabetos (1961), por Provincias

<i>Provincia</i>	<i>Población</i>	<i>Analfabetos</i>	<i>Por ciento</i>
Pinar del Río	500,581	25,680	3.1
La Habana	1.858,112	27,319	1.4
Matanzas	427,088	13,802	3.2
Las Villas	1.121,800	43,766	3.9
Camagüey	757,111	42,081	5.5
Oriente	2.268,551	119,347	5.2
Totales	6.933,253	271,995 (prom.)	3.9

“La Campaña —dice el informe de la UNESCO—² no fue un milagro, sino más bien una difícil conquista, lograda mediante trabajo, técnica y organización”.

El 22 de diciembre de 1961 terminó oficialmente el programa de alfabetización —y el analfabetismo se había desplomado del 23.6 por ciento al empezar la campaña a solamente el 3.6 al concluir ésta. Nunca ha habido en la historia de la educación, en ninguna parte del mundo, un logro de tal magnitud.

El alcance de esta realización puede advertirse al comparar la cifra de 3.6 por ciento con las correspondientes a los otros países latinoamericanos, resumidas todas en el sexto informe anual (1966) sobre el *Progreso Socio-Económico en Latinoamérica*.³

Según los últimos datos suministrados por los países latinoamericanos, alrededor del 33 por ciento de los habitantes de la región son analfabetos. . . Hay grandes diferencias en la tasa de analfabetismo en estos países, desde el 8.6 por ciento en la Argentina hasta el 80 en Haití. Entre estos extremos, con una tasa que coincide con la media regional, está el Ecuador, donde el 32.5 por ciento de la población era analfabeta en 1960. La Argentina, Chile, Costa Rica, México, Panamá, Paraguay y Venezuela están por arriba de esta media. Los países restantes están por debajo.

La campaña contra el analfabetismo en Cuba fue sólo el primer cañonazo de la batalla. No se trataba de un truco de propaganda que fuera a abandonarse una vez conseguido tal propósito. Era la base para ulteriores espectaculares triunfos en la educación. Muchos de los obreros y campesinos que habían aprendido a leer y escribir cuando un brigadista llamó a su puerta —con los libros de texto y la bandera de Cuba en una mano y una lámpara de petróleo (símbolo de la campaña) en la otra— se inscribieron en los cursos de *Seguimiento*,* para continuar su educación. Muchos de ellos están hoy estudiando en una universidad; otros dirigen empresas en la ciudad o en el campo, y algunos más son dirigentes del gobierno o del partido.

Antes de que cayera el telón en la campaña de alfabetización, ya se estaban haciendo planes en el ministerio de Educación para un programa continuado de enseñanza para obreros y campesinos,

² *Ibid.*, p. 72.

³ *Inter-American Development Bank* (Washington, 1967), p. 31.

* En castellano en el original (T).

contando, como antes, con la cooperación de los sindicatos, de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), la Asociación Nacional de Agricultores en Pequeño (ANAP), los comités de Defensa de la Revolución (CDR), y otras organizaciones de masas. No era suficiente saber leer y escribir, el logro de un nivel de primer grado: la meta era llevar a la población de Cuba hasta el nivel del sexto grado.

Los primeros cursos subsecuentes comenzaron el 24 de febrero de 1962.

Antes de la Revolución había habido cursos para adultos en La Habana y en unas cuantas de las grandes ciudades, pero nunca en el campo, ni en los pueblos del interior. Esos cursos, nocturnos, tenían muy escasa asistencia, tanto porque los trabajadores en general no tenían un estímulo para asistir y no había salones de clases disponibles para los campesinos, como porque los maestros y los materiales eran los mismos de los niños. Cuando sobrevino la Revolución, en 1959, solamente había en toda Cuba 304 escuelas nocturnas, con 1,369 maestros y 27,956 alumnos, de los cuales apenas el 50 por ciento asistían regularmente.⁴

En los seis años que siguieron al establecimiento de los Cursos de Superación para Obreros y Campesinos, un promedio de medio millón de adultos asistieron a clases, usando materiales y libros —todos gratuitos— propios para adultos. Debido a su madurez y a su experiencia, los avances de éstos son más rápidos que los de los niños, y más de un tercio de millón han obtenido ya su certificado de sexto año. Un informe inédito del ministerio de Educación, fechado el 4 de enero de 1968, aclara más el cuadro:

Los esfuerzos de un año de trabajo en la educación de obreros y campesinos pueden ser ilustrados con estadísticas fundamentales. Por ejemplo, durante 1966 se elaboraron tres calendarios, con una matrícula total de 550,837 en zonas urbanas, azucareras y montañosas, que tomaba clases en 30,756 salones, con una asistencia diaria promedio de 66 por ciento. La instrucción fue impartida por 21,696 maestros voluntarios y 8,899 profesionales, con una promoción total de 258,154 en los cinco niveles, de los cuales 65,414 se graduaron del sexto año y 10,976 del Curso Secundario. La promoción del primer nivel de la Enseñanza Primaria

⁴ Informe de la UNESCO, *op. cit.*, p. 53.

de 60,622 adultos, jóvenes en su inmensa mayoría, fue un fuerte golpe al analfabetismo residual.

Esta marca de éxitos sugiere algunas de las múltiples dificultades con que tropezó el ambicioso y masivo programa para poner la educación al alcance del pobre, del obrero y del campesino, cuyo nivel cultural había sido tan bajo en el pasado. La educación para obreros y campesinos no puede organizarse a la manera tradicional, con horas y en lugares determinados: las horas de clase deben ajustarse a los horarios de trabajo de los alumnos, deben llevarse las salas de clase a remotas zonas rurales en las que antes no había ninguna, y debe contratarse como "maestros" a miles de personas que nunca han tomado un curso de pedagogía. Los "tres calendarios" en las "zonas urbanas, azucareras y montañosas", dan idea de la adaptación necesaria para ajustar la educación a la producción: en las zonas urbanas las clases se imparten de septiembre a julio; en las rurales, de junio a diciembre, los meses en que se ha completado el trabajo de la zafra; las sesiones de enero a octubre, en las zonas montañosas, se adaptan a las necesidades de la cosecha del café.

En las áreas rurales las aulas para los adultos son las mismas que los niños usan durante el día. (A veces, debido a las condiciones de trabajo, las clases para los adultos se imparten a las cinco de la mañana.) En las ciudades, las salas de clases están en las fábricas y en las oficinas. La flexibilidad en la organización es esencial. Tanto en las zonas rurales como en las ciudades es posible que no haya suficientes alumnos para formar un grupo, y como algunos de los más viejos que aprendieron a leer y escribir de buen grado con un *brigadista*, en su propia casa, se retraen ante la idea de ir a la escuela e inscribirse en un curso regular, se estimulan los círculos de lectura en las casas, con lo que la escuela va al hogar. Bajo la guía de un maestro voluntario, los residentes en una zona determinada se reúnen en la casa de uno de ellos para mejorar su capacidad de lectura. Sin este esfuerzo, sin un estímulo al hábito de leer, es indudable que habría un retroceso en la tasa de alfabetización, y que para mucha gente capaz la lectura y la escritura del primer año de primaria serían el tope de su educación, en vez de ser el punto de partida.

Las palabras del apóstol José Martí: "saber leer es saber caminar", se oyen con frecuencia en los programas especiales de

radio y televisión preparados para obreros y campesinos. Por añadidura se distribuyeron gratuitamente 50,000 ejemplares de la revista *El Placer de Leer*, editada especialmente para lectores principiantes, con noticias nacionales e internacionales y en un lenguaje de fácil lectura. Hacer del hábito de leer una necesidad —y un placer— para cientos de miles de trabajadores y campesinos desprovistos de toda cultura y para quienes hasta entonces los periódicos, ya no digamos los libros, eran poco o nada familiares, es una empresa difícil.

Afortunadamente, el ministerio de Educación es conciente de la magnitud del problema. Así se advirtió claramente en la conversación que tuvimos con Raúl Ferrer, director de Educación Obrera y Campesina, quien nos dijo:

Nuestro personal de enseñanza, en gran parte, no está calificado todavía. Se le está preparando en institutos pedagógicos especiales, pero de los 20,000 maestros sólo concurren alrededor de 5,000 a las escuelas de preparación para maestros. En la actualidad tenemos 26 seminarios dando clases a 5,000 futuros maestros.

Este departamento es la universidad de la educación para los adultos. Debemos de sacar, de nuestra propia experiencia, el sistema por el cual se pueda abolir el analfabetismo y elevar el nivel cultural. Hemos descubierto una ley: que no hay educación de las masas sin la participación directa de las organizaciones a las que estas masas pertenecen.

Obreros industriales, campesinos, trabajadores de ranchos, mujeres, gente joven, todos ellos necesitan un trato especial, y no podemos aplicar los métodos y los libros de unos a otros. Estamos adaptando constantemente nuestros programas, para enfrentarnos a la realidad. Nos encontramos con obstáculos reales: no hay manuales, nos hemos visto obligados a corregir prácticas equivocadas, pero hemos podido seguir adelante porque siempre hacemos la crítica de nuestra tarea.

Queremos que cada trabajador sea un estudiante y cada estudiante un trabajador.

La "batalla del sexto grado" fue ganada en 1966 por 65,414 obreros y campesinos, y aprobaron el curso secundario 10,976. Este último grupo está ahora en posibilidad de obtener educación más avanzada en los institutos de tecnología industrial y agrícola y en la Facultad Obrero-Campesina de las tres universidades de La

Habana, Santa Clara y Santiago. (¿Cuántos obreros y campesinos tuvieron la oportunidad, en la Cuba prerrevolucionaria, o cuántos la tienen en los países latinoamericanos hoy en día, de asistir a la Universidad sin costo alguno y con libros, casa y comida pagados?) José Nazario González, rector de la Universidad de Santa Clara, nos decía que de los 5,000 estudiantes que había en marzo de 1968 cerca de 1,300 eran obreros y campesinos.

La educación está abierta a los trabajadores no sólo en las escuelas, los institutos y las universidades, sino también en las fábricas. Esto lo supimos por Juan Ramírez Leyva, moldeador de la fábrica de níquel de Nicaro. Juan entró en la planta, como jornalero, en 1963, cuando tenía 24 años. Había estudiado hasta el tercer año. En 1964 se inscribió en un curso de un año sobre las bases generales de la tecnología, que se impartía por la noche en la fábrica. Trabajaba ocho horas y luego estudiaba dos horas todas las noches. Después se inscribió, con veintitrés obreros más de la planta, en un curso de seis meses sobre moldeo y problemas de la fundición de metales. Al terminar este curso tomó uno de un año sobre teoría. Esta vez trabajaba seis horas diarias y estudiaba cuatro, cinco días de la semana. Cuando terminó los cursos, tanto de teoría como de práctica, llegó a ser moldeador. Su salario como jornalero era de 5.24 pesos (dólares) diarios; como moldeador gana 8.40.

Nos decía: "Tuve que hacer mi trabajo militar en las montañas, por lo que perdí un año de estudios. Por supuesto, ahora pienso volver a estudiar. Era yo miembro de la Juventud Comunista y ahora soy miembro del partido. Me gusta el trabajo del partido, pero prefiero el de la fábrica. De los once que formaban mi último grupo en la escuela, cuatro son miembros del partido y los otros no".

Juan no es un caso especial en Nicaro: el 70 por ciento de los obreros de la planta están inscritos en cursos de estudio que son impartidos por los técnicos de la fábrica. Y en la otra planta de níquel, en la cercana bahía de Moa, la Universidad de Oriente tiene parte de su Escuela de Ingeniería Mecánica, en la que los ingenieros de la planta trabajan como profesores. Muchos de los obreros, como Juan en Nicaro, estudian con estos profesores, y algunos llegarán a ser ingenieros. El trabajo y el estudio se han fundido. Y las cosas suceden también al revés: los estudiantes

se hacen obreros, tal como lo esperaba Raúl Ferrer. En la Universidad de Oriente algunos estudiantes pasaban su quinto año, el último, *rotando* por diferentes industrias, entre ellas las plantas de níquel de Nicaro y de Moa.

El esfuerzo magnífico para dar oportunidades de educación a la población adulta de la Cuba socialista corre parejas con lo logrado en la educación de los niños. Antes de la Revolución el cuadro de la educación primaria en Cuba era semejante al de la mayor parte de los países latinoamericanos: deficiente tanto en cantidad como en calidad; no había escuelas suficientes, sobre todo en el campo; no había bastantes maestros, ni suficientemente buenos, ni los libros y el material escolar necesarios; la corrupción canalizaba el dinero que se suponía debía dedicarse a la educación hacia los bolsillos de altos funcionarios del gobierno. En pocas palabras, un cuadro que favorecía una alta tasa de analfabetismo e ignorancia.

La Revolución originó un cambio inmediato y espectacular en la cantidad —aunque no en la calidad—, en la actitud hacia la educación para las masas, creando una buena disposición para asignar los fondos necesarios para lograr los cambios deseados. Algunas cifras ilustran este punto en cuanto a la cantidad:

En 1958, aproximadamente 737,000 niños cubanos, menos de las dos terceras partes de los comprendidos entre los siete y los catorce años, asistían a escuelas primarias, públicas o privadas, en todos los grados, hasta el sexto. Debido a que algunos de los que asistían estaban fuera de los límites normales de edad, la proporción real de niños entre siete y catorce años en la escuela era más bien de cinco de cada diez. Cuatro años más tarde, en 1962, se calculó que la inscripción en primaria fue de 1.350,000, y que se habían inscrito aproximadamente ocho de cada diez cubanos en edades de siete a catorce años.⁵

¡De una inscripción de sólo el 50 por ciento de los niños entre siete y catorce años, al 80 por ciento, en apenas cuatro años! Puede imaginarse fácilmente lo que significa tan gran aumento en el

⁵ Dudley Seers (edit): *The Economic and Social Revolution* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1964, pp. 223-224. Los cinco capítulos sobre educación, de Richard Jolly, son muy detallados e informativos.

número de niños que reciben educación, en términos de construcción de escuelas adicionales, de la impresión de nuevos libros de texto y de otros materiales de enseñanza, y de preparación de maestros. En la enseñanza había ocurrido lo que en otras profesiones: un éxodo hacia Miami de miles de personas de las mejor preparadas. ¿Cómo está encarando Cuba el problema de adiestrar al verdadero ejército de nuevos maestros que se necesita para una expansión tan grande de la educación?

El contraste con los Estados Unidos es notable. En nuestra sociedad afluyente, orientada hacia el consumo, la niñez puede ser, especialmente en las clases media y alta, un período prolongado y fácil con un mínimo de responsabilidad. No así en Cuba, en donde la falta de mano de obra calificada —la marca de fábrica del subdesarrollo— requiere la incorporación de toda la población, incluyendo a los niños, en la animosa lucha por la construcción de una sociedad nueva.

La preparación de los maestros de primaria comienza en Cuba al terminar el sexto grado. Los alumnos pasan los cinco años siguientes en un internado donde la vida es áspera y el trabajo duro y disciplinado. Esto es así a propósito, por la consideración de que la mayor parte de los maestros que se están adiestrando serán destinados, tarde o temprano, a los salones de clase en el campo y en las montañas, y este acondicionamiento en el período de aprendizaje los preparará mejor para la vida primitiva que les espera.

El primer eslabón de la cadena es el curso de un año en la escuela de Minas del Frio, en la cumbre de una montaña de la Sierra Maestra, provincia de Oriente. Los cursos que se imparten son de matemáticas, historia, geografía, biología, español y educación física.⁶

El siguiente paso es un curso de dos años en otra cumbre montañosa, en la escuela *Manuel Ascunce Domenech* de Topes de Collantes, en las montañas del Escambray, de la provincia de Las Villas. Las materias que se estudian en Topes son las mismas que

⁶ En un discurso publicado en *Granma* el 18 de agosto de 1968, el ministro de Educación, José Llanusa Gobel, informó que en el futuro Minas del Frio admitiría “solamente a estudiantes de la provincia de Oriente. En las otras provincias había otras escuelas provinciales, ubicadas también en las áreas rurales, y de preferencia en las montañas”. Los pasos segundo y tercero del programa de preparación para maestros seguirán siendo los mismos.

en Minas del Frio, excepto la biología, que aquí está centrada en los animales en vez de las plantas. En el segundo año, el último en Topes, se añaden tres nuevas materias: física, dibujo y pedagogía.

Nos llevaron en *jeep* a la escuela de Topes (también Minas es accesible únicamente en *jeep* o a pie) y tuvimos la oportunidad de ver allí alguna de las clases, de hablar con los alumnos y los maestros y, bajo la guía del director, Manuel Rúa Rodríguez, y de Carmen Hernández, su ayudante, tuvimos una visión de toda el área escolar y de su funcionamiento. La escuela ha desbordado desde hace mucho el gran edificio que antiguamente era un sanatorio privado de lujo, para tuberculosos. Hubo que construir muchos nuevos edificios, dormitorios, campos de juego y casas para poder alojar a los 7 100 estudiantes, 402 maestros, 407 trabajadores administrativos y de servicio y 300 trabajadores de la construcción. Estas instalaciones, semejantes a una universidad, requieren sus propios sistemas de agua y electricidad. Recientemente se construyó un gran anfiteatro al aire libre, con asientos para toda la población escolar, en el cual se exhiben películas los sábados por la noche, precedidas siempre de números cortos científicos o documentales —uno de los muchos proyectos comprendidos dentro de los 1 801 000 dólares asignados a nuevas construcciones el año pasado.

El día escolar es largo: de las 6.30 de la mañana a las 10.30 de la noche. Las horas nocturnas están repartidas entre las tareas escolares, las actividades sociales y el cuidado de las necesidades personales. Los alumnos hacen su propio servicio: lavan su ropa, hacen sus camas, limpian sus demasiado apretados dormitorios, sirven la mesa en diferentes turnos y, en las horas del día, ayudan también en todas las fases del trabajo de construcción. Los domingos son días libres, reservados habitualmente para actividades deportivas y días de campo en los hermosos terrenos, con parientes y amigos.

Los maestros están todavía más ocupados que los alumnos. En su mayor parte son graduados en Topes que están prosiguiendo su propia educación en las clases que se imparten en la escuela, los sábados por la noche, por profesores de la Universidad de Santa Clara.

En nuestras pláticas, espontáneas y completamente privadas, con las chicas y los muchachos, en sus dormitorios separados, tuvi-

mos una extensa discusión con Óscar Rivero, un joven negro de ojos brillantes, de La Habana. Se inscribió en Minas del Frio cuando contaba quince años. Como de niño había tenido que ayudar a su padre, se había atrasado en sus estudios. Cuando por fin tuvo la oportunidad de regularizarse en ellos y pasar la prueba del sexto año, tenía dos más de la edad normal para entrar en Minas del Frio. (Muchos estudiantes del programa de preparación para maestros son, como Óscar, considerablemente mayores que lo que será norma en los próximos años, debido a que la oportunidad educativa les fue ofrecida por primera vez después de la Revolución.) A Óscar le gustaba Minas más que Topes, porque allí “las condiciones estaban más relacionadas con la naturaleza: pasábamos mucho más tiempo afuera”.

“¿Extrañas tu casa?”, le preguntamos.

“No de un modo especial. Mi madre es feliz ahora que estoy estudiando duro”.

“¿Qué hace ella?”

“Trabaja en una guardería infantil”.

“¿Qué materia te gusta más?”

“Mi favorita es *mate*, aunque en verdad lo que me gusta más es el fútbol y el trabajo productivo en el campo. Hago mi tarea escolar en la noche, de las ocho y media a las diez y media”.

“¿Eres comunista?”

“Todavía no, pero espero llegar a ser joven comunista este año”.

“¿Por qué?”

“Porque los jóvenes comunistas son los que inducen a trabajar a los otros y hacen que nuestro país vaya hacia adelante”.

“¿Todos los estudiantes aquí son entusiastas con respecto a la Revolución?”

“Así lo espero. Pero esto no puede determinarse de una manera absoluta, porque ¿quién sabe lo que todos piensan?”

“Hemos conocido a algunas personas que nos dicen que Cuba era un país mejor antes de la Revolución. ¿Qué respondes a eso?”

“Eso no es verdad. Cuba es mejor ahora, en todo. Por ejemplo, hoy el gobierno da posibilidad de estudiar a la gente joven, les da más y mejor trabajo a los obreros, crea clubes de trabajadores y, en general, da al pueblo condiciones mejores, que antes no existían”.

“¿Crees tú eso, o lo leíste en alguna parte?”

“Lo veo”.

“¿En qué forma?”

“De no haber habido Revolución no habría disponibles muchas de las oportunidades que hoy tenemos. Yo habría estudiado más joven, pero no tuve la oportunidad: tenía que ayudar a mi padre. Mi familia vive mejor, en todos sentidos, que antes de la Revolución. Acostumbraban hablarme de los trabajos que pasaban: falta de empleo, hambre, toda una serie de problemas. Ahora no pasan hambre. Todos trabajan o estudian”.

El Instituto Pedagógico *Makarenko*, en Tarará, en las afueras de La Habana, es la etapa final en el adiestramiento de los maestros de enseñanza primaria. Los graduados de Topes que han completado sus cursos de octavo y noveno grado acuden al *Makarenko* para dos años más de estudio y práctica de la enseñanza. Cursan matemáticas, historia, geografía, un idioma extranjero, economía política, sicología, educación física y pedagogía. Dan clases a 60 000 niños en 250 escuelas en la provincia de La Habana, durante el día (los estudiantes del décimo año dan clases de primero a cuarto año, y los de undécimo a los de quinto y sexto), y estudian por la noche. Éste es el horario de esos jóvenes que están desempeñando un papel responsable de adultos:

6.00 am. Levantarse.	2.30-5.00 pm. Estudio.
6.30 am. Desayuno.	
7.00 am. Autobús a La Habana.	5.00-6.00 pm. Educación física.
8.00 am. Dar clases hasta mediodía.	6.00-8.30 pm. Baño y cena.
12-2.30 pm. Autobús de regreso, <i>lunch</i> y descanso.	8.30-11.00 pm. Clases.
	Sábado en la mañana:
	Preparación de clases para la semana siguiente.
	Sábado en la tarde: Libre.
	Domingo: 6 am. a 11 pm.: Libre.

Cuando sugerimos a algunas de las autoridades del *Makarenko* que esto nos parecía un calendario demasiado pesado para un período largo, se nos dijo que el tiempo era esencial y que estos estudiantes eran “soldados del ejército de la Educación”. Y tal era, ciertamente, la actitud de los propios estudiantes del *Makarenko*.

Este es, pues, el camino que han de recorrer aquellos que se están preparando para ser maestros de escuela primaria. Los que han de ser maestros de secundaria y preuniversitaria,* toman un camino diferente. Después de nueve años de estudio (esto es, al terminar lo que serían los dos primeros años de secundaria en los Estados Unidos) pueden tomar un curso de cinco años en un instituto pedagógico. En la Universidad de Santa Clara estudian su primer año; pasan el segundo haciendo prácticas de enseñanza, el tercero en la universidad, el cuarto en prácticas, y en el quinto vuelven a la universidad.

Asistimos a clases en todos los niveles, algunas impartidas por graduados del *Makarenko*, y otras por maestros que se habían preparado antes de la Revolución. Tuvimos una experiencia memorable en un gran proyecto nuevo de viviendas, en un barrio pobre de Santiago, en donde visitamos una escuela que tiene un nombre inolvidable: Escuela de Enfermería *Amanecer del 26 de Julio*.

Como podíamos ser portadores de microbios no se nos permitió entrar en el primer salón de clases, pero podíamos verlo a través de las ventanas con tela de alambre. Vimos a once niños, entre los cuarenta y cinco días y los dieciocho meses, atendidos por tres maestros, todos ellos con mascarillas de gasa que les cubrían boca y nariz.

En el segundo salón había veintitrés niños, entre dieciocho meses y cuatro y medio años, al cuidado de cinco maestros. Estaban tomando un bocado. Aunque los niños tan pequeños son en todas partes encantadores, nos conmovimos de manera especial porque vimos allí lo que vendría a ser un lugar común en todos los salones que después visitamos: en todas partes niños blancos y negros juntos, una integración completa. La nueva generación de Cuba estará completamente libre de prejuicios raciales.

El director de la escuela nos dijo que ésta se había abierto hacía apenas unas cuantas semanas. Aunque sólo albergaba treinta y cuatro niños en ese momento —debido a que aún no se había terminado el proyecto de viviendas—, la escuela tiene capacidad para cien, con un maestro para cada cinco niños, además de los empleados de cocina, limpieza, etc. El edificio era impresionante, con magnífico equipo, regaderas, vertederos, todo flamante. Había una enfermera de servicio todos los días, de 6.30 de la mañana a 6.30 de la tarde, y un doctor visita la escuela tres veces por semana, o

* Preparatoria o bachillerato en otros países (T).

más cuando es necesario. Nos despedíamos cuando llegaron dos inspectores de Salud Pública. Van a la escuela cada semana, para verificar las condiciones de higiene, probar los alimentos y asegurarse de que se están cumpliendo todos los requisitos de la salud.

El creciente número de tales guarderías hace posible a las madres aceptar empleos y estudiar. Con los niños tan bien cuidados —los alimentos y la ropa escolar se suministran gratuitamente—, las mujeres de Cuba están en situación de liberarse para participar como iguales del hombre en trabajos útiles y elevar su nivel educativo y cultural. A este respecto la Federación de Mujeres Cubanas es muy activa y colabora con el Departamento de Educación Obrero-Campesina para acabar con el *status* inferior de la mujer.

Algunas mujeres trabajan como técnicos-guías en el notable programa de los Grupos de Interés, o “círculos para la promoción del interés en asuntos científicos y técnicos”. Estos grupos se componen de estudiantes desde el cuarto grado hasta una edad de quince años, que se reúnen varias veces al mes fuera de las horas de clase, para dedicarse a un *hobby* especial. El año pasado participaron unos 178 000 niños en 13 956 círculos del nivel primario, y 2 934 del nivel medio. Fuimos a una exposición de sus trabajos, en La Habana, y nos sorprendió lo extenso de sus conocimientos en las diferentes materias que habían estado estudiando: el cultivo de la caña de azúcar, del café, de los cítricos; cómo hacer el tipo especial de los helados *Copelia* (¡cincuenta y cuatro variedades de los mejores helados que hayamos nunca probado!); la industria pesquera; las nubes y la lluvia (una explicación científica dada por un chico de quince años estuvo, de plano, más allá de nuestra comprensión), y un buen número de otros temas técnicos y científicos. El chico de diez años que habló acerca del café, con mapas en el pizarrón y un puntero en la mano, estaba tan bien informado que nos dio la seguridad de que se había aprendido su discurso de memoria; lo interrumpimos en mitad de una frase para hacerle preguntas: no lo había memorizado: sabía el tema. Después de visitar varios locales con un grupo de chiquillos que se nos colgaban del saco, ávidos de darnos explicaciones, abandonamos el salón muy deprimidos: ¡sabían tanto ellos y nosotros éramos tan ignorantes!...

Al irnos nos llevamos un retrato del *Che*, con una carta a su hija de nueve años, regalo del Grupo de Interés *Che Guevara*. He aquí la carta, escrita durante la época de su desaparición, antes de su partida hacia Bolivia:

15 de febrero

Querida Hildita:

Hoy te escribo, aunque la carta te llegará bastante después; pero quiero que sepas que me acuerdo de ti y espero que estés pasando tu cumpleaños muy feliz. Ya eres casi una mujer y no se te puede escribir como a los niños, contándoles boberías o mentiritas.

Has de saber que sigo lejos y que estaré mucho tiempo alejado de ti, haciendo lo que pueda para luchar contra nuestros enemigos. No es que sea gran cosa, pero algo hago, y creo que podrás estar siempre orgullosa de tu padre, como yo lo estoy de ti.

Acuérdate que todavía faltan muchos años de lucha, y aun cuando seas mujer tendrás que hacer tu parte en la lucha. Mientras, hay que prepararse, ser muy revolucionaria, que a tu edad quiere decir aprender mucho, lo más posible, y estar siempre lista a apoyar las causas justas. Además, obedece a tu mamá, y no creerte de todo antes de tiempo. Ya llegará eso.

Debes luchar por ser de las mejores en la escuela. Mejor en todo sentido, ya sabes lo que quiere decir: estudio y actitud revolucionaria, vale decir, buena conducta, seriedad, amor a la Revolución, compañerismo, etc. Yo no era así cuando tenía tu edad, pero estaba en una sociedad distinta, donde el hombre era el enemigo del hombre. Ahora tú tienes el privilegio de vivir otra época y hay que ser digno de ella.

No te olvides de dar una vuelta por la casa, para vigilar a los otros crios y aconsejarles que estudien y se porten bien. Sobre todo Aleidita, que te hace mucho caso como hermana mayor.

Bueno, vieja, otra vez, que lo pases muy feliz en tu cumpleaños. Dale un abrazo a tu mamá y a Gina, y recibe tú uno grandote y fortísimo que valga por todo el tiempo que no nos veremos, de tu

Papá

Otro aspecto importante del programa de educación es el plan llamado *La Escuela va al Campo*, en el cual unos 300 000 estudiantes y maestros, del nivel de secundaria para arriba, se van al campo durante seis semanas a hacer trabajo productivo en la agricultura y la cría de ganado. Hacen vida de campamento y de trabajo duro, combinado con algunas horas de estudio y con programas

educativos de televisión, deportes y recreo. Vimos dos grupos de becados de secundaria, uno saliendo y otro llegando al campamento, bastante primitivo, para hacer su parte en el gigantesco programa de siembra de café en el Cordón de La Habana. Hablamos mientras ingeríamos un almuerzo con demasiados almidones, compuesto de frijoles, arroz, papas, pan, *yoghurt* y pastel. Preguntamos a uno de los chicos qué iría a hacer al terminar el trabajo escolar, y su respuesta fue bastante típica: “Voy a ser doctor, pero si la Revolución me necesita en otra parte, allí iré”. La llamamos típica porque a preguntas semejantes, hechas a Óscar Rivero y a otros alumnos en Topes y en la *Makarenko*, obtuvimos respuestas semejantes. Preguntábamos: “Cuando te hayas graduado, ¿darás clases en La Habana o en el campo?” Y siempre la misma respuesta: “Enseñaré en los distritos rurales, pero iré a donde la Revolución me necesite”.

Esto es un reflejo de un rasgo sobresaliente del programa de educación en Cuba: su concentración en llevar la educación a las zonas más remotas, a los lugares en que no había sino pocas escuelas o ninguna, y en donde el analfabetismo era mayor. Muchos de los 250 000 becados a quienes se les da casa, comida, ropa, transporte y libros —todo gratis—, más un pequeño estipendio, son niños y niñas que vienen del campo.

Los becados viven en internados (algunas de las casas y departamentos más lujosos de los ricos refugiados son ahora sus habitaciones); toman tres alimentos al día, más algún pequeño refrigerio; pero también los niños de las escuelas diurnas reciben éste y uno o dos alimentos, gratuitamente.

También los libros de texto, por millones —para ser exactos, cinco millones en 1967—, son gratuitos para todos los estudiantes. Se ha afirmado que en tanto que antes de la Revolución se publicaron en Cuba sólo un millón de libros, en 1967 se publicaron ocho millones. Para el Instituto del Libro, que desde 1967 está a cargo de la publicación de todos los libros, éstos no son ya una mercancía sino una necesidad social. Rolando Rodríguez, profesor de filosofía y jefe del Instituto del Libro, nos explicó que a esto se debe —y a que el progreso tecnológico de los países avanzados ha sido posible, en parte, por la explotación de los países subdesarrollados— el que Cuba piense que tiene derecho a no hacer caso de los convencionales derechos de autor y a publicar cualesquiera libros que considere útiles, y de cualquier país del mundo. Por consiguiente

ha reimpresso, sin pago de regalías, más de 1 300 000 ejemplares de las mejores obras de autores mundiales, particularmente en los campos de la ciencia y la tecnología, y los ha puesto a disposición de sus estudiantes avanzados y de sus hombres de ciencia, técnicos y maestros.

Esto es, por supuesto, de particular importancia para los estudiantes de los más altos grados en la escala de la educación, para los millares que están en los institutos tecnológicos y los 34 500 de las tres universidades que, por necesidad, han cambiado el acento de las humanidades a la ciencia y la tecnología. El motivo es obvio: una economía dispuesta a pasar del subdesarrollo al desarrollo necesita con urgencia ingenieros, mecánicos, electricistas, químicos, agrónomos, técnicos, administradores, y no abogados. Como resultado hay ahora en la Escuela de Leyes doscientos estudiantes; antes de la Revolución había seis mil. ¿Qué son ahora esos estudiantes que podían haberse dedicado a estudiar leyes? El presidente Dorticós dio la respuesta cuando afirmó que "se graduarán en Cuba 2 000 ingenieros en el período de 1967 a 1970. Esta cifra es mayor que el número total de ingenieros que se graduó entre la época de la fundación de la República y 1959".⁷

Una desventaja, tan importante como la escasez de técnicos y administradores calificados, es la falta de una tradición científica. Se está creando ahora. La lista de las diversas facultades en la Universidad de Santa Clara, cada una de las cuales otorga un diploma de bachiller (el equivalente de un *Master* en los Estados Unidos) después de cinco años, indica en dónde se ha puesto el acento en la educación universitaria de Cuba en nuestros días:

Facultad de Ciencias Agrícolas: dos escuelas.
 Ingeniería Agronómica
 Medicina Veterinaria.

Facultad de Tecnología: cuatro escuelas.
 Ingeniería Mecánica
 Ingeniería Eléctrica
 Ingeniería Química.
 Ingeniería Industrial

Facultad de Ciencias: tres escuelas.
 Psicología.

⁷ *Cuba: Man, Revolution* (La Habana, sin fecha, en inglés), pp. 12-13.

Matemáticas
Química.

Facultad de Humanidades: dos escuelas.
Contaduría Pública (administración)
Escuela de Letras.

Facultad de Medicina: carrera de seis años,
el último año de internado

Los estudiantes, tanto los universitarios como los de las escuelas de tecnología industrial y agrícola, hacen su adiestramiento militar mientras están en la escuela; y el programa de trabajo y estudio, la mezcla de trabajo físico e intelectual son también vigentes para ellos cuando la universidad se cierra durante cuarenta y cinco días, en tanto que profesores y alumnos se van a cortar caña.

Muchas de las personas mejor preparadas y de más alta calificación técnica que huyeron del país después de la Revolución están siendo ahora reemplazadas por los graduados de las universidades e institutos tecnológicos. Todavía no hay bastantes para satisfacer las necesidades, pero se están haciendo progresos, y notas como la siguiente aparecen cada vez con más frecuencia en las columnas de los periódicos cubanos:

SE GRADÚAN EL DOMINGO 123 TÉCNICOS PARA
PLANTAS DE FERTILIZANTES DE LA ESCUELA
TECNOLÓGICA *ERNEST THAELMANN*

El próximo domingo, a las 3 de la tarde, se graduarán 123 estudiantes en la Escuela Tecnológica Industrial *Ernest Thaelmann*. Trabajarán como técnicos en el montaje de las plantas de fertilizantes. Ésta es la segunda promoción de especialistas que se gradúa en esta rama de la tecnología.

La escuela mencionada ofrece once especialidades, incluyendo las de operador de planta, mecánico de bombas, electricista, tornero operador de máquinas molidoras, soldador y otras.

Los 125 graduados se distribuyeron, según su especialidad, de la manera siguiente: 14 electricistas de mantenimiento, 12 torneros, 12 operadores de máquinas molidoras y 85 mecánicos de evaporadoras.

Esta graduación es de gran importancia para llevar a cabo las tareas implicadas en el desarrollo de la economía nacional, en la medida en que los cuadros técnicos que aca-

ban de ser adiestrados trabajarán en la supervisión y en la operación de las plantas de fertilizantes que se están levantando ahora en el país.⁸

Estos jóvenes cubanos recién adiestrados reemplazan, apenas salen de los institutos tecnológicos, a los técnicos soviéticos, checos y alemanes y a los especialistas de otros países que fueron sus maestros en la escuela, en la fábrica y en la granja. Hicimos una prueba en el sitio, para verificar la calidad de su preparación, preguntando a los directores de las plantas de níquel de Nicaro y de Moa, de la terminal de azúcar en bruto y del Instituto de Investigación Animal, cerca de La Habana, si se había incorporado al personal de planta algún graduado de las escuelas técnicas especiales. En todos los casos la respuesta fue afirmativa: el número de contratos varió de doce a veintiuno, para jóvenes de dieciocho a veinticuatro años, y en todos los casos su adiestramiento y su trabajo fueron elogiados por sus superiores.

Quizá el ejemplo más espectacular de aprendizaje de los técnicos cubanos, para llenar las necesidades de mano de obra calificada de su economía, sea el de la planta de níquel de la bahía de Moa, en donde, según informa el *New York Times* el 5 de febrero de 1968, “la producción va subiendo todos los años, gracias a la considerable ingeniosidad en el adiestramiento del personal técnico”.

José Alemany, el ingeniero encargado de la planta, de veintinueve años de edad, estaba en su último año de ingeniería eléctrica en la universidad del estado de Luisiana cuando regresó a Cuba, en 1961. Todos los ingenieros de su personal han hecho su adiestramiento en Cuba, desde la Revolución. Manejan una fábrica que fue diseñada y construida por la *Freeport Sulphur Company* de Luisiana, poco antes de que los revolucionarios tomaran el poder. Era la más moderna de su tipo en el mundo. “La *Freeport Sulphur* —nos dijo el señor Alemany— debiera estar orgullosa de haber construido una planta así, y los cubanos debieran estar orgullosos de poder mantenerla en operación”.

Después de nuestra visita a la planta que ha ganado el premio como la más eficiente industria estatal en Cuba durante los últimos tres años, estuvimos en completo acuerdo. También lo estuvo el reportero del *New York Times*⁹ que escribió un largo relato en

⁸ *Granma*, 1º de marzo de 1968.

⁹ *New York Times*, 5 de febrero de 1968.

el que se muestra impresionado por la habilidad de los cubanos para mantener en buenas condiciones la extremadamente delicada maquinaria:

En el taller, los soldados cubanos soldaban delicadamente la barra de un cambiador de calor de titanio, que es esencial para el proceso. El titanio, cuyo costo es de 25 000 dólares la tonelada, requiere una metalurgia muy avanzada, que han aprendido los cubanos con su experiencia bajo la guía de instructores soviéticos. El señor Alemany nos decía: "Estos cambiadores de calor cuestan 40 000 dólares cada uno, y antes se les mandaba a los Estados Unidos para su reparación, que costaba unos \$ 10 000. Ahora hacemos aquí ese trabajo".

Lo que comenzó como una cuestión de principio para el gobierno revolucionario —que es injusto y moralmente equivocado negar la educación a todo el pueblo, y que el primer paso para crear el hombre nuevo en la sociedad socialista es elevar su nivel cultural— en la práctica ha venido a ser la clave del problema de revolucionar a Cuba. Se considera a la educación de todo el pueblo como el fundamento del desarrollo del individuo, que a su vez se hace más útil a la sociedad y así contribuye al desarrollo del país. La movilización de los recursos humanos es la piedra de toque para la movilización de los recursos económicos.

Es así como ahora, ocho años después del fin de la Campaña de Alfabetización, Cuba es todavía una nación que está en la escuela. Las estadísticas hablan claro. Helas aquí, tal como Fidel las dio a conocer al pueblo en su discurso del 13 de marzo:¹⁰

Se calcula en ocho millones la población de Cuba. Esto quiere decir que el 27.6 por ciento del pueblo cubano está recibiendo ahora instrucción organizada, en cualquier forma. Lo impresionante de este total puede calibrarse haciendo dos comparaciones. La primera, antes y después de la Revolución: en 1957, el último año pre-revolucionario del que se tienen cifras fidedignas, la población de Cuba era de 6.4 millones, y la inscripción escolar era de unos 819 000, o sea del 12.8 por ciento, aproximadamente; en 1968, habiendo aumentado la población de Cuba en un 25 por ciento,

¹⁰ *Granma*, 24 de marzo de 1968.

el número de los que reciben alguna forma de educación organizada ha subido en casi un 170 por ciento.

CUADRO 3

Educación

Primaria	1,391,478
Secundaria básica	160,308
Preuniversitaria	16,779
Adiestramiento técnico y profesional	45,612
Adiestramiento para maestros de primaria	18,121
Universidades	34,532
Educación de adultos	405,612
Otros	7,092
Institutos tecnológicos obreros	46,595
Escuelas de agricultura y cría de ganado para jóvenes	28,832
Escuelas-taller de construcción	10,663
Instituto tecnológico militar	1,626
Ministerio de Salud Pública	6,060
Escuela Superior de Educación Física y Deportes	2,462
Guarderías diurnas	33,662
Total	2.209,434

La segunda comparación es con los otros países de la América Latina. Ni uno solo de ellos se acerca a la inscripción escolar de Cuba, y para todos los países en conjunto la cifra es de 16.8, comparada con el 27.6 por ciento de Cuba. He aquí las estadísticas, de un cuadro tomado del informe del Banco Interamericano de Desarrollo anteriormente citado:¹¹

¹¹ *Op. cit.*, p. 32. El cuadro da solamente la inscripción en los niveles primario, intermedio y superior. Puede ser que no estén incluidas las cifras de educación de adultos, pero como en ninguno de estos países son de gran importancia, la comparación es fundamentalmente válida.

CUADRO 4

Inscripción Escolar Total como Porcentaje de la Población Total

<i>País</i>	<i>Total</i>
Argentina	19.4
Bolivia	15.7
Brasil	15.0
Colombia	15.8
Costa Rica	22.6
Chile	20.7
Ecuador	19.2
El Salvador	15.3
Guatemala	10.5
Haití	6.5
Honduras	13.4
México	18.6
Nicaragua	14.5
Panamá	21.6
Paraguay	20.4
Perú	20.3
República Dominicana	16.0
Uruguay	18.5
Venezuela	19.7
<i>América Latina</i>	16.8
<i>Cuba</i>	27.6

Ni por un momento estamos sugiriendo que la calidad de la educación cubana sea tan impresionante como la cantidad. No lo es. En las clases a que asistimos, en todos los niveles, fue evidente que algunos de los maestros estaban mal preparados, y que queda mucho por hacer en el campo de la pedagogía. Pero es también obvio, según se desprende de las charlas que tuvimos con el ministro de Educación y sus ayudantes en varios departamentos, que ellos están bien concientes de sus deficiencias y están trabajando con ahinco para corregirlas. Con el tiempo, si todo va bien, la calidad correrá parejas con la cantidad.

Si el dinero pudiera comprar la calidad, no hay duda de que se obtendría. Pues el gobierno cubano ha indicado por medio de las partidas, fantásticamente grandes, que se han invertido ya en educación, que pagará el costo de educar a su pueblo, por alto que

sea. Aunque es difícil obtener cifras exactas del presupuesto de educación, porque en algunos casos otros ministerios además del de Educación, así como las organizaciones de masas, destinan partidas a este renglón, hay dos hechos bien evidentes en la cifra del presupuesto para 1967, de 312 000 000 de dólares,¹² que nos fue proporcionada por el ministro de Educación:

1) Cuba está gastando en educación sumas muy superiores a lo que gastaba antes de la Revolución: más del cuádruple.¹³

2) El gasto *per capita* de Cuba, de \$39, y el gasto por estudiante, de \$141.21, están muy por arriba del de todos los países latinoamericanos en conjunto: \$39 contra \$6.13 *per capita*, y \$141.21 contra \$35.62. Es también más alto que el de Uruguay, cuyo *per capita* de \$23.17 y cuyo gasto por estudiante, de \$126.31, son los más altos en la América Latina, fuera de los de Cuba.¹⁴

Laurent Schwartz, profesor de matemáticas en la Facultad de Ciencias de París y uno de los más notables matemáticos en el mundo de hoy, coincidió con nosotros en Cuba. Había estado un poco antes en el Brasil, y en una entrevista publicada el 3 de marzo de 1968 en *Granma* hizo una comparación asombrosa entre los dos países, que dejó bien claras tanto la superioridad de la educación en Cuba como su promesa para el futuro:

“El carácter universal y democrático de la educación en este país es inapreciable”, añadió el matemático, afirmando que es verdaderamente impresionante ver cómo se eleva constantemente el nivel de educación del pueblo, asegurando así las bases para elevar también el nivel científico”.

Schwartz citó un ejemplo concreto: la situación en el Brasil. Comparó la población de 80 000 000 del Brasil con los 8 000 000

¹² Esta cifra parece corresponder a las que aparecen en el informe del ministerio de Educación en 1967 a la UNESCO, un folleto titulado *Cuba, 1967, The Educational Movement*, pp. 10-12, aun cuando la explicación que aparece en sus páginas no es muy clara.

¹³ La cifra del presupuesto para 1956 fue de 74.200.000 dólares (cf. Richard Jolly, en Dudley Seers (editor): *Cuba, The Economic and Social Revolution*, p. 102).

¹⁴ Cf. cuadro en *Socio-Economic Progress in Latin America*, Sexto Informe Anual (1966) Banco de Desarrollo Internacional, p. 39. Las cifras de este cuadro pueden no ser comparables de modo estricto, porque el año es 1965 y pueden no estar incluidos los gastos de las escuelas privadas: el cuadro que se presenta en la comparación es, sin embargo, suficientemente válido.

de habitantes de Cuba y señaló que, a pesar de la gran diferencia de población de ambos países, el número real de personas que reciben educación es aproximadamente el mismo que el de Cuba, puesto que en el Brasil la gran mayoría del pueblo es analfabeta y en el campo sólo hay escuelas primitivas. Por consiguiente, sólo reciben educación ciertos sectores de la población urbana. Afirmó que la situación en Cuba era completamente diferente y que por ello Cuba, con una población mucho menor, puede adiestrar más cuadros científicos en un nivel más alto que el Brasil, país que visitó en fecha muy reciente.

“La Revolución está dando al desarrollo un tremendo impulso. Dentro de poco tiempo —entre cinco y 15 años— Cuba puede tener científicos de calibre internacional, y precisamente porque este desarrollo tiene el apoyo de la Revolución”.

Ya no tienen por qué vivir en la oscuridad los condenados de la tierra: el analfabetismo y la ignorancia *pueden* ser eliminados. Si se les da la oportunidad de aprender y desarrollar sus facultades, las masas pueden transformarse y transformar a su sociedad. Las notables realizaciones de Cuba en materia de educación son la prueba de la posibilidad del tránsito del subdesarrollo al desarrollo una vez que se ha eliminado el yugo del imperialismo.

3

La Salud

Lo que pasa con la educación pasa también con la salud. A pesar de la severa escasez de médicos, de los cuales una tercera parte huyó de Cuba (y siguen *todavía* saliendo a razón de cuatro a seis por mes), a pesar del bloqueo que hizo muy difícil obtener equipo y medicinas, a pesar de todo, el progreso logrado en el campo de la salud destaca el hecho de que lo que hay que hacer en los países subdesarrollados de la América Latina sólo podrá hacerse mediante una genuina revolución socialista.

Y es éste el caso porque la revolución socialista hace posibles cambios decisivos que, particularmente en el campo de la salud, son tan necesarios para remediar los males inherentes al sistema capitalista. La medicina capitalista se ocupa fundamentalmente en curar la enfermedad, y esto se hace de un modo magnífico para quienes viven donde hay doctores en abundancia y tienen dinero con qué pagar; la medicina socialista se preocupa principalmente por prevenir las enfermedades de toda la gente, sin importar dónde viva o cuán bajos sean sus ingresos.

En la Cuba capitalista la única escuela de medicina ponía el énfasis en aquellas ramas que habrían de ser más lucrativas para los doctores allí graduados. La materia de epidemiología ni siquiera estaba en el currículum, y la higiene se trataba de manera superficial. En la Cuba socialista las tres escuelas de medicina no se preocupan de lo que será lucrativo para sus egresados, sino más bien de lo que será benéfico para todo el pueblo, y de ahí que la epidemiología y la higiene sean materias básicas.

En la Cuba capitalista, como ocurre hoy en todos los países latinoamericanos, la práctica privada de la medicina, con su propósito de hacer dinero, iba acompañada, en el sector de la salud pública, de instituciones estatales y municipales inadecuadas y plagadas de corrupción; en la Cuba socialista se ha organizado un

plan para todo el país, que permite al ministro de Salud Pública analizar las necesidades, integrar en una sola unidad los recursos antes dispersos y asignar prioridades de manera de fomentar la salud general.

En la Cuba capitalista, como hoy en todos los demás países latinoamericanos, los médicos y las camas de hospital estaban concentrados en los grandes centros urbanos, y no era raro el que millares de infortunados habitantes del campo murieran por no poder pagar el traslado al lugar en que se encontraba el auxilio médico que necesitaban; en la Cuba socialista la atención médica que requiere la gente del campo se le lleva a donde está, y es gratuita. Desde 1964 los estudiantes de medicina han jurado (y esto es ahora un requisito para la obtención del título) que después de titularse no se dedicarán a la práctica privada, y que pasarán sus dos primeros años de médicos en los dispensarios y hospitales de las zonas rurales distantes.

“Uno de los más graves problemas relativos a la salud —dice el Banco de Desarrollo Internacional en su informe de 1966—¹ es la escasez de personal médico, ayudantes y centros de salud en la mayoría de los países latinoamericanos, y la mala distribución geográfica del personal y de las instalaciones disponibles”.

Correcto. El gobierno de Cuba se ha enfrentado a este “gravísimo problema de salud”, cambiando esta “mala distribución geográfica del personal y las instalaciones disponibles”. En 1958 Cuba tenía un hospital rural, con diez camas; hoy, en la Cuba socialista, hay cuarenta y siete hospitales rurales, con 1 300 camas, además de cincuenta clínicas médicas y dentales, que antes no existían.

Para muchos norteamericanos constituirá una sorpresa el saber que este mismo “grave problema de salud” existe incluso en los Estados Unidos, y por la misma razón: que no hay suficientes médicos localizados en donde más se les necesita: en las zonas rurales y en los *ghettos*. Una carta del doctor Ira Marks, de Chatham, Nueva York, enviada al *New York Times* el 30 de marzo de 1968, nos dice:

La tasa de mortalidad infantil en este país es de lo más respetable, si nos limitamos a nuestra comunidad urbana blanca de las clases media y superior. Se hace, sin embargo, absolutamente vergonzosa cuando se añaden las tasas de

¹ *Op. cit.*, p. 24.

los *ghettos* negros y la Norteamérica rural, particularmente en el sureste.

Esto no es porque la gente no pueda sufragar la atención médica, sino que es debido más bien a lo inadecuado del número y la distribución de los médicos en ejercicio. (*Medicaid* no ha aumentado, en verdad, el número de los doctores disponibles en Harlem.) El ofrecimiento de fondos federales para pagar las cuentas de los médicos y para crear nuevas escuelas de medicina no resolverá el problema de la baja disponibilidad de doctores, a menos que los egresados de estas nuevas escuelas practiquen de hecho la medicina y estén dispuestos a prestar sus servicios en los *ghettos* y en las zonas rurales en donde se les necesite.

Si se ha de gastar más dinero en los servicios de salud, que se le gaste en la creación de nuevas escuelas de medicina, orientadas hacia el médico práctico, cuyas "clínicas" sean consultorios de médicos en las zonas donde ahora no hay ninguno, cuyos "profesores" incluyan a practicantes bien calificados en el arte de la medicina, y cuyos "donativos para la investigación" se gasten en reunir y ayudar en su práctica a grupos de médicos, tanto generales como especialistas, que presten sus servicios en aquellas zonas más necesitadas de atención a la salud.

Después de todo, no debemos olvidar que ninguna "*Rx** para servicios de salud" —ni siquiera una previamente pagada— brinda beneficio alguno al enfermo a menos que haya alguien que rinda el servicio.

La clase de atención médica a que se refiere el doctor Marks puede o no llegar en un futuro próximo a los ricos Estados Unidos. Ya está en camino en la "subdesarrollada" —pero socialista— Cuba, en donde el número de hospitales se ha elevado de 57 antes de la Revolución a 154 en la actualidad, además de 250 policlínicas (centros de salud), antes desconocidas; en donde las camas de hospitales y clínicas se han duplicado, de 21 000 a 42 000; de 3.3 por cada mil habitantes a 5.4.² De los restantes diecinueve países latinoamericanos, solamente la Argentina y Uruguay sobrepasan la cifra actual de Cuba en camas de hospital.

* *Rx* = abreviatura latina de "receta", usada en la práctica médica (*E*).

² Las estadísticas de este capítulo acerca de la salud en Cuba provienen de informes y documentos del ministerio de Salud, o de entrevistas con funcionarios del mismo.

Lo que estas escuetas estadísticas no revelan es la magnitud del problema al que se enfrentaba el ministerio de Salud al triunfo de la Revolución. De los 158 profesores titulares que daban clases en la Escuela de Medicina de la Universidad de La Habana, todos, menos 17, huyeron del país. En los años inmediatamente posteriores a la Revolución, más de 2 000 médicos de práctica privada, o sea una tercera parte del total, salieron de Cuba. Cuando los Estados Unidos establecieron su bloqueo, la corriente de medicinas, equipos y publicaciones médicas, en su gran mayoría procedente de los Estados Unidos, se cortó bruscamente. Pero se consideró que la salud del pueblo era, como su educación, de una importancia primordial, y con el gobierno asignando los fondos necesarios, la fraternidad médica haciendo el esfuerzo requerido, y el ministerio ofreciendo un plan racional de salud pública, la mayor parte de las dificultades fueron vencidas.

El aumento de la población hace que se necesite más de todo, y todo se está suministrando. Hay ahora en Cuba 7 000 médicos, mil más que antes de la Revolución. En vez de una población escolar de 3 500, y de 350 estudiantes que se graduaban anualmente en la única escuela de medicina, la de La Habana, en la actualidad las tres escuelas de medicina tienen una inscripción total de 5 000 alumnos, de los cuales se gradúan 500 por año. Es interesante hacer notar que el 48 por ciento de los estudiantes de medicina son mujeres.

La planta original de 158 profesores titulares se ha aumentado a 250 y, a diferencia de antaño, tanto los profesores como los estudiantes consagran todo su tiempo al estudio de la medicina.

Nos dijo el doctor Roberto Pereda, viceministro de Salud:

Cuando yo estudiaba medicina, antes de la Revolución, era posible que un estudiante obtuviera su licencia para ejercer sin asistir a la escuela y aun sin práctica hospitalaria. Teníamos un microscopio para ochenta estudiantes. Ahora hay un microscopio para cada seis, y hay un contacto constante con los hospitales, el laboratorio y los enfermos. Recuerdo que antes de 1959 muchas veces no había suficientes camas en los hospitales y los enfermos tenían que dormir en el suelo. A veces no se les podía internar porque no había lugar ¡ni en el suelo! Ahora, si bien no tenemos todavía todas las instalaciones hospitalarias que necesitamos, ningún enfermo tiene que dormir en el suelo.

Con el sistema de salud pública que hoy impera en Cuba, los médicos no hacen visitas a domicilio, excepto en casos de emergencia. Los enfermos acuden para su examen y tratamiento a la policlínica o el dispensario rural que esté más cerca de su casa. Si se requieren pruebas o consultas adicionales, el enfermo es enviado al hospital regional. Si necesita ser hospitalizado, se le envía al hospital regional o, en su caso, al instituto de La Habana que esté especializado en su padecimiento. El expediente completo del caso, con todos los informes, es devuelto ulteriormente al médico y a la clínica originales, que imparten al enfermo toda la atención que en lo sucesivo pudiera necesitar.

En mayo de 1968 un amigo nuestro, el doctor David Spain, director del departamento de Patología del *Brookdale Hospital Center*, en Brooklyn, fue invitado a dar en Cuba unas conferencias sobre su especialidad. Escribió un informe acerca de su visita, que toca tantos aspectos de la atención médica en Cuba que merece que lo citeamos *in extenso*:

Hay cinco hospitales generales de enseñanza en La Habana, así como varios hospitales de enseñanza de especialidades (obstetricia, pediatría, ortopedia). Muchos de ellos han sido construidos después de la Revolución, y la mayoría de los ya existentes han sido renovados y ampliados. Se trata de estructuras modernas, atractivas y bien conservadas. Cada hospital general de enseñanza contiene un instituto de especialidad diferente. Esto impide el desperdicio de recursos por duplicación, y permite el mejor uso del personal.

Dirigí seminarios y pasé visita en varios institutos. Uno de ellos fue el Instituto Cardiovascular, cuyo programa quirúrgico está dirigido por el doctor Noel González, joven cirujano generoso y competente. El programa se inició en 1964, con la ayuda del doctor Bernardo Castro Villagrana,* cirujano cardiovascular mexicano. Desde entonces se han hecho 700 operaciones cerradas de corazón y 150 abiertas. Se han implantado más de cincuenta marca-pasos. Al pasar visita examiné a un enfermo a quien tres meses antes se le habían colocado dos prótesis valvulares (tricúspide y mitral). También vi las radiografías con las válvulas colocadas. Se usó una modificación soviética de la válvula de Starr-Edwards. Hasta donde pude juzgar, estaban funcio-

* Aparece en el texto inglés como Bernardo Castro. Es miembro del Consejo de Administración de esta editorial.

nando perfectamente y el paciente caminaba en condiciones aparentemente buenas. En el Instituto de Nefrología (el Hospital Quirúrgico General), el director, doctor Buch, me acompañó en una extensa visita durante la cual vi una gran variedad de casos de insuficiencia renal aguda y crónica. El doctor Buch estaba excepcionalmente bien informado en los más intrincados y modernos aspectos de las enfermedades renales. Se practican aproximadamente cien biopsias al año en este servicio. Todavía no se han intentado trasplantes renales.

Durante la visita y durante los seminarios y conferencias, las preguntas que se me dirigieron indicaban un alto nivel de comprensión y conocimiento en los aspectos prácticos del diagnóstico y el tratamiento. Quedé impresionado repetidas veces por el *rapport* y la cordialidad de las relaciones entre médicos y pacientes...

Como mi anfitrión principal era el doctor Israel Borrero, jefe de Patología, y como ésta es también mi especialidad, estaba yo en mejor posición para valorar los laboratorios y los departamentos de patología del hospital. En 1958 había en toda Cuba veinte patólogos calificados. Después de la Revolución solamente nueve quedaron en el país. Como resultado de un programa intensivo de enseñanza hay ahora sesenta. Se necesitan doce más para satisfacer los *standards* planeados y las necesidades corrientes, pero hay ahora treinta médicos en varios niveles de adiestramiento posgraduado en patología. Todos los hospitales con programas de cirugía mayor están equipados para examinar cortes por congelación. Todos los grandes departamentos de patología tienen equipo de preparación automática de los tejidos, en su mayor parte importado de Inglaterra. En uno de los hospitales generales de enseñanza de La Habana hay una escuela de técnicos que suministra personal competente a los otros hospitales. Examiné las preparaciones histológicas en algunos hospitales y en la mayor parte de los casos encontré que eran superiores a las secciones preparadas en muchos de los buenos laboratorios de los Estados Unidos. Ahora hay cincuenta citotécnicos y se están preparando treinta más. Para 1970 se examinará anualmente a 400,000 mujeres en el programa de detección del cáncer del cuello uterino. Se detecta el carcinoma *in situ* en el uno por ciento de las mujeres examinadas. En una nación con cerca de ocho millones de habitantes, en donde el 40 por ciento son menores de quince años, esto es un logro de considera-

ción. Se hace autopsia en el 85 por ciento de los que mueren, y se examina al microscopio todo tejido extirpado quirúrgicamente. En los bancos de sangre hay suficiente cantidad de ésta, porque se obtiene una pinta* de la familia de todo enfermo que se interna en el hospital. Todos los hospitales tienen su Comité de Tejidos.

El doctor Borrajero, jefe de Patología, que es un médico dedicado y competente, tiene un salario mensual de 750 pesos (equivalente en los Estados Unidos a 750 dólares). Su sueldo es de los más altos en la escala, pero su poder adquisitivo debe valorarse en función del hecho de que la renta se fija en el 10 por ciento del salario, independientemente del nivel de éste o del tipo de causa. Se espera que dentro de unos años la habitación sea gratuita. Otros muchos servicios, como el teléfono, la atención médica y la educación, son ya completamente gratuitos.

La mayor parte de los médicos que conocí parecían satisfechos de trabajar en estas condiciones. Hay amplias oportunidades de ulterior aprendizaje y promoción. Todos los doctores tienen un mes de vacaciones al año, y tiempo libre para continuar su educación. El extremo inferior en la escala de salarios es de 300 pesos al mes, que es lo que recibe un becario en investigación. Hay todavía un pequeño grupo de médicos descontentos, y algunos de ellos están saliendo del país.

El cuadro de la atención obstétrica constituye quizás uno de los mayores éxitos de todo el programa médico. En la actualidad más del 80 por ciento de todos los partos —el 95 por ciento en La Habana— son atendidos por médicos en los hospitales. En los casos no complicados, el método aceptado es el parto natural bajo anestesia local y sedación mínima. Un nuevo programa, proyectado para ahorrar fuerza de trabajo de médicos y asegurar la impartición más eficiente de atención obstétrica adecuada, consiste en preparar a enfermeras-parteras para que atiendan los casos que no muestran complicaciones prenatales, y aquellos en que no sean de esperarse problemas durante el trabajo. Ha habido una brusca declinación en la tasa de mortalidad, tanto neonatal como materna. El doctor Valdés Vivó, profesor de Ginecología y Obstetricia, que pasó diez años en Chicago dentro de esta especialidad, antes de regresar a Cuba, me decía que las últimas cifras para el país, todavía

* c.c. (T).

no publicadas, mostraban una tasa de mortinatalidad ligeramente superior al 2 por ciento, y una de mortalidad materna inferior al 0.7 por mil. Éstas son probablemente las cifras más bajas en toda Latinoamérica. Se han construido algunas casa de maternidad cerca de los hospitales obstétricos rurales, a fin de que las mujeres durante el último mes del embarazo puedan vivir junto al hospital, para evitar dificultades en el transporte. Se hacen también planes para una corta estancia en estas casas después de haber sido dadas de alta del hospital. . .

Se desconoce el número anual de exámenes médicos antes de 1958, pero el notable aumento en la utilización y disponibilidad de los servicios médicos se nota por el aumento de doce millones de exámenes en 1963 a diecinueve millones en 1967. El cuidado dental, que antes sólo estaba al alcance de la población rica, se ha ampliado muy considerablemente en los últimos ocho años. Aun cuando queda todavía mucho por hacer en este campo, hay en la actualidad cuarenta clínicas dentales en donde antes no había una, y se ha establecido una nueva escuela dental en Santa Clara, además de la de La Habana.

La experiencia más vívida de mi estancia en Cuba fue una visita al Instituto Siquiátrico, en las afueras de La Habana. Antes de 1958 había una instalación anticuada, del tipo de nido de víboras, en la que 5,000 enfermos mentales crónicos recibían una atención mínima y de custodia. Se la ha reconstruido y es ahora una instalación abierta, espaciosa, moderna y atractiva, con un campo de *base-ball* equipado para juegos nocturnos, un teatro-cine al aire libre, muchos salones de clases, tiendas de arte, talleres, áreas culturales, parcelas para cultivo y jardines. Alrededor del veinte por ciento de los enfermos permanecen hospitalizados por padecimientos graves. En las otras áreas del hospital todos los enfermos estaban activos y ocupados, sin que nadie se quedara en cama o en las salas; me sentí como si estuviera visitando un campo de trabajo o cultural para adultos. No hay bardas ni se ven guardias. Los enfermos manejan una de las más grandes granjas científicas de pollos en Cuba. Pasé una hora en el auditorio, en donde los enfermos están participando todo el día en ejercicios de música, baile, canto, etc. Antes de partir, más de cincuenta enfermos se ofrecieron a representar o ejecutar algo para nosotros. Parece que estos enfermos, dentro de los límites de su enfer-

medad siquiátrica crónica, viven una vida constructiva en el seno de una comunidad ordenada e integrada.³

También nosotros visitamos este famoso hospital mental, y quedamos tan impresionados como el doctor Spain. Cualquier norteamericano que haya leído los informes sobre las lamentables condiciones y los horrores perpetrados en las instituciones para enfermos mentales en los Estados Unidos, con toda su riqueza, quedaría impresionado —y avergonzado— al ver el que indudablemente es uno de los mejores hospitales de su tipo en el mundo, en el país pobre y “subdesarrollado” que es Cuba.

Puede juzgarse cuán importante es la salud pública para la Cuba socialista por el presupuesto que se le dedica: de 21 millones de pesos antes de la Revolución, a 158 millones en 1967; casi ocho veces más en sólo ocho años.

Un sistema planeado de salud mental, que hace hincapié en la prevención en vez de la curación, atención médica gratuita, médicos y enfermeras y dentistas y hospitales en donde se les necesita —aun cuando los costos se eleven notablemente: tal es el programa de salud en la Cuba socialista. Y funciona. Las estadísticas demuestran que un tratamiento revolucionario de este problema puede abatir las tasas de enfermedad y mortalidad en el corto lapso de ocho años, de una manera que no es posible en la América Latina sin socialismo.

La gastroenteritis ha sido prevalente durante mucho tiempo en Cuba y en otros países latinoamericanos. Ha sido y sigue siendo una de las cinco principales causas de muerte. La tasa por 100 000 habitantes es de 105.4 en Colombia, 229 en Guatemala, 64.4 en Venezuela y 103.5 en el Perú. En Cuba fue reducida a 50.8 en 1962, cuatro años después de la Revolución; en otros cuatro años, en 1966, la cifra había sido abatida a 19.6. Esta reducción, de 50.8 a 19.6 en apenas cuatro años, *salvó más de 2 500 vidas*.

Gracias a la gran labor de los doctores Salk y Sabin es ahora posible eliminar la temida poliomielitis, y sin embargo ningún país latinoamericano lo ha logrado, excepto Cuba. No ha habido un solo caso de polio en la isla en los últimos tres años.

El paludismo es todavía un gran asesino en Centroamérica, el Brasil, Colombia y Venezuela, como lo era en Cuba antes de la Re-

³ Véase *Medical Tribune*, Vol. 9, Nos. 60 y 61 (25 y 29 de julio de 1968), para el informe completo.

volución, cuando había de 7 a 10 mil casos por año. Hubo en Cuba 3 519 casos en 1962, y sólo 10 en 1967.

Entre las causas más frecuentes de muerte en Latinoamérica está la fiebre tifoidea. En 1964 hubo 1 158 casos en Cuba; en 1967 sólo 167.

Los fenomenales éxitos de Cuba en la reducción de las tasas de enfermedad y muerte han sido posibles porque el ministerio de Salud Pública puede hacer lo que no es posible hacer en los países capitalistas de la América Latina: movilizar al país entero en una campaña nacional para que se haga lo que es necesario hacer. No sólo los sindicatos, sino la Federación de Mujeres de Cuba, los comités de Defensa de la Revolución entre los vecinos, y todas las demás organizaciones de masas, están empeñados en la tremenda tarea de la vacunación en masa de los niños. En 1964 ayudaron a administrar la vacuna antipolio a 2 450 000 niños menores de catorce años, y en 1966 a 1 407 000 niños menores de seis. Cientos de miles de niños son vacunados contra la viruela, la tuberculosis, la difteria, la tos ferina, el tétanos y la tifoidea.

¿Con qué resultados? Quizá lo que mejor ilustre el buen éxito del programa de salud en la Cuba socialista sea la tasa de mortalidad infantil, que según nos hace saber el informe del Banco Interamericano de Desarrollo⁴ “excede en nueve países latinoamericanos el 80 por 1 000 nacimientos vivos, y en dos países está por encima de 100 por mil”. En ningún otro país latinoamericano la mortalidad infantil es inferior a 42 por cada mil nacimientos vivos. Pero en Cuba fue de 37.7 en 1966 (en los Estados Unidos la cifra fue, en 1966, de 36.7 para los no blancos, y de 20.6 para los blancos).

Las organizaciones de masas desempeñan un gran papel en otro programa que está ayudando a mejorar la salud del pueblo cubano: el programa de educación física, deportes y recreación. La filosofía que está detrás de este programa, bajo la jurisdicción del INDER (Instituto Nacional de Deportes, Educación Física y Recreación), es que “la evidencia de la ciencia y la experiencia acumulada en el mundo de hoy muestran claramente que la práctica sistemática de actividades físicas produce cambios orgánicos, psicológicos, morales y sociales de una naturaleza fundamental. Éstos coinciden con y contribuyen a un desarrollo equilibrado...”.⁵

⁴ *Op. cit.*, p. 23

⁵ *Cuba: Man, Revolution*, *op. cit.*, p. 29.

El punto de vista es: si esto es bueno para la salud del pueblo, debe dársele; no solamente a niños de escuela o equipos profesionales, sino a obreros, campesinos, jóvenes, viejos, hombres, mujeres. Es así como hoy cerca de dos millones de cubanos, la cuarta parte de toda la población, participan regularmente en algún tipo de actividad deportiva, no viendo jugar a otros, sino jugando ellos mismos.

Es cierto que a pesar del enorme aumento de personal médico, hospitales y equipos todavía todo está muy escaso. Los de la vieja guardia se han ido, y a los nuevos doctores, enfermeras y técnicos todavía les falta experiencia. La tradición científica está todavía en su infancia. Pero aun cuando todavía queda mucho por hacer, los logros de Cuba en el campo de la salud son ya muchos y muy grandes. El nuevo enfoque es de la máxima importancia; las personas son tratadas como seres humanos con derecho a la mejor de las atenciones, sean ricos o pobres. El principio normativo lo expresó el *Che*: "Una vida humana vale más que todas las riquezas del hombre más rico del mundo".

En lo que hace a la salud, Cuba es una lección para los países subdesarrollados: que sin una revolución socialista no hay posibilidad de pasar más allá de la introducción de reformas, en su mayor parte ineficaces, que pueden aliviar algo el dolor pero no serán capaces de curar la enfermedad.

La Necesidad de Diversificar

Cuando nos entrevistamos con el presidente Dorticós en el Palacio Presidencial, la mañana del 9 de marzo, comenzamos por decirle lo profundamente impresionados que estábamos por las grandes realizaciones de Cuba en el terreno de la educación y de la salud en los años transcurridos desde que escribimos *Cuba, Anatomía de una Revolución*; y le pedimos que nos hablara acerca de las grandes realizaciones del país en el campo económico. Nos dijo que sería vanidad de su parte pretender que hubiera alguna. Se mostraba demasiado modesto. Ha habido algunas realizaciones notables en ese campo, y según todas las probabilidades las habrá todavía más notables en lo futuro. Pero antes de entrar de lleno en esto, pasemos revista brevemente a las etapas al través de las cuales ha pasado la Revolución desde que conquistara el poder, el 1º de enero de 1959. En este capítulo discutiremos el período 1959-1963, y en el siguiente el de 1963 hasta el presente.

La historia del grotesco subdesarrollo de Cuba y de su implacable explotación por el imperialismo norteamericano —caras opuestas de la misma moneda— ha sido relatada muchas veces y no la repetiremos aquí.¹ Baste recordar que el azúcar constituía cerca de la cuarta parte del producto nacional bruto de Cuba y las cuatro quintas partes de sus exportaciones, y que el comercio con los Estados Unidos representaba, con mucho, la mayor parte de sus exportaciones e importaciones. Pocos países han sido tan dependientes de un solo cultivo y de un solo cliente comercial como la Cuba

¹ Se encontrará un breve resumen en nuestro libro *Cuba, Anatomy of a Revolution* (Nueva York y Londres: *Monthly Review Press*, 1960), capítulos 2 y 3. Un relato más reciente se encuentra en el libro de Edward Boorstein, *The Economic Transformation of Cuba* (traducido al español por NT, 1968), (Nueva York y Londres: *Monthly Review Press*, 1968), especialmente en el capítulo 1.

pre-revolucionaria. Y en pocos ha sido más aparente la contradicción resultante de la enorme subutilización de la tierra y de la fuerza de trabajo, por una parte, y la más abyecta pobreza por la otra.

En tales circunstancias no es sorprendente que el movimiento de independencia cubano, retrocediendo hasta los tiempos de José Martí, a fines del siglo XIX, se consagrara en forma apasionada no sólo a la soberanía política sino también a la diversificación económica, interpretando este término en casi todos los sentidos posibles. Cuba debería tener muchos cultivos, incluyendo todo lo necesario para alimentar al pueblo; debería tener verdaderas industrias propias (no solamente para las operaciones de acabado vinculadas a los productores extranjeros de materiales y partes), a fin de surtir el mercado interior y dar empleo a los trabajadores cubanos; debería de comerciar libremente con todo el mundo y no exclusivamente con un amo y señor monopolista.

Estas ideas fueron heredadas primero y después desarrolladas por Fidel Castro y sus camaradas del Movimiento 26 de Julio, y muy naturalmente actuaron conforme a ellas al llegar al poder. Los principios rectores de la política económica en los primeros años de la Revolución fueron, por tanto, diversificación agrícola, industrialización y establecimiento de nuevos vínculos comerciales.

Se dice a menudo en nuestros días que esos primeros esfuerzos dirigidos a la diversificación constituyeron un fracaso, y en un importante sentido es verdad. Sin embargo, esto no debe hacernos perder de vista los muy importantes logros de ese período. El poder de compra de las masas aumentó grandemente en la primera mitad de 1959, por la reducción de las rentas y de los precios en las ciudades, por la primera reforma agraria (la que abolió por completo las rentas agrícolas) y por la iniciación de numerosos proyectos de construcción (viviendas, carreteras, centros para turistas, etc.) en toda la isla. El resultado fue, por supuesto, un brusco ascenso en la demanda de toda clase de artículos de consumo, y tanto la agricultura como la industria respondieron a este estímulo con éxito considerable. El cuadro 5 muestra el aumento de la producción de cierto número de mercancías agrícolas que figuran de manera prominente en el consumo de las masas.

GUADRO 5

*Producción de Ciertos Productos Agrícolas
(miles de toneladas métricas)*

	1958	1961	1962	1958-1962 Aumento por ciento
Frijol	33	59	78	136
Arroz	163	213	320	96
Maíz	134	198	257	92
Tabaco	42	52	59	40
Papas	63	97	92	46
Carne	169	207	n.d.*	23 (1958-61)

* No disponibles.

FUENTE: Michel Gutelman: *L'Agriculture Socialisée à Cuba* (París, François Maspero, 1967), p. 158.

Es digno de notarse que estos impresionantes aumentos fueron logrados simultáneamente con un incremento de la producción azucarera: en 1961 la zafra rindió 6.9 millones de toneladas métricas —la segunda en volumen en toda la historia de Cuba— y fue sólo en 1962 cuando la producción de azúcar declinó. Hubo varias razones para ello, entre las cuales la más importante quizá fue el arado de terrenos azucareros para dedicarlos a otros cultivos.

En esos mismos años la producción industrial aumentó también, pero más como resultado de una mayor utilización de la capacidad existente que del establecimiento de nuevas industrias. Hasta agosto de 1962, según un discurso de Fidel Castro ante la Conferencia de Producción Nacional, solamente diez nuevas fábricas habían sido construidas por la Revolución: una planta fundidora no ferrosa, varias empresas textiles, algunas plantas enlatadoras de tomate, una fábrica de lápices y otra para hacer muñecas rellenas.² Se estaban construyendo entonces unas veinte fábricas más, incluyendo unas instalaciones relativamente grandes para producir utensilios y aparatos domésticos, una fundición de acero, plantas para fabricar picos y palas, alambre de púas, cuchillos y tenedores, cepillos, bolsas de kenaf, plásticos, alimentos para animales, antibióticos, sal,

² Boorstein, *op. cit.*, p. 119.

cacao y más tomates enlatados.³ En su mayor parte, la selección de las fábricas por construir fue dictada por una combinación de la necesidad de ciertos productos y la deseada sustitución de las importaciones por productos nacionales.

Fue en el tercer aspecto de la diversificación —el desarrollo de nuevos intercambios comerciales— donde Cuba obtuvo los mayores éxitos en los primeros años de la Revolución. Tras de una apertura modesta de relaciones comerciales con la Unión Soviética en 1959 y principios de 1960, toda la situación cambió decisivamente por la enconada guerra económica que estalló entre Cuba y los Estados Unidos en el verano de 1960. Cuba había hecho arreglos para comprar petróleo a la URSS, pero las refinerías propiedad de norteamericanos se negaron a refinarlo. Cuba respondió apoderándose de las refinerías: los Estados Unidos cancelaron entonces la cuota de azúcar de Cuba, dejándola con unos tres millones de toneladas de azúcar sin vender. Fue en esta oportunidad que la Unión Soviética y otros países entraron en escena, proporcionando un mercado al azúcar cubano y ocupando, en términos generales, el lugar de los Estados Unidos como principales clientes y proveedores de Cuba. Y, lo que no fue menos importante, los países socialistas se convirtieron en una fuente vital de crédito, en momentos en que la capacidad de exportación de Cuba se hallaba muy por debajo de su necesidad de importaciones. El cuadro 6 da una buena idea de lo importantes que habían llegado a ser las relaciones económicas entre Cuba y los países socialistas hacia el verano de 1962.

Los datos comerciales correspondientes a los años ulteriores confirman la impresión que deja este cuadro, en el sentido de que, al adquirir nuevos socios comerciales, Cuba no se estaba convirtiendo en dependiente de ningún país, como lo había sido en el período prerrevolucionario. Las importaciones de la URSS han constituido cerca de la mitad de las importaciones de Cuba, y sus exportaciones a la URSS alcanzan una proporción algo menor. El resto del comercio exterior de Cuba ha tendido a quedar repartido, *grosso modo*, entre los otros países socialistas y un número considerable de países capitalistas (entre los cuales España, el Japón, Francia, Inglaterra y el Canadá han tenido los más importantes lugares). Cuba ha hecho a este respecto, pues, importantes progresos para satisfacer su hondamente arraigada necesidad de diversificación.

³ *Ibid.*, pp. 119-120.

CUADRO 6
Créditos de los Países Socialistas a Cuba

<i>País</i>	<i>Crédito (millones \$)</i>	<i>Interés anual (%)</i>	<i>Uso</i>	<i>Años de amortización</i>
URSS	100	2.5	Ayuda técnica y científica en las industrias del cobalto y del níquel, con equipo, instrumentos y maquinaria	5
URSS	100	2.5	Refinerías de petróleo, plantas de hierro y acero, instalaciones eléctricas, exploraciones geológicas, servicios	12
China	60	0.0	Plantas y equipos industriales, maquinaria y herramientas	10
Checoslovaquia	40	2.5	Maquinaria y equipos industriales, plantas eléctricas, industria automotriz	10
Hungría	15	2.5	Plantas industriales, maquinaria y equipos, herramientas	10
Rumania	15	2.5	Maquinaria, plantas y equipos industriales, instalaciones eléctricas	De 1966 en adelante
Polonia	12	2.5	Plantas industriales y equipos, astilleros	8
Alemania oriental (RDA)	10	2.5	Plantas industriales, talleres y equipos diversos	10
Bulgaria	5	2.5	Plantas industriales, plantas de refrigeración, instalaciones hidráulicas	10
Total	357			

FUENTE: *Bohemia*, 17 de agosto de 1962. Reproducida en Dudley Seers (ed.), *Cuba, The Economic and Social Revolution* (Chapel Hill: *University of North Carolina Press*, 1964), p. 313.

A pesar de este logro —y de los más modestos avances en la diversificación agrícola y la industrialización arriba comentados—, debe admitirse que la política económica de los primeros años de la Revolución fue un fracaso en el sentido, crucialmente importante, de que no abrió o por lo menos no señaló el camino hacia una estrategia viable de desarrollo económico. Al principio se tuvo la esperanza de que por medio de la diversificación y la industrialización Cuba se vería en posibilidad de reducir sus importaciones de manera enérgica. La necesidad de importar se reduciría también, aunque no en la misma medida en un futuro cercano, porque Cuba tendría que ir pagando los créditos concedidos, principalmente por los países socialistas, en el período de industrialización. Posteriormente, sin embargo, ya pagados los créditos, con una fuerte base industrial y una agricultura diversificada, Cuba podría iniciar un largo período de crecimiento vigoroso y equilibrado, contando de manera primordial, si no exclusiva, con sus propios recursos. El azúcar, durante tanto tiempo odiado símbolo de la dominación imperialista, quedaría relegado a un papel secundario; y la industria moderna ocuparía su merecido lugar como fuerza impulsora del verdadero desarrollo económico. No era desusado en esos días encontrarse con proyectos de tasas de crecimiento global anual de 15 por ciento, de una balanza comercial favorable para 1965, y de un equilibrio de la balanza de pagos para antes del fin de la década. Después, todo marcharía sobre ruedas.

Estas optimistas esperanzas eran comprensibles entonces.⁴ La Cuba de antes de la Revolución se caracterizaba por una escandalosa subutilización de los recursos: probablemente menos de la mitad de la tierra arable estaba efectivamente cultivada; el desempleo mostraba un promedio de por lo menos el 25 por ciento de la fuerza de trabajo; y muchas empresas tenían amplios inventarios de materiales y productos acabados. En estas circunstancias, como hemos visto, la producción podía lanzarse hacia adelante bajo el poderoso estímulo del aumentado poder de compra de las masas que la Revolución desencadenó.

Edward Boorstein, que tuvo puestos clave en las dependencias económicas del gobierno revolucionario en los años de 1960 a 1963, nos da un adecuado resumen de la situación:

⁴ Nosotros las compartimos. Véase *Cuba: Anatomy of a Revolution*, especialmente el capítulo 13 y el Epílogo.

El rápido progreso de la economía cubana en los primeros años tras de que la Revolución tomó el poder se hizo posible merced a las reservas. La irracionalidad misma de la economía prerrevolucionaria servía como un trampolín para el progreso. Usando la capacidad sobrante de la industria de la construcción, y la mano de obra ociosa, se podían construir escuelas, hospitales y casas. Proporcionando a la mano de obra desocupada acceso a la tierra ociosa o subutilizada se podían obtener rápidos incrementos en la producción agrícola. Por razón de la capacidad sobrante se podía hacer subir el rendimiento industrial más del 15 por ciento en el primer año de la Revolución. Se podía suprimir el gasto de divisas extranjeras en artículos de lujo por una pequeña parte de la población, y ahorrar así decenas de millones de dólares.⁵

No es de sorprender que estos primeros éxitos engendraran una atmósfera de optimismo en la que cualquier cosa parecía posible. Pero, desgraciadamente, pronto se vio que se trataba de una ilusión. A medida que la producción, en una línea tras otra, iba chocando con las limitaciones que imponían los recursos existentes, comenzaron a ocurrir toda clase de embotellamientos, a los cuales la economía cubana, carente de un aparato efectivo de planeación y gravemente debilitada por el bloqueo norteamericano y por la partida de muchos técnicos y de otro personal calificado, no estaba en posibilidad de enfrentarse. En estas circunstancias, los avances

CUADRO 7 .

Exportaciones e Importaciones
(millones de dólares)

	<i>Exportaciones</i>	<i>Importaciones</i>	<i>Excedente (+)</i> <i>o déficit (-)</i>
1960	618.2	579.9	+ 38.3
1961	624.9	638.7	- 13.8
1962	520.6	690.2	-169.6

FUENTE: Edward Boorstein: *The Economic Transformation of Cuba* (Nueva York y Londres: *Monthly Review Press*, 1968), p. 130.

⁵ Boorstein, *op. cit.*, p. 82.

de los primeros años fueron frenados y en muchos casos se trocaron en retrocesos. La cosecha azucarera, por ejemplo, tras de llegar al nivel casi *récord* de 6.9 millones de toneladas métricas en 1961, cayó bruscamente a 4.8 millones en 1962, y a 3.8 millones en 1963: un descenso de 45 por ciento en dos años. Esta declinación de la producción de azúcar fue un factor, pero sólo uno, del notable des-nivel de la balanza de pagos de Cuba. El cuadro 7 muestra lo que ocurrió.

Nótese que el déficit era la combinación de una declinación de las exportaciones y un aumento en las importaciones: las primeras bajaron un 16 por ciento en dos años, en tanto que las últimas se elevaron en 19 por ciento. "El déficit en la balanza de pagos se convirtió —según Boorstein— en el problema económico central de Cuba: reflejaba y acentuaba las dificultades básicas de toda la economía".⁶

Para entonces (1962) era ya evidente que la sustitución de las importaciones mediante la industrialización, de la que tanto se había esperado al principio, no aportaría la solución al problema de la balanza de pagos, y de hecho hasta podría contribuir a empeorarla durante un largo período por venir. La razón era no sólo que poner en marcha las industrias en cuestión requería grandes importaciones de maquinaria y equipo, sino también que en la mayoría de los casos la operación de las industrias recientemente establecidas dependía de materias primas, combustible, partes de repuesto, etc., importados. El resultado neto fue de poca o ninguna ventaja en la sustitución de las importaciones por la producción nacional.

Hubo, además, otras razones por las cuales el entusiasmo inicial por la industrialización se enfrió con la experiencia. Los técnicos, administradores, trabajadores especializados —toda clase de fuerza de trabajo calificada— eran escasos o no existían. Gran parte de las plantas y equipos adquiridos en los países socialistas resultaron ser de baja calidad. Pero, sobre todo, se hizo cada día más evidente que la demanda de Cuba de productos industriales no era, ni lo sería en ninguna circunstancia previsible, lo suficientemente grande para justificar el establecimiento de una gran variedad de industrias modernas y tecnológicamente eficientes. Al compromete-

⁶ *Ibid.*, pp. 132-133. Se recomienda ampliamente el análisis de Boorstein del problema conjunto, especialmente en su capítulo titulado "La Presión Creciente sobre los Recursos" (capítulo 4).

terse en un programa de diversificación industrial, Cuba estaría en verdad condenándose al retraso industrial.

Es claro que la situación exigía una nueva estrategia de desarrollo económico. El ansia histórica de diversificar había sido puesta en acción de manera vigorosa, y había rendido muchos resultados valiosos y una experiencia más valiosa todavía. Pero con la balanza de pagos en déficit a largo plazo —una implícita amenaza a la recién ganada independencia de Cuba— y frustradas las risueñas esperanzas de los primeros días, la Revolución se enfrentaba a una crisis que sólo podía ser vencida con nuevas ideas y con una acción valerosa.

5

La Nueva Estrategia del Desarrollo

Al buscar un camino que los sacara de la crisis económica en que se encontraban en 1962, los dirigentes cubanos se vieron obligados a reexaminar las premisas sobre las cuales habían estado trabajando. Y la conclusión principal a que llegaron fue que, si en las condiciones imperantes entonces no funcionaba una combinación de diversificación agrícola e industrialización, tendrían que regresar a la especialización agrícola. Habiendo llegado a esa conclusión, se preguntaron cómo podría aplicarse sin condenar el país a un futuro de dependencia y subdesarrollo semejante al de su pasado. Y esto, a su vez, llevó a la formulación de una estrategia de desarrollo completamente nueva.

Se escogieron como principales áreas de especialización agrícola al azúcar y el ganado; en ambos casos porque las condiciones naturales del suelo y del clima son particularmente favorables, y en el caso específico del azúcar por razón de la experiencia acumulada y de la existencia de una gran industria de elaboración. Se vendería más azúcar al extranjero para resolver el problema de la balanza de pagos. Durante algunos años la aumentada producción de carne y de productos lácteos sería consumida en el mercado interno, pero en un momento dado se convertiría también en un artículo principal de exportación. Para el futuro inmediato la política de inversiones sería dictada por las necesidades de estos dos sectores, y ello sería válido no sólo para las inversiones agrícolas como tales, sino también para las inversiones en las industrias y en la infraestructura. En estos últimos renglones la norma sería satisfacer las necesidades de una agricultura en expansión en cuanto a fertilizantes, energía eléctrica, instalaciones de elaboración, casas para obreros, silos y graneros, carreteras, agua para la irrigación, y así sucesivamente. Todo esto se consideró, no como un sustituto

permanente de la diversificación general agrícola e industrial, sino como un preliminar necesario. El azúcar y la ganadería serían racionalizadas y mecanizadas lo más rápidamente posible, con miras a un rendimiento por hombre y por hectárea considerablemente mayor. De este modo, tras un período de transición, la tierra y la mano de obra serían libertadas para otros usos y la dirección de las inversiones podría girar hacia otros cultivos y otras industrias.

La viabilidad de esta estrategia de desarrollo dependía, por supuesto, de la existencia de un mercado seguro y *en expansión* para el azúcar cubano. Antes de la Revolución el sistema de cuotas de los Estados Unidos había dado a Cuba un mercado seguro, pero no en expansión, de manera que la estrategia concebida en 1962 hubiera estado fuera de consideración en aquellos días. Pero ahora las cosas obviamente eran muy distintas. Cuba era ya parte del sistema socialista internacional, y se había demostrado que los países socialistas podrían, si quisieran, proporcionar un mercado al azúcar cubano. Todo el mundo reconocía, sin embargo, que la compra por ellos de una gran parte de la producción cubana, que había empezado a mediados de 1960, tenía el carácter de una operación salvavidas, emprendida por razones políticas. No había garantía alguna de que tal situación fuese a continuar, o de que los precios que los países socialistas estuvieran dispuestos a pagar por el azúcar cubano se sostuvieran en lo futuro. Por lo tanto los cubanos se lanzaron a inquirir si el mercado socialista para su azúcar podía convertirse en la salida garantizada, en expansión y remunerativa, que ellos necesitaban.

Quizá algún día se escriba la historia de las discusiones y negociaciones que se efectuaron entre La Habana y Moscú en 1962 y 1963. Su lectura sería fascinante. ¿En qué medida son de origen cubano las ideas incorporadas en el acuerdo que fue firmado al fin el 21 de enero de 1964, y en qué medida de origen ruso? Conocemos los urgentes problemas económicos que movían a los cubanos, pero no sabemos casi nada de lo que pensaban los rusos. ¿Eran sus motivos fundamentalmente políticos, como pensaba la mayor parte de la gente, o tenían en ellos las consideraciones económicas un papel tan importante como en los cubanos?

Cualesquiera que sean las respuestas a estas preguntas, conviene entender que la política económica soviética hacia Cuba, centrada en el acuerdo azucarero de 1964, no es en manera alguna una limosna sino, por lo contrario, bien puede producir a largo plazo

sustanciales beneficios económicos a la URSS. Hay muchos factores que se combinan para llegar a esta conclusión: 1) Debido a la naturaleza de su suelo y de su clima, la Unión Soviética no es, y probablemente no lo será nunca, un productor agrícola de bajos costos, y ciertamente es un productor de azúcar de alto costo. 2) También debido al suelo y al clima, pero además a causa de su especialización histórica, Cuba es un productor de azúcar de bajo costo, quizá el más bajo del mundo.¹ 3) La Unión Soviética es un productor a bajo costo de las cosas que más necesita Cuba: petróleo, camiones y jeeps, tractores, maquinaria, etc. 4) De esto se desprende que si se fijan los precios en una relación razonable con los costos, la Unión Soviética puede reducir el costo promedio de su consumo de azúcar, intercambiando con Cuba lo que ésta necesita por azúcar cubano, tanto más cuanto mayores sean las cantidades previstas. 5) Más aún, puesto que la Unión Soviética está en una fase de desarrollo económico caracterizada por una rápida elevación del consumo de azúcar,² este resultado puede alcanzarse sin poner en peligro las inversiones soviéticas existentes para el cultivo y la elaboración del azúcar de remolacha: todo lo que se necesita hacer es retardar la tasa de crecimiento de la producción interna de azúcar.

Así es que, además de las razones políticas, el argumento del beneficio económico puede muy bien haber desempeñado un papel en la decisión de la Unión Soviética de establecer el acuerdo azu-

¹ Que sepamos, no se ha llevado al cabo un estudio detallado de los costos comparativos de la producción azucarera en Cuba y en la URSS. Michel Gutelman piensa que "los costos de producción son mucho más altos en la Unión Soviética". Según René Dumont (un muy conocido agrónomo francés), en Ucrania, con un rendimiento de veinte toneladas de azúcar de remolacha por hectárea, los costos serían el doble de los de Cuba. Y añade: "algunos estiman que el costo de producción promedio en la Unión Soviética es superior a 16 centavos por libra". Bajo esta hipótesis los costos en la URSS serían más de tres veces mayores que en Cuba y excederían con mucho tanto los precios del mercado mundial como los que se pagarán a Cuba. (*L'agriculture Socialisée à Cuba*, p. 215.

² A pesar de las grandes cantidades de azúcar importado de Cuba, la producción soviética subió de 5.8 millones de toneladas métricas en 1960 a 9.6 millones en 1965, un incremento anual promedio de más de 13 por ciento (*Statistical Abstract of the United States*, 1967, p. 877). Puesto que los datos azucareros cubanos se expresan normalmente en toneladas métricas, hemos cambiado las toneladas cortas del *Statistical Abstract* por toneladas métricas (aproximadamente 10 por ciento más pesadas), para facilitar la comparación.

carero con Cuba. Según los términos de éste, la Unión Soviética se comprometía a adquirir las cantidades siguientes de azúcar cubano (en millones de toneladas métricas):

1965	2.1
1966	3.0
1967	4.0
1968	5.0
1969	5.0
1970	5.0

Se fijó un precio de 6.11 centavos la libra, durante la vigencia del acuerdo. Este precio era algo más alto que el que los productores cubanos de azúcar habían venido recibiendo por el azúcar de su cuota en el mercado de los Estados Unidos, antes del rompimiento entre los dos países, y se compara con los siguientes precios del mercado mundial, tal como los calcularon los cubanos y los presentó el primer ministro Castro en su discurso en la Universidad de La Habana el 13 de marzo de 1968 (en centavos por libra):

1963	8.48
1964	5.86
1965	2.12
1966	1.86
1967	1.99
1963-67 (prom.)	3.39

Los otros países socialistas pronto celebraron acuerdos azucareros semejantes con Cuba. China aceptó adquirir cantidades que llegarían el millón de toneladas en 1970, al mismo precio de 6.11 centavos por libra; y algunas cantidades menores, a precios ligeramente inferiores, irían a los países socialistas de la Europa oriental.

Habiendo tomado una decisión acerca de la estrategia del desarrollo, y ya con una respuesta a la cuestión de los mercados azucareros, el problema número uno de Cuba era el aumento de la producción de azúcar. Y de hecho, antes de que se hubieran fir-

mado los acuerdos con los países socialistas, Fidel había dramatizado el punto al anunciar una meta de 10 millones de toneladas para 1970.

Cuando uno se detiene a pensar que lo más que Cuba había llegado a producir habían sido 7.2 millones de toneladas (en 1952); que a partir de 1960 muchas tierras azucareras habían sido destinadas a otros cultivos; que se había dejado que se deteriorasen la maquinaria y los equipos en los centrales azucareros; que muchos técnicos habían abandonado el país; que la producción había bajado a 3.8 millones de toneladas en 1963; cuando uno se detiene a considerar todo esto, es fácil comprender lo ambicioso de la meta de los diez millones para 1970.³ Pero no era ésta la única tarea perentoria que los dirigentes revolucionarios fijaron al país. Como ya se dijo, se asignó a la cría de ganado un papel sólo inferior al del azúcar en la nueva estrategia del desarrollo. Según palabras de Michel Gutelman:

En 1965 se trazaron los lineamientos generales de un ambicioso plan para el ganado. El número de cabezas se elevaría de 6.6 millones a 12 millones en 1975. Este ganado tendría una estructura que permitiría una matanza anual de 4 millones de cabezas y una producción diaria de 30 millones de litros de leche. Para lograr esto se había considerado una notable mejoría en la base alimenticia, mediante la transformación de los pastos naturales en artificiales, la elevación de la calidad genética de los rebaños por medio de la inseminación artificial y, por último, una inversión considerable en instalaciones industriales.⁴

En cuanto a los demás productos agrícolas, la nueva estrategia del desarrollo exigía una reducción en la mayoría de los “nuevos” cultivos —esto es, de aquellos que se habían introducido o se habían intensificado en gran medida durante la campaña de diversificación de los primeros años (arroz, maíz, algodón, cacahuate, etc.). Éstos se obtendrían principalmente, otra vez, mediante importaciones, calculando que la tierra, la mano de obra y otros recursos que se dedicaban a producirlos darían un rendimiento de más alto va-

³ Hay un buen análisis de esa revolución técnica en la industria azucarera que implica la meta de los diez millones, en *The Economic Transformation of Cuba*, de Edward Boorstein, pp. 206-209.

⁴ Michel Gutelman, *op. cit.*, p. 170.

lor si se les destinaba a la producción de azúcar. Pero deberían continuar los esfuerzos para aumentar la producción de aquellos alimentos que figuran de modo prominente en la dieta del pueblo y/o los cuales no podían importarse convenientemente (v.gr., raíces, legumbres, huevos y pollos). Por último, deberían también ampliarse otros cultivos de exportación además del azúcar, con los cuales Cuba había tenido experiencia en el pasado, en particular el tabaco, el café y los cítricos. Con respecto a estos dos últimos, las metas se habían elevado bruscamente durante el último par de años, y la política de reducir la producción de arroz, tras de una querrela con los chinos acerca de las importaciones de este grano durante el invierno de 1965-66, fue reconsiderada, aun cuando no se ha logrado todavía una completa autosuficiencia. A continuación damos las últimas declaraciones oficiales acerca de las metas de cultivo para 1970, tomadas de un informe presentado por la delegación cubana a la Conferencia de Roma de la Organización de Alimentos y Agricultura (FAO), a fines de 1967:⁵

- a) Producir diez millones de toneladas métricas de azúcar.
- b) Satisfacer todas las necesidades internas de tubérculos, legumbres y frutas. Obtener excedentes exportables de los dos últimos grupos de productos.
- c) Producir 90,000 toneladas métricas de café.
- d) Tener bajo cultivo 65,000 hectáreas de frijol y 200,000 de arroz, en tierras del Estado.
- e) Cubrir todas las necesidades de la industria textil con materias primas nacionales.
- f) Plantar 100,000 hectáreas con cítricos que cumplan las normas de productividad (¿y de calidad?) mundiales.
- g) Plantar más miles de hectáreas de tabaco.

Casi al mismo tiempo que se estaba elaborando la nueva estrategia del desarrollo económico, los dirigentes cubanos formulaban un programa de reforma orgánica de largo alcance. Por muchas razones —mencionemos como las más importantes la escasez de personal adiestrado, el peligro de sabotaje de los contrarrevolucionarios, la necesidad de decisiones económicas y medidas que se ajustaran a la línea política de la Revolución— un grado de cen-

⁵ *Agricultural and Livestock Production in Cuba, 1965-1967* (mimeografiada, en inglés), p. 21.

tralización muy alto había sido una característica inevitable de las primeras etapas de la Revolución. Apenas si es exagerado afirmar que, con excepción de los asuntos financieros, la economía toda se había puesto bajo el control de una sola dependencia: el Instituto de la Reforma Agraria (INRA), cuyo personal lo formaban en su mayor parte miembros del Ejército Rebelde. Al principio en forma espontánea, y después de un modo más formal, se desarrolló dentro del INRA lo que Michel Gutelman ha llamado una estructura "sectorizada".⁶ Por ejemplo, un departamento era responsable de las Granjas Cañeras y otro de las Granjas del Pueblo que se destinaban a otros cultivos (más tarde se unificaron estas dos bajo la forma de Granjas Estatales). La industria quedó bajo la jurisdicción del departamento de Industrialización (después ministerio de Industria), que a su vez fue dividido en ramas y secciones. Todos estos sectores montaban sus propios aparatos organizativos, de arriba abajo, en las provincias y regiones, y cada uno de ellos era más o menos celoso de su independencia y sus prerrogativas. La coordinación era difícil de lograr, y a veces imposible, y la que se lograba no tendía al nivel de operación, sino a los más altos niveles burocráticos. Así, por ejemplo, al final de la cosecha en una granja cañera podía haber un excedente de hombres y de equipo, en tanto que éstos podían escasear en una granja del pueblo cercana, consagrada a diferentes cultivos. La estructura orgánica existente no abría un camino para resolver este sencillo problema: qué podía ocurrir en la práctica si, aunque no se hiciera nada al respecto, el departamento del INRA responsable de las Granjas del Pueblo hurgara por ahí y encontrara algunos o todos los hombres y el equipo necesarios en otra granja del pueblo, situada quizás a muchos kilómetros de distancia, en otro distrito u otra provincia. En cualquiera de los casos habría un desperdicio de recursos, obvia y totalmente innecesario.

Las cosas no andaban mejor en la industria, y la conversión del departamento de Industrialización del INRA en ministerio de Industria, en 1961, apenas si ayudó en algo. Mantener a toda la industria bajo el control centralizado de una dependencia en La Habana sólo podía ser un arreglo rígido e ineficaz. Y esto, junto

⁶ El libro de Gutelman contiene una descripción y un análisis de estos problemas y cambios orgánicos que son, con mucho, los mejores que hemos conocido.

con la organización de la agricultura por sectores, hizo virtualmente imposible la coordinación efectiva de las dos actividades.

La reforma de la estructura agrícola se llevó a cabo aproximadamente de mediados de 1963 a mediados de 1964. Su mira no era la descentralización, aun cuando necesariamente cierta proporción de ésta era inevitable, sino más bien la dessectorización. Todas las granjas propiedad del Estado fueron entonces reclasificadas como Granjas Estatales y reunidas, sobre una base geográfica, en *agrupaciones*.^{*} En la época de la segunda reforma agraria (octubre de 1963) se racionalizaron los límites de las Granjas Estatales y se incorporaron a ellas las tierras recientemente nacionalizadas. La *agrupación* se convirtió entonces en la unidad clave administrativa y de manejo, con el control de las Granjas Estatales bajo su cuidado, y responsable ante un administrador provincial. Los seis administradores provinciales eran a su vez responsables ante la Oficina Nacional de La Habana. En 1966 había 58 *agrupaciones* que abarcaban a 575 Granjas Estatales cuya extensión fluctuaba entre 13 000 y 1 000 000 de hectáreas (1 hectárea = 2.47 acres). Y ya para entonces el INRA era, excepto por el nombre, un verdadero ministerio.⁷

Esta reforma permitió la liquidación del viejo sistema de sectores y la dispersión, en la más alta dependencia, en los niveles de provincia, *agrupación* o Granja Estatal. También eliminaba muchas de las irracionalidades de la sectorización. Tómese por ejemplo el caso de la Granja Cañera y la Granja del Pueblo antes mencionadas: ambas serían ahora Granjas Estatales bajo la jurisdicción de una sola *agrupación* cuya función, entre otras, es la de procurar que hombres y equipo sean asignados a donde más se necesitan dentro de su territorio.

En lo que toca tanto a la industria como a las relaciones entre ésta y la agricultura, el principio rector del nuevo arreglo era la "integración". En este punto será útil citar con cierta extensión

* En castellano en el original (T).

⁷ Cuando estuvimos en Cuba en 1960 pasamos mucho tiempo en el INRA y llegamos a conocerlo como una organización enorme y bulliciosa que ocupaba por completo uno de los edificios más grandes de la plaza de la Revolución, al cual llegaban y de donde salían delegaciones e individuos de toda la isla. Cuando regresamos al INRA, en 1968, lo encontramos ubicado en un local mucho más pequeño, en la parte vieja de la ciudad; según todas las apariencias, una oficina de gobierno absolutamente ordinaria y no particularmente ocupada e importante.

la muy interesante discusión de Gutelman al respecto. Lo que él dice es de gran utilidad para comprender la filosofía de organización de la Revolución Cubana. El nuevo principio de organización entraña el

reconocimiento de la necesidad de enlazar todo el proceso de producción a su base material, suprimiendo los obstáculos que provienen de los métodos administrativos. Con este espíritu, se condenaba la separación definida entre las esferas de la agricultura, la industria, el transporte, el comercio interior y el exterior. La consecuencia lógica de esta condena sería una liquidación más o menos completa de los ministerios de Comercio Exterior y de Industria...

Para reemplazar a estos ministerios, y para corresponder a los diferentes tipos de producción, se propuso la organización de entidades flexibles, con funciones y responsabilidades en los campos de la producción, la elaboración, el transporte, la distribución interior y las importaciones y exportaciones. Estas entidades constituirían verdaderos combinados, integrados verticalmente, desde la producción hasta la distribución. Hasta donde fuera posible, tales combinados tendrían un carácter nacional, es decir, dependerían directamente de la Comisión Central de Planificación, sin intermediario alguno. Cuando era imposible distinguir claramente una línea de la producción hacia arriba, estos combinados eran anexados a un organismo central, una especie de ministerio. El sistema de combinados parecía ser válido para un gran número de actividades productivas, estuvieran o no ligadas a la agricultura.⁵

Al llevar al cabo estas ideas se organizaron en forma independiente algunos combinados, o entidades semejantes; así ocurrió especialmente en los casos de los huevos y del tabaco. Algunos se organizaron dentro del INRA. Y otros se agruparon dentro de los cinco nuevos ministerios que reemplazaron al de Industria: los de Minería y Metalurgia, Industria Básica, Industria Ligera, Alimentos y Azúcar. Por supuesto, hubo muchos compromisos y desviaciones de los principios básicos, y naturalmente hubo varios cambios en los años que siguieron. Sin embargo, parece ser que la "integración" fue un genuino principio de operación y continúa siéndolo. Y que seguirá así en un futuro previsible.

⁵ Gutelman, *op. cit.*, pp. 129-130.

Hacia fines de 1965, pues, la Revolución Cubana había encontrado su camino, tanto en términos de estrategia del desarrollo como de estructura de organización. Ha recorrido desde entonces un buen trecho, sin desviarse en lo esencial de la ruta señalada en los años de transición: 1963, 1964 y 1965.

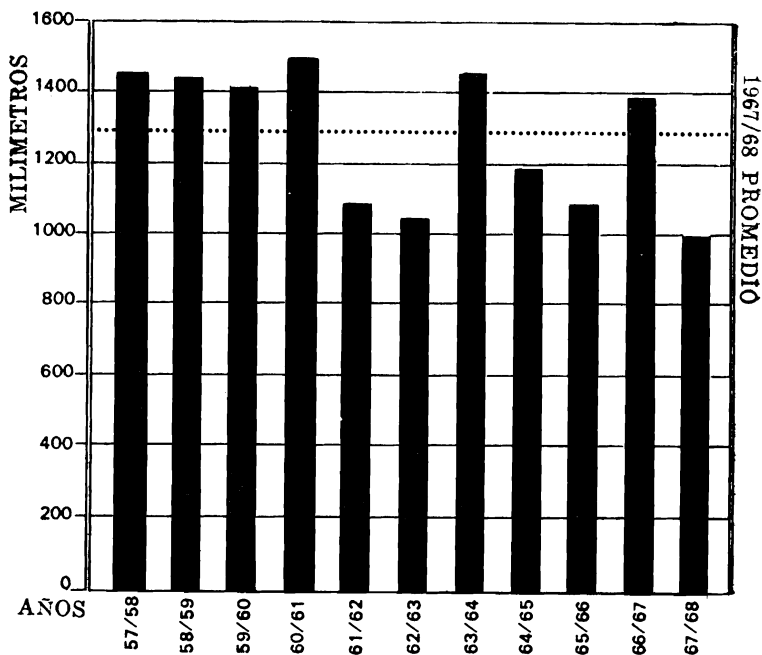
6

Logros Económicos, de 1959 a 1960

Una de las conquistas económicas de la Revolución Cubana ha sido una gran mejoría en la comprensibilidad y la exactitud de las estadísticas de producción, consumo, comercio, etc. La Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) reúne estas estadísticas y las pone a la disposición de todas las agencias interesadas, del gobierno y del partido. Sin embargo, tales compendios no son documentos públicos y, por tanto, no pueden usarse en citas. Las razones para ello son el bloqueo de los Estados Unidos y el natural deseo de los cubanos de no hacer más fáciles las cosas para las diversas agencias de Inteligencia que intentan averiguar lo que ocurre en la isla. Sin embargo, los cubanos publican una buena cantidad de información estadística y económica en los discursos de Fidel y de otros dirigentes, en los informes a las Naciones Unidas y a sus agencias especializadas, y en artículos de periódicos y revistas. Por otra parte, a menudo los funcionarios dan gustosamente información cuando se les pide, especificando lo que se puede y lo que no se puede publicar. En nuestro caso fuimos particularmente afortunados con una larga entrevista con el presidente Dorticós, que en su carácter de jefe del JUCEPLAN tiene una visión panorámica del cuadro económico mejor que nadie, con la posible excepción del mismo Fidel. Y por último, puesto que la mayor parte de los países publican datos del comercio extranjero, puede reunirse mucha información útil sobre Cuba de fuentes no cubanas. En las siguientes páginas hemos tratado de escoger unos cuantos datos y cifras de diversas fuentes, que permitirán al lector discernir los grandes contornos del desarrollo económico de Cuba en el curso de estos años.

GRÁFICA 1

*Promedio Nacional de Precipitación Pluvial Anual
(Período de 12 meses hasta el 30 de abril)*



Fuente: Granma, 30 de junio de 1968.

AZÚCAR

La producción cubana de azúcar llegó al más alto nivel de todos los tiempos en 1952, durante la guerra de Corea. Después, a medida que declinaba la demanda y se abatían los precios, se aplicaron controles. Durante los años prerrevolucionarios restantes la zafra fluctuó entre 4.5 y 5.8 millones de toneladas, dependiendo ello, sobre todo, de las condiciones del mercado mundial.

A fin de comprender lo ocurrido a partir de la Revolución es necesario tener en mente ciertos hechos fundamentales con respecto al azúcar como cultivo agrícola.

En primer lugar, la caña es una planta perenne cuya calidad se deteriora a menos que se la cuide (deshierbándola, abonándola, regándola, etc.), pero que puede ser cortada o dejada intacta de un año al siguiente, durante un número considerable de años. En el período del control de la producción, la superficie plantada con caña era normalmente bastante más grande que la superficie cortada. Por lo tanto, al triunfo de la Revolución se tenía a la mano una reserva considerable, y es ésta una de las razones por las cuales la producción pudo elevarse bruscamente durante los tres primeros años. En segundo lugar, la escasez de mano de obra en el campo no comenzó a sentirse sino en la cosecha de 1962. Y en tercer lugar, esos tres primeros años de la Revolución fueron todos de abundante precipitación pluvial, como puede verse en la gráfica 1.

El clima de Cuba se caracteriza por sus dos estaciones: la calurosa estación de lluvias, de mayo a octubre, y la estación seca, más fresca, de noviembre a abril. El patrón climatológico determina el ciclo de la producción de azúcar. La caña crece durante la estación húmeda, y madura a medida que cesan las lluvias y la temperatura se hace más moderada. Se corta durante la estación de secas, en la que también deben hacerse las nuevas siembras y el cultivo de los retoños de las plantas viejas que se han conservado (lo que se llama soca de caña). Una escasez de lluvia, de ser considerable, puede hacer que se marchite la caña; pero lo más frecuente es que la sequía se manifieste en un contenido menor de azúcar por caña. Como resultado, una mala cosecha puede requerir casi tanto esfuerzo, en cuanto a trabajo, transporte y mollienda, como una buena. Si nos guiamos por los años de calenda-

rio, la cantidad y la distribución de la precipitación pluvial en un año (especialmente en el período mayo-noviembre) se reflejarán en la cosecha del año siguiente (enero a junio). Si, como en la gráfica 1, se cuenta el año del 1º de mayo al 30 de abril y se anota como 1957/58, 1958/59, etc., el patrón de precipitación se reflejará normalmente en el segundo de los dos años designados.

Teniendo esto como base, echemos una ojeada a los registros de producción de azúcar desde el triunfo de la Revolución (cuadro 8).

CUADRO 8

Producción Azucarera de Cuba
(millones de toneladas métricas)

1959	6.0
1960	5.9
1961	6.8
1962	4.8
1963	3.8
1964	4.4
1965	6.1
1966	4.5
1967	6.1
1968	5.1 (calculado)

FUENTE: 1959-1967: Junta Central de Planificación (cortesía de la Misión Cubana ante las Naciones Unidas). 1968: los últimos cálculos según se publicaron en *Granma*.

Después de los tres primeros años buenos vino una caída vertical. Se había gastado desde hacía mucho tiempo la reserva prerrevolucionaria y se estaban arando grandes extensiones de tierras azucareras, para otros cultivos. Más aún, tanto 1961/62 como 1962/63 fueron años de sequía (véase la gráfica 1). Por último, hacia la zafra de 1962 el excedente de mano de obra agrícola, en el cual tradicionalmente se reclutaban los cortadores de caña, había sido sustituido por una escasez.

En 1964 comenzaron a verse los resultados de la nueva estrategia del desarrollo. Con una superficie acrecentada y una buena

precipitación, la zafra de ese año (4.4 millones de toneladas métricas) fue superior a la muy baja (de 3.8 millones) de 1963. Y el ulterior avance a 6.1 millones de toneladas en 1965 parecía sugerir que la producción de azúcar había logrado en verdad un *despegue* e iba ya por buen camino hacia la meta de los diez millones de toneladas para 1970. Lo particularmente impresionante de lo que se hizo en 1965 fue que el incremento del 30 por ciento en la zafra azucarera ocurrió en un año de sequía (1964/65), en el que la precipitación fue un 18 por ciento más baja que la de 1963/64 y estuvo muy por debajo del promedio de 1957 a 1968.

Si observamos más atentamente, sin embargo, veremos que esta asociación de un alza en la producción de azúcar y una disminución de la precipitación pluvial es más aparente que verdadera. Las cifras mensuales muestran que de hecho la precipitación fue superior al promedio del período crucial de mayo a noviembre, cuando la cosecha de 1965 estaba creciendo y madurando.¹ La verdadera sequía comenzó en diciembre de 1964, demasiado tarde para que tuviera mayor influencia en la zafra de 1965. Pero desde entonces hasta enero de 1966 la lluvia estuvo por debajo del promedio en todos y cada uno de los meses, y el total para esos trece meses fue un 27 por ciento más bajo que el de 1957-1968. Por lo tanto, el impacto pleno de la sequía se sintió en el cultivo de 1966 que, con 4.5 millones de toneladas, disminuyó un 25 por ciento en relación con el de 1965 y ocupaba el segundo lugar, contando desde abajo, entre las zafras del período revolucionario.

Pero no tardaron en aparecer pruebas de que el mejoramiento en la práctica de los cultivos —mejor selección de las variedades de caña, una siembra más cerrada y, sobre todo, una fertilización más intensiva— podían reducir la dependencia de la zafra de la precipitación pluvial. El año 1967 mostró la relación habitual: la lluvia fue abundante en 1966/67, y la zafra ascendió a 6.1 millones de toneladas: un 24 por ciento superior a la de 1966. La prueba llegó con la zafra de este año (1968). En términos de la totalidad de la isla, 1967/68 fue el año más seco de todo el período revolucionario, y el cuarto más seco en lo que va del siglo. Y aun estos datos globales subestiman en gran medida la amplitud del desastre. Las tres provincias más orientales (Oriente, Camagüey y Las Villas) producen aproximadamente las cuatro quintas par-

¹ *Granma*, 30 de junio de 1968.

tes de la zafra total, y fue precisamente en ellas donde se ensañó la sequía. Fidel, en su discurso del 13 de marzo de 1968, dio las cifras acerca de la precipitación pluvial por provincias, a las cuales hemos añadido el porcentaje de disminución.

En tales circunstancias no puede menos que reconocerse que la zafra de cerca de 5.1 toneladas de 1968 es un resultado bastante bueno.²

CUADRO 9

Precipitación Pluvial por Provincias
(en milímetros)

	1966	1967	Porcentaje de Disminución
Pinar del Río	1,558	1,348	13.4
La Habana	1,651	1,242	24.8
Matanzas	1,702	1,338	21.4
Las Villas	1,587	1,042	34.3
Camagüey	1,468	960	34.6
Oriente	1,324	837	28.5

Y si se tiene en cuenta que durante ese difícil año se ha puesto una gran cantidad de trabajo en la preparación de la zafra del año siguiente —fundamentalmente fertilización intensiva—, se verá que hay sobrada razón para ser optimista. La larga sequía de 1967-1968 se rompió en mayo,³ y si la precipitación se mantiene siquiera razonablemente favorable durante el resto de la época de crecimiento de la caña, 1969 será un buen año para el cultivo.

² La cifra de 5.1 millones se queda corta tal vez en unas cien mil toneladas, a causa de la caña que fue destinada a la producción de melaza como alimento de emergencia para el ganado, amenazado con morir de hambre por la sequía. Véase el discurso de Raúl Castro el 1º de mayo, en *Granma* del 12 de mayo de 1968.

³ Como dijo Fidel en su discurso del 30 de mayo, al inaugurar varios proyectos de conservación de agua en la provincia de Oriente: "Y, como todos sabemos, este año comenzó más seco aún que el pasado. Durante los primeros meses... las provincias de Las Villas, Camagüey y Oriente han tenido todavía menos lluvia que en 1967. Pero la sequía parece estar llegando a su fin, y durante este mes de mayo la precipitación ha sido magnífica: el tiempo presagia cosas buenas para nuestro país".

La producción, sin embargo, quedaría bastante lejos de la meta de los diez millones para 1970. Fidel continúa haciendo hincapié en que esta meta no ha sido modificada en manera alguna, y de hecho se ha comprometido bastante al asegurar que será alcanzada. En su discurso del 13 de marzo en la Universidad de La Habana, dijo:

La cuestión de la zafra de los diez millones de toneladas ha llegado a ser algo más que una meta económica; es algo que se ha convertido en un punto de honor para la Revolución; se ha convertido en un patrón con el que se puedan juzgar las posibilidades de la Revolución. . . Y si se le va a poner una medida a la Revolución, no hay duda de que la Revolución dé la medida.

Estas palabras pueden parecer temerarias, y quizá lo sean; pero Fidel no es persona que hable a la ligera. Es posible que, a pesar de todas las dificultades y contratiempos de los últimos años, Cuba llegue a alcanzar oportunamente, después de todo, el objetivo de los diez millones de toneladas. Todavía tendremos que decir más acerca de esto y de temas conexos, y lo haremos más adelante.

COMBUSTIBLES

En su discurso de celebración del noveno aniversario del triunfo de la Revolución, pronunciado en La Habana el 2 de enero de 1968, el primer ministro concentró su atención en el problema cada vez más difícil de los combustibles. A partir del momento en que los Estados Unidos estrecharon su bloqueo económico contra Cuba, en el verano de 1960, casi todo el petróleo del país ha venido de la Unión Soviética.⁴ La cantidad que se consumió durante

⁴ Castro reveló que la producción interna de petróleo de Cuba fue en 1967 de 113,000 toneladas, de un consumo total de cerca de cinco millones. Se han venido haciendo numerosas perforaciones en muchas partes del país, y se han conseguido algunos éxitos, especialmente en la zona de Guanabo, unas veinte millas al este de La Habana. Además, en su discurso del 19 de abril, conmemorando el séptimo aniversario de Playa Girón, Fidel anunció que Cuba había obtenido de Rumania un crédito de \$30 millones para ampliar las operaciones. En términos generales los dirigentes cubanos se muestran optimistas en cuanto al futuro de la producción nacional, aun cuando reconocen que es difícil que desempeñe un papel importante durante los próximos años.

el último año anterior a la Revolución (1958) fue de 3 012 000 toneladas, y se elevó en un 62 por ciento, hasta 4 867 000 toneladas, en 1967. Castro no dio las cifras exactas para cada año, pero sí dijo que prácticamente no había habido cambio durante los tres años de 1961 a 1963, y que desde entonces el promedio en la tasa de incremento anual fue de 5.5 por ciento. Se puede deducir de estos datos que la tasa de incremento para 1959 y 1960 debe haber sido alta —del orden del 12 al 15 por ciento. Parece probable que, con la expansión y mecanización crecientes de la economía cubana, la demanda de petróleo continuará aumentando, por lo menos tan rápidamente como en el período de 1964 a 1968. ¿Podrá obtener Cuba el petróleo que necesita? En su discurso del 2 de enero, Fidel no ocultó su preocupación al respecto:

Debemos decir que la Unión Soviética ha hecho considerables esfuerzos para proporcionarnos combustible. (*Aplausos.*) Esto se ve, por ejemplo, en la llegada de 162 barcos-tanque en 1967 —esto es, un barco aproximadamente cada 54 horas. Pero todo señala hacia el hecho de que las posibilidades actuales de esa nación para proporcionar el combustible, a la tasa creciente de nuestras necesidades, son limitadas. Y nosotros estamos en pleno desarrollo, en el punto más decisivo de nuestro avance económico...

La naturaleza de los "límites" en la capacidad de los soviéticos para suministrar combustible a Cuba no es muy clara. Ciertamente, no es la producción, ya que la Unión Soviética se está aproximando ahora a un rendimiento anual de 300 millones de toneladas de petróleo,⁵ y por todos conceptos tiene constante excedente exportable, para el cual está tratando de encontrar mercados especialmente en la Europa occidental. Quizá haya problemas para encontrar el tonelaje necesario de barcos-tanque; o quizá las limitaciones sean de un carácter más político que técnico o económico. En cualquier caso, es evidente que el petróleo es un punto potencial de embotellamiento para la economía cubana, y que deberá hacerse un estricto ahorro en su empleo en el futuro previsible. Esto explica las medidas que Fidel anunciara en su discurso del 2 de enero, la más importante de las cuales fue, desde el punto de vista del público, el racionamiento de gasolina para los automóviles

⁵ *Pravda*, 6 de febrero de 1968.

particulares. En un discurso ulterior, el 19 de abril, Fidel atribuyó al racionamiento de gasolina el hecho de que todo el equipo agrícola se hubiera mantenido en operación durante los meses decisivos de la cosecha y de la siembra.

Aparte sus consecuencias económicas, el racionamiento de gasolina ha tenido un importante impacto social. Como no se han importado automóviles para uso privado desde 1959, el tráfico automovilístico iba en descenso aun antes del racionamiento. Después declinó bruscamente. La Habana debe tener menos tráfico, y por consiguiente menos ruido y polución atmosférica, que ninguna otra de las grandes ciudades del hemisferio occidental. En un cruce estratégico, en el que varias calles desembocan en el Malecón (la ancha avenida de La Habana a la orilla del mar), contamos, en un minuto, dieciocho automóviles yendo en una u otra dirección, a una hora de la mañana que normalmente se consideraría la de máxima actividad (este número, multiplicado varias veces, podía haberse reunido en ese lugar a la misma hora, y de hecho así ocurría, en los viejos tiempos). Y una tarde, al regresar de Marianao a nuestro hotel por la Quinta Avenida, el chofer conducía a cerca de 100 kilómetros por hora sin que nadie se pusiera nervioso en lo más mínimo. El hecho es que el automóvil particular está desapareciendo en Cuba, al mismo tiempo que se está haciendo cada vez más abundante dentro de la planeación económica y la vida social de los países socialistas de la Europa oriental. En alguna otra parte hemos comentado lo que nos parece el desastre de la "automovilización" en la Unión Soviética,⁶ y aprovechamos la oportunidad para dejar asentada la opinión de que el proceso de desautomovilización que está ocurriendo en Cuba, a pesar de las muchas dificultades e inconvenientes que entraña, a la larga será altamente beneficioso. El automóvil particular es un gran *desigualador*; y en la misma medida su abolición, en un país que ha alcanzado ya una etapa de automovilización relativamente avanzada, puede considerarse como un requisito previo para el desarrollo de un estilo de vida razonablemente no estratificado para toda la población.

Continuando por un momento esta digresión: los cubanos han estado demasiado ocupados en otras cosas para pensar o hacer

⁶ En nuestra contribución a Huberman y Sweezy en *Fifty Years of Soviet Power* (Nueva York y Londres: *Monthly Review Press*, 1968), pp. 14-16.

muchos planes respecto de la desaparición del automóvil particular, y probablemente hay muchos que suponen, conciente o subconcientemente, que están pasando por una fase que, a su debido tiempo, irá seguida de una reautomovilización. Para nosotros, sin embargo, es altamente probable que esta "fase pasajera" dure muchos años, y hasta décadas, y que mucho antes de que se haga posible la reintroducción del automóvil particular Cuba pueda entrar en una fase en la que éste no tenga lugar ni sea echado de menos. Esto requerirá, por supuesto, el desarrollo de nuevas instituciones y nuevos hábitos, en particular una gran expansión y mejoría del sistema de transporte público, y posiblemente algo semejante a una provisión comunal de bicicletas, en sitios de estacionamiento estratégicamente distribuidos.⁷

Hay otro aspecto del racionamiento de gasolina que merece mencionarse: ha sido un golpe para el mercado libre y para el mercado negro. Antes, cualquiera que tuviera un automóvil podía ir al campo y suplementar su ración comprándoles gasolina a los campesinos a un precio considerablemente más alto que el de aprovisionamiento oficial. Este tráfico se ha visto reducido, pero de ninguna manera eliminado, desde que se impuso el racionamiento. Volveremos a este tema al discutir el problema del sector privado.

ENERGÍA ELÉCTRICA

Fidel hizo notar, en su discurso del 2 de enero acerca del problema de los combustibles, que la producción de energía eléctrica "es la base fundamental del desarrollo de cualquier país". Esto es verdad y presta especial importancia a la producción de energía como índice general de la rapidez del progreso. Fidel dio cifras para cada año desde 1958, y a ellas hemos añadido una columna que muestra el porcentaje de aumento de cada año sobre el anterior (cuadro 10).

⁷ Probablemente debido a su dependencia de los Estados Unidos en el pasado, y por lo tanto a su tendencia a copiar de ellos, hay relativamente pocas bicicletas en Cuba y no se fabrica ninguna. Se nos dijo que las bicicletas son de uso común sólo en la ciudad de Cárdenas. Nadie parecía poder explicar esta excepción. Cuando insistimos, la mayor parte de los funcionarios con quienes hablamos estuvieron de acuerdo en que los problemas del transporte en Cuba podrían aligerarse mediante el uso más generoso de la bicicleta; pero era evidente que nunca se había pensado seriamente ello.

CUADRO 10

Producción de Energía Eléctrica, 1958-1967

	<i>Millones de kilovatios- hora</i>	<i>Por ciento de aumento sobre el año anterior</i>
1958	1,795	—
1959	1,993	11.1
1960	2,145	7.6
1961	2,237	4.3
1962	2,258	0.9
1963	2,344	3.8
1964	2,494	6.4
1965	2,592	3.9
1966	2,813	8.5
1967	3,019	7.3

Nos encontramos ante un patrón que ya nos es familiar: un rápido aumento del crecimiento durante los dos primeros años, seguido, primero, de una brusca declinación en la tasa de éste, y después de un ascenso y una estabilización relativa, tras de la adopción de la nueva estrategia del desarrollo y las reformas orgánicas de 1963-1964. Globalmente el incremento en la producción de energía —68 por ciento desde 1958 a 1967— no es particularmente elevado para un país en desarrollo; pero para cuando se hayan terminado, en la segunda mitad de 1968 y 1969, varias plantas grandes (para Cuba) que ahora se están construyendo, se ha programado un considerable salto hacia adelante de la producción.

NÍQUEL

Ya antes, en el capítulo 2, nos referimos a nuestra visita a las plantas de níquel de Nicaro y de Moa, en la costa norte de la provincia de Oriente. Situadas en medio de lo que los cubanos creen que son las reservas de mineral de níquel mayores del mundo,⁸ ambas plantas fueron construidas por corporaciones norte-

⁸ En su aspecto, el mineral es una tierra de color rojo oscuro que es excavada por medio de palas mecánicas gigantescas. Tiene un alto conteni-

americanas, y eran propiedad de las mismas. La tecnología en Nicaro es del tipo tradicional, pero la de Moa es extraordinariamente moderna y compleja; y como la planta todavía no estaba terminada al triunfo de la Revolución, los norteamericanos no pensaron que los cubanos pudieran hacerla funcionar y, por supuesto, han hecho y continúan haciendo todo lo posible para impedirles que la hagan funcionar. En Moa nos contaron la historia fascinante de un intento de comprar una pieza de repuesto importantísima hecha de un metal altamente resistente al calor y recubierto de cerámica de una calidad especial. El intermediario encargado de hacer la compra no era sospechoso para los norteamericanos. Cuando la pieza de repuesto llegó a la planta de Moa, los ingenieros cubanos estaban encantados. La pieza parecía perfecta: longitud, diámetro, todo estaba bien. Pero cuando trataron de usarla no funcionaba. Lo que había ocurrido era una prueba del rigor del bloque. Cuando las gentes de la *Freeport Sulphur*, que habían diseñado y construido la planta de Moa, recibieron el pedido, supieron enseguida que ninguna otra planta podía requerir esa pieza en particular. Por consiguiente, despacharon la orden al precio usual, pero recubrieron el tubo metálico con otro tipo de cerámica, de manera que cuando los cubanos intentaron usarlo el resultado fue un completo fracaso.

Como la falta de esa pieza amenazaba con el cierre de toda la planta de Moa, los cubanos se volvieron hacia los países socialistas en busca de una ayuda de emergencia. Dos equipos de investigadores, uno de Checoslovaquia y el otro de la Unión Soviética, emprendieron la tarea de construir una pieza de repuesto eficaz, y ambos llegaron a la solución, los checos primero y los rusos más o menos un mes después.

Pero fue principalmente merced a su propio ingenio que los cubanos lograron mantener en marcha la producción y, al final, dominar plenamente la tecnología, aún hoy muy avanzada, de la planta de Moa. José Alemany, el joven director de Moa, que más que ninguna otra persona es responsable de este triunfo, nos decía que hay todavía algunos artículos que se deben obtener de los países socialistas, pero que la inmensa mayoría de las piezas de repuesto ya pueden ser hechas en el propio taller de la planta.

do de hierro (40 a 50 por ciento) que algún día, cuando la tecnología de la refinación se haya perfeccionado y se disponga del capital necesario, formará la base de una industria nacional de hierro y acero.

En el cuadro 11 se dan los registros de la producción de níquel, tal como Fidel los presentó en su discurso del 2 de enero (se han añadido las cifras del porcentaje de los cambios). Como puede verse, ha habido casi tantos años de disminución como de aumento en la producción, pero a últimas fechas estos últimos han sobrepasado con mucho a los de declinación.* Y en septiembre de 1967 se superó una marca en Nicaro, cuando por primera vez la producción mensual (1 970 toneladas) sobrepasó la cifra *record* anterior, que había sido impuesta en 1957, cuando todavía la planta estaba bajo el control de los norteamericanos.⁹

CUADRO 11

Producción de Níquel

	<i>Toneladas Métricas</i>	<i>Porcentaje de cambio comparado con el año anterior</i>
1958	18,000	—
1959	17,880	— 0.1
1960	14,520	—18.8
1961	18,120	+24.8
1962	24,900	+37.4
1963	21,630	—13.1
1964	24,060	+11.2
1965	29,134	+21.1
1966	27,854	— 4.4
1967	34,900	+25.3

Cuba puede vender todo el níquel que produce, y este metal ha aventajado ya al tabaco como el segundo gran renglón de exportación (después del azúcar). Sus mejores clientes son la URSS, Checoslovaquia y China, pero también Francia y otros países capitalistas son compradores.

* No es sólo el número de años lo que se debe analizar: el porcentaje total de aumentos para el lapso 58-67 fue de 119.8, y el de disminución de 36.4. La cifra absoluta de aumento en 10 años es de 83.4: casi el doble (*E*).

⁹ *Granma*, 23 de junio de 1968.

Todo esto es causa de gran molestia para Washington, que, ha dicho el presidente Dorticós, está "tan interesado en el níquel como en una batalla de Vietnam". Los Estados Unidos no importan acero alguno que contenga níquel cubano, y hacen cuanto pueden para sabotear las ventas, en todas las formas posibles. Pero todos sus esfuerzos han sido vanos, y hasta se puede decir que, a la larga, contraproducentes para los Estados Unidos. Al dominar su industria del níquel y derrotar el bloqueo norteamericano, Cuba se ha anotado un triunfo que tiene repercusiones más allá de lo económico. Ha adquirido una experiencia muy valiosa y, lo que es más importante, una confianza en sí misma que la mantendrá en un buen sitio en los años por venir.

GANADERÍA

Como lo señalamos en el capítulo anterior, la nueva estrategia del desarrollo que se adoptó en 1963-64 confería al ganado un papel inferior solamente al del azúcar. Y a la fecha los resultados han sido de lo más impresionantes aun cuando el rendimiento sea escaso en el sentido de los beneficios al público consumidor. El primer problema era aumentar el volumen de la existencia de ganado del país, y ello requería una continua restricción en la matanza y, por lo tanto, ningún aumento en la carne destinada a los consumidores. Según el discurso de Fidel del 2 de enero, el número de cabezas de ganado era de 5 776 000 en 1961 y había subido a 7 146 800 en 1967: un aumento de 24 por ciento.

Todavía más importante era la tarea de mejorar la calidad del ganado. La mayor parte del ganado cubano ha sido tradicionalmente de raza cebú, rudo y bien adaptado al clima, pero mal productor tanto de carne como de leche ("esos animales malhumorados y enojados", como los llamó Fidel en su discurso del 13 de marzo). Para resolver este problema se han importado más de 10 000 toros sementales de pura sangre y se ha organizado un plan nacional de inseminación artificial, a partir de cero. Antes de 1959 no había un solo experto en inseminación artificial en toda Cuba, en tanto que ahora hay más de 3 000 (según Fidel el 13 de marzo).

Visitamos la estación principal de inseminación, fuera de La Habana, en donde se guardan los mejores toros, incluyendo un Holstein gigante del Canadá que tiene fama de ser el favorito ac-

tual de Fidel y que se llama *Terciopelo Negro*. Si la mayoría de los lectores son tan ignorantes de la técnica como lo éramos nosotros, podrán hallar instructiva una ligera digresión. Se estimula el interés de los toros para que cumplan su misión poniéndoles en instalaciones exteriores ante las cuales se hace desfilar un centenar de vacas, supuestamente de las más atractivas. Luego se lleva a los toros hasta un marco que ha sido forrado con cuero de vaca: el dispositivo no es muy artístico, pero es lo suficientemente bueno para el toro, que afanosamente monta el marco. Por debajo hay un técnico en inseminación artificial que manipula una vagina simulada, hecha de hule, que se mantiene en la temperatura correcta con una especie de manguito lleno de agua caliente. Al extremo de la vagina de goma hay un tubo que recoge el semen cuando el toro eyacula. Se lleva entonces el semen al laboratorio, en donde se le deposita, por medio de un gotero médico, dentro de pequeños agujeros situados en fila en lo que parece ser una laja de hielo seco. A su contacto, el semen se congela en pequeñas tabletas, cada una como de la mitad del tamaño de un comprimido de aspirina. Estas tabletas son colocadas entonces en ampollitas de mango largo, que se sumergen en recipientes del tamaño de una lata de leche, con nitrógeno líquido. Parece ser que en estas condiciones de frío extremo el semen se conserva indefinidamente. Para hacerlas utilizables, las tabletas se disuelven en una solución a la temperatura ambiente, con lo cual los espermatozoides recobran enseguida toda su actividad. El proceso es fascinante visto al microscopio. También fue fascinante el saber que el puesto de inseminación tiene todavía semen congelado de *Rosafé Signet*, el toro más famoso de Cuba hasta su muerte; de esta manera *Rosafé Signet* continúa contribuyendo a mejorar la calidad del ganado de Cuba. No tuvimos oportunidad de observar la otra mitad de la operación —la fertilización de la vaca—,* pero se nos dio a entender que el adiestramiento, la habilidad y la experiencia del inseminador son indispensables para que haya un alto porcentaje de buenos resultados. Hay puestos de inseminación en varios puntos estratégicos de la isla, y los técnicos que trabajan en ellos prestan servicio gratuito tanto a los propietarios privados de ganado como a las Granjas Estatales.

* En verdad esta fase es la de la verdadera inseminación. La fertilización es ulterior y puede o no ocurrir (T).

Los dirigentes cubanos se muestran extremadamente optimistas en cuanto a los resultados que esperan de este ambicioso programa de mejoramiento genético. Fidel dijo en su discurso del 2 de enero que en los próximos treinta y seis meses —esto es, en el trienio 1968-1970— medio millón de *F-1* (la cruce de primera generación entre cebúes y Holstein) comenzarán a producir leche. Algunas *F-1*, en condiciones especialmente favorables, han producido ya de veinte a treinta y más litros de leche al día,¹⁰ pero ciertamente es muy superior el promedio que es de esperarse para toda la isla. Una persona bien informada con la que hablamos pensaba que ocho litros al día sería una cifra promedio, moderada y segura, para el rendimiento de estas *F-1*. Esto significa que para 1970 la producción de leche puede aumentar en algo así como 1.2 billones de litros anuales. Se puede tener una idea de lo que esto significa si señalamos que las compras totales de leche por la agencia estatal de compras, en 1967, apenas fueron de 324 millones de litros.¹¹

Como con tantas otras cosas en Cuba, estas rosadas perspectivas contrastan con violencia con la lóbrega realidad del presente. Las nuevas vacas no están produciendo todavía una cantidad considerable de leche, y la severa sequía de 1967/68 determinó una caída vertical en el rendimiento de las vacas viejas (sobre todo porque marchitó los pastos naturales y artificiales, que todavía son la principal fuente de alimentación del ganado en Cuba). Cuando estábamos en Cuba (febrero y marzo de 1968) se tuvo que suprimir la leche para todos, excepto para los niños de menos de siete años y los ancianos de más de sesenta y cinco. Y al mes siguiente el problema del suministro empeoró rápidamente. En su discurso del 1º de mayo, Fidel presentó las cifras correspondientes a la provincia de Camagüey (en donde estaba hablando), que ilustran la gravedad de la crisis (cuadro 12).

¹⁰ "Rosafé Signet: Se Desarrolla un Proyecto". *Granma*, 16 de junio de 1968.

¹¹ Según el discurso de Fidel del 13 de marzo. Por supuesto que la recolección es menor que la producción, ya que parte de la leche se consume en la granja o se vende en el mercado libre por los campesinos. Debe darse por descontado, sin embargo, que si la producción aumentara en algo así como 1.2 billones de litros sería vendida al Estado en su mayor parte.

CUADRO 12

Compras Diarias de Leche por la Oficina de Aprovisionamiento Estatal, Provincia de Camagüey

1º de marzo	126,000 kilogramos*
31 de marzo	124,000
10 de abril	114,534
29 de abril	90,387

Al terminar la sequía, en mayo, la situación comenzó evidentemente a mejorar. Y con la entrada de las nuevas vacas en la producción deberá seguir mejorando por largo tiempo. Esto es, al menos, lo que se espera.

LAS TIERRAS BAJO CULTIVO

Uno de los males más evidentes y menos excusables de la Cuba prerrevolucionaria era la coexistencia, por una parte, de enormes superficies de tierra no cultivada y, por la otra parte, de mano de obra desesperadamente pobre y crónicamente desocupada. Con este antecedente no es de extrañar que desde el momento en que el gobierno revolucionario tomó el poder se hubiera dedicado, en forma apasionada, a poner en producción nuevas tierras. Se han usado conformadoras, tractores y hasta tanques para limpiar de maleza y *marabú* miles de kilómetros cuadrados. Según el discurso de Fidel del 2 de enero, en 1958 había 2 379 103 hectáreas bajo cultivo; para 1967 este número se había incrementado en un 56 por ciento, hasta 3 711 800 hectáreas. Y ahora mismo una enorme brigada militarizada y altamente mecanizada, llamada la Brigada Invasora *Che* Guevara, está trabajando intensamente en la limpieza de otros miles de hectáreas. Por sí solas, estas proezas son a todas luces muy impresionantes. El que hayan redundado siempre en el uso más prudente de los recursos disponibles es otra cosa.¹²

* *Sic (T)*.

¹² Véanse, más adelante, pp. 153-155.

HUEVOS

Sin duda alguna el triunfo económico más espectacular de la Revolución Cubana está en la producción de huevo. Como éste fue el renglón en que primero se experimentaron los nuevos principios de organización de 1963-64, y en donde se obtuvieron los mejores resultados, creemos que vale la pena citar extensamente la descripción que hace Michel Gutelman de lo ocurrido:

El combinado del huevo era una especie de anticipación. Era el producto de la intuición que dio origen a los nuevos principios de organización, y al mismo tiempo precedió a la clara formulación de esos principios. Organizado en 1963 por iniciativa personal del primer ministro Fidel Castro, dejó muchas enseñanzas.

Hasta 1963 la producción de huevo estaba en manos de gran número de Granjas del Estado, para las cuales era tan sólo una entre muchas actividades. Esta dispersión, asociada a la relativa impotencia de las unidades de producción, se traducían en baja producción y baja productividad. Existían verdaderas "fábricas" de huevo, pero la falta de coordinación con las otras ramas de la economía era la fuente de muchas deficiencias. El suministro de los requerimientos materiales estaba sujeto a las fluctuaciones del mercado extranjero: las características técnicas del alimento importado no eran respetadas debidamente. A veces faltaban minerales, a veces vitaminas o cereales. (El problema era menos de una disponibilidad de cambio extranjero que de su utilización racional.) La distribución estaba particularmente desorganizada: sujeta a interrupciones repentinas, sufría de todos los males que aquejaban al ministerio de Comercio Interior y a la organización de los transportes.

La creación de un combinado que integrara todas las unidades de producción —en las varias granjas a que estaban adscritas—, y nuevos métodos en el manejo y el comercio con este producto, cambiaron en muy corto tiempo las condiciones de producción y suministro. Hasta se puede decir que el éxito fue muy espectacular. En enero de 1964 la producción de huevo ascendió a 13 millones de unidades. En enero de 1965 llegó a 60 millones, y en 1966 frecuentemente sobrepasó los 90 millones al mes. En los períodos de alta postura se alcanzó una producción de más de 120 millones al mes. No solamente aumentó la cantidad, sino que también la calidad del empaque mejoró (seis unidades

por caja), llegando a satisfacer las normas internacionales. Los costos de producción por unidad descendieron en cerca de un 30 por ciento. Este buen éxito hizo posible la supresión del racionamiento de huevo al cabo de un año, y aun la exportación de huevo en períodos de alta producción. En 1965, por vez primera, Cuba vendió huevos a Italia...¹³

TRACTORES

El número de tractores para la agricultura (todos ellos importados, por supuesto) se ha elevado de 9 200 en 1960 a 35 000 en 1967 (según el discurso de Fidel del 2 de enero). Este enorme aumento ha sido un factor importante en los buenos resultados obtenidos en la agricultura; también ha contribuido, como lo veremos, a crear algunos problemas.

PRODUCTOS MISCELÁNEOS

En vez de proseguir una relación de estadísticas acerca de determinados artículos, concluyamos esta parte de nuestra descripción de los logros económicos de la Cuba revolucionaria reproduciendo parte de un cuadro titulado "Cuba: Algunas Producciones Importantes", presentado en un documento preparado para una reunión bajo el patrocinio de las Naciones Unidas, en 1967¹⁴ (cuadro 13).

Todos éstos son artículos de consumo masivo, y el aumento promedio para el período de tres años resulta de un poco más del 45 por ciento.

Esta parece ser una buena marca, y en cierta medida lo es efectivamente. Pero no debe dar lugar a ilusiones en cuanto a que se están satisfaciendo las necesidades del consumidor. Por una parte, aun cuando no tenemos datos comparables para períodos ulteriores, hay razones para creer que desde 1966 el consumo se ha contraído más aún en favor de las exportaciones y de las inversiones. Casi todas las personas con quienes hablamos estuvieron acordes en que

¹³ Gutelman, *op. cit.*, pp. 133-134.

¹⁴ *Industrial Development in Cuba: Report Presented by the Cuban Delegation to the International Symposium on Industrial Development, 1967* (mimeografiado).

CUADRO 13

Rendimiento de Productos Misceláneos

<i>Producto</i>	<i>Unidad</i>	1963	1966
Calzado de cuero	Millones de pares	11.8	12.6
Detergentes	miles toneladas métricas	12.9	14.3
Cerveza	millones de litros	89.3	99.2
Aceite vegetal refinado	miles toneladas métricas	32.1	45.8
Leche en polvo	miles toneladas métricas	49.4	61.3
Leche pasteurizada y natural	miles toneladas métricas	147.1	325.1
Mantequilla	miles toneladas métricas	2.2	2.7
Pan y Biscochos	miles toneladas métricas	153.5	376.1
Productos de harina	miles toneladas métricas	22.3	33.9
Cigarrillos	millones de unidades	15.3	18.4
Productos de algodón	millones metros cuadrados	60,4	92.0

las escaseces se habían recrudecido en el último año, y en su discurso del 2 de enero Fidel declaró muy francamente que 1968 debía “considerarse como uno de los años duros de la Revolución”. Además de los efectos de la sequía —en manera alguna limitados al azúcar y al ganado, los dos renglones ya considerados— una importante explicación fue dada por Fidel en su discurso del 13 de marzo, cuando presentó las cifras de las inversiones del Estado. En 1967, dijo, la cifra total era de 979 millones de pesos (oficialmente, 1 peso = 1 dólar), lo que era el 27.1 por ciento del “producto nacional bruto disponible” —porcentaje muy alto, sea cual fuere el patrón con que se juzgue. Pero el cálculo para 1968 lo fijó en no menos de 1 240 millones de pesos, subiendo un 26.7 por ciento en un solo año, y un 31 por ciento del producto nacional bruto estimado.¹⁵ “Creemos —añadió— que ningún otro país subdesarrollado está haciendo hoy en día nada, ni siquiera remotamente —ni

¹⁵ Fidel dio también las siguientes cifras de inversión para años anteriores (todas en millones): 1962: 607.6; 1963: 716.8; 1964: 794.9; 1965: 827.1; 1966: 909.8.

siquiera remotamente— parecido a este esfuerzo”. Esto es muy probable que sea verdad; y puesto que lo que se invierte no se puede consumir, queda explicada la extrema austeridad de la vida en Cuba en estos días, tan comentada por cuantos visitan la isla.

Antes de pasar a otro asunto debemos hacer notar que la austeridad cubana no es como la de los países subdesarrollados del “mundo libre”. En éstos la carga de la austeridad la soportan los obreros, los campesinos, los desocupados, etc., cuyos ingresos son extremadamente bajos o no existen, y que generalmente constituyen del 75 al 90 por ciento de la población. Los estratos medios viven con relativa comodidad, y las oligarquías gobernantes con un lujo insultante. Las tiendas están llenas solamente porque el sistema de precio-ingreso impide a la gran mayoría comprar lo que hay en ellas. Para el observador superficial parece que no hay escaseces; para la mayoría del pueblo no hay sino escaseces. Cuánta razón tenía el muchacho cubano que le dijo a José Iglesias: “Si en México todo el mundo se pudiera comprar un par de zapatos, ¿cuántos cree usted que quedarían en las tiendas?”¹⁶

El hecho es que en Cuba todo el mundo *puede* comprarse un par de zapatos, y nunca queda nada en las tiendas. Y lo mismo ocurre con casi todos los demás artículos de consumo. La explicación es doble. En primer lugar, el salario mínimo en Cuba es de 85 pesos mensuales, y un gran porcentaje de obreros ganan dos o tres veces esta suma. Además, hay escasez de mano de obra, de manera que toda persona sana puede conseguir empleo y muchas familias tienen dos o más miembros que ganan salario. En segundo lugar, el promedio de la renta es muy bajo; la educación, la atención médica y otros servicios son gratuitos, y las mercancías racionadas son baratas. El resultado es un gran poder de compra “libre”, que anda tras de una existencia de mercancías muy limitada. En estas condiciones las escaseces, que en otros países quedan ocultas, salen a la superficie, adonde todos las ven. Y afectan a toda la población, incluyendo a los dirigentes más altos y a los estratos medios, que estarían bastante bien acomodados en otros países. En otras palabras, *todo el mundo* sufre las escaseces, y esto en ocasiones hace que parezcan mucho peores de lo que son.

Porque la verdad es que las restricciones que tienen que soportar todos los cubanos no son, ni con mucho, tan severas como las

¹⁶ José Iglesias: *In the Fist of the Revolution* (Nueva York: Pantheon Books, Inc., 1968), p. 102.

que afectan a la gran mayoría de los latinoamericanos. En este aspecto, y también en cuanto al modo en que el gobierno revolucionario espera superar las escaseces, el citado informe sobre el desarrollo industrial es exacto e instructivo. Al considerar lo que llama “desequilibrio entre la oferta y la demanda de artículos de consumo”, el informe dice:

El fundamento de este desequilibrio es... el rápido incremento en el nivel del ingreso económico de la mayoría de la población y la falta de capacidad para satisfacer las nuevas demandas merced a una tasa acelerada de la producción interna.

El resultado ha sido la necesidad de establecer un racionamiento de diversos tipos y grados.

Es cierto que el nivel de disponibilidad de las mercancías dentro de las categorías racionadas es más alto que el consumo promedio en la mayoría de los países latinoamericanos, y mucho mayor si se habla en términos de la población de obreros y campesinos de dichos países. Pero esta comparación no es suficiente para una revolución que tiene objetivos socialistas. Mucho menos es nuestra intención eliminar el desequilibrio mediante el método de los precios al menudeo.

El único modo aceptable para salir adelante —y es el modo que ha escogido la Revolución Cubana— es el aumento más rápido posible de la oferta, hasta que ésta sea la adecuada para el ingreso de la población, y, por último, determinar constantes elevaciones adicionales del nivel de vida.¹⁷

Muchos de los problemas que se tratan en los capítulos siguientes se relacionan precisamente con el modo de alcanzar estas metas.

¹⁷ *Industrial Development in Cuba*, pp. 28-29.

El Sector Privado

Puede decirse que, para fines prácticos, cuando la Revolución Cubana llegó al poder toda la economía cubana estaba en manos del sector privado. Esta situación ha sido modificada progresivamente, y el sector estatal se ha agrandado en forma correlativa en etapas subsecuentes, que para nuestros fines sólo necesitamos resumir brevemente.

RECUPERACIÓN DE BIENES MAL HABIDOS

Durante el régimen de Batista, el dictador y sus secuaces amasaron grandes fortunas por medio de la fuerza, el fraude y la corrupción. En parte lo hicieron en la forma de cuentas bancarias extranjeras y de otros bienes que no podía alcanzar el gobierno revolucionario; pero había también propiedades inmuebles, fábricas, etc., dentro de Cuba, y de ellas se apoderó el gobierno. Asimismo se ha incautado las propiedades de los refugiados que abandonan el país, proceso éste que comenzó con el triunfo de la Revolución y ha proseguido desde entonces. De esta manera el gobierno ha adquirido la mayor parte de las casas que pertenecían a la antigua clase alta (muchas de las cuales se usan hoy para albergar a los estudiantes becarios).

LA PRIMERA REFORMA AGRARIA

La Ley de la Reforma Agraria del 17 de mayo de 1959 puso los cimientos, tanto dentro del sector privado como del público, para la agricultura tal como la conocemos hoy día. Con algunas excepciones, las propiedades de más de treinta *caballerías* (aproxí-

madamente mil acres) fueron confiscadas. Parte de las tierras así adquiridas se dio desde luego a arrendatarios, aparceros y algunos campesinos sin tierra; estos pequeños agricultores, organizados en la Asociación Nacional de Pequeños Agricultores, constituyen el grueso del sector privado agrícola en nuestros días. La intención original fue que el resto de las tierras confiscadas se cultivara por cooperativas. Pero la idea de las cooperativas nunca prendió, y de hecho lo que surgió fueron las Granjas del Estado.

Es imposible dar cifras precisas sobre los efectos de la Reforma Agraria de 1959, porque su aplicación se sobrepuso a otras dos medidas que afectaron también el patrón de propiedad de la tierra. La primera fue la ley del 6 de julio de 1960, que nacionalizó todas las grandes empresas privadas y que fue aprobada como represalia por la supresión de la cuota azucarera de los Estados Unidos. Mediante ella el Estado se apoderó de todas las propiedades norteamericanas, tanto en la agricultura como en otros sectores de la economía. Y la segunda fue la ley del 13 de octubre del mismo año, que nacionalizó todas las grandes empresas privadas, incluyendo los centrales azucareros propiedad de cubanos, junto con las tierras cañeras que pertenecían a los mismos propietarios (individuos o compañías). Cuando se hubo puesto en práctica todas estas medidas, el sector privado dentro de la agricultura tenía la composición que muestra el cuadro 14.

CUADRO 14

El Sector Privado en 1961

<i>Tamaño de las Granjas</i>	<i>Número de Granjas</i>	<i>Miles de hectáreas</i>
Hasta 67 hectáreas*	154,703	2,348.1
68 a 134 hectáreas	6,062	607.5
135 a 268 hectáreas	3,105	610.3
269 a 402 hectáreas	1,457	507.6
más de 402 hectáreas	592	377.5
Total	165,919	4,451.0

FUENTE: *Panorama Económico Latinoamericano*, N° 221, La Habana, 1967.

* 1 hectárea = 2.47 acres.

LA SEGUNDA REFORMA AGRARIA

Como se verá en el cuadro 14, aún después de todas las reformas de 1959-1960 la agricultura cubana se caracterizaba por una repartición de la tierra notablemente desigual. Las propiedades relativamente grandes, de más de 67 hectáreas, aun cuando constituían tan sólo el 7 por ciento del número total de granjas, representaban el 47 por ciento de la propiedad privada de la tierra. Y como el sector privado comprendía en esa época cerca del 56 por ciento de las tierras agrícolas,¹ podrá apreciarse que más de la cuarta parte del campo estaba en poder de una pequeña capa de grandes agricultores —en total unos once mil—, que con sus familias constituían bastante menos del 1 por ciento de la población total de la isla.

Era ésta una burguesía rural en el sentido más amplio del término y, como era de esperarse, en su gran mayoría se mostraba hostil a la Revolución. Esta hostilidad se manifestaba en muchas formas: propalando rumores y pesimismo en el campo, sabotando la producción, bien directamente, bien permitiendo que las granjas se deteriorasen, mientras preparaban su salida del país; pero, sobre todo, proporcionando una base social a las bandas de guerrilleros contrarrevolucionarios, reclutados en su mayor parte entre los exiliados, y armados por la CIA. Las montañas del Escambray, en la parte sur de la provincia de Las Villas, fueron el escenario de una enconada lucha al principio de los años 60, y siempre existió la posibilidad de una nueva invasión, mayor que la de Bahía de Cochinos. En estas circunstancias, y siguiendo su norma bien establecida de tomar la iniciativa contra sus enemigos, el gobierno revolucionario decidió liquidar a la burguesía rural contrarrevolucionaria. El resultado fue la Segunda Reforma Agraria, del 13 de octubre de 1963, que confiscaba todas las propiedades de más de 67 hectáreas. Después de esto, y según las cifras que Gutelman presenta, el sector privado abarcaba unos 3.6 millones de hectáreas (39 por ciento del total), y el sector público 5.5 millones (61 por ciento).²

¹ Gutelman, *op. cit.*, p. 58.

² *Ibid.*, p. 58. Gutelman hace notar que en tanto que las razones “fundamentales y oficiales” para la Segunda Reforma Agraria fueron de naturaleza política, tal medida, sin embargo, “fue también indudablemente motivada por consideraciones puramente técnicas, en el sentido de que

PAPEL DEL SECTOR PRIVADO EN LA
PEQUEÑA AGRICULTURA

Desde 1963 ha habido un cambio lento y gradual en el equilibrio entre los sectores privado y público, a favor de este último. Según el documento cubano presentado en la reunión de la FAO en Roma, la distribución de la tierra entre ambos era, en 1966: sector público, 65 por ciento; sector privado, 35 por ciento.³ Este último estaba compuesto por unas 200 000 unidades de producción, con superficies hasta de 67 hectáreas. Estas granjas privadas, clasificadas de acuerdo con su producto principal, estaban distribuidas tal como se muestra en el cuadro 15.

CUADRO 15

*Granjas Privadas, Según el Producto Principal
(en porcentaje)*

Tabaco	17.6
Caña de azúcar	17.1
Ganado	16.1
Legumbres	15.4
Café	13.9
Cereales	10.5
Otros	9.4
Total:	100.0

FUENTE: Véase nota 3.

Como se puede ver, el sector privado no está de ninguna manera especializado en uno o varios cultivos, sino que desempeña un papel en todas las principales ramas de la agricultura cubana. Su importancia relativa dentro del cuadro agrícola global podrá comprenderse mejor en términos del porcentaje de las compras totales de los principales cultivos hechas por las agencias estatales de aprovisionamiento que corresponde a las granjas privadas (cuadro 16).

permitió un reagrupamiento de las unidades estatales, que hasta ese momento habían estado muy dispersas y divididas en pequeñas parcelas”.

³ *Agricultural and Livestock Production in Cuba, 1965-1967*, p. 154. Los materiales de este párrafo y de los dos siguientes han sido tomados de esta fuente.

CUADRO 16

*Porcentajes de Compras Estatales de Diversos Cultivos
Prócedentes de Granjas Privadas, en 1966*

Todos los cultivos ^a	36
Azúcar	32
Carne	29
Leche	40
Raíces vegetales ^b	58
Legumbres ^c	69
Fruta	69
Café	83
Tabaco	90
Cacao	95

^a 1965.

^b Incluyendo plátanos.

^c Incluyendo calabazas.

FUENTE: Véase la nota 3.

Desde 1965 ha habido una tendencia a declinar de estos porcentajes de aprovisionamiento, tanto debido a la lenta contracción del sector privado como a que el esfuerzo máximo en la agricultura ha estado y continúa estando dentro del sector público. Sin embargo, la importancia del sector privado en la economía global es considerablemente mayor de lo que indican los datos sobre aprovisionamiento. Esto se debe a que una porción considerable de la producción privada, pero no registrada, es consumida directamente por los granjeros y sus familias o se vende en el mercado libre. (Se nos dijo que en el caso de algunos cultivos no se vende al Estado más del 30 por ciento del producto del sector privado.)

CONTRADICCIONES INHERENTES AL SECTOR PRIVADO

No hay duda de que junto con el proletariado rural y urbano el pequeño campesinado del sector privado ha sido desde el principio uno de los pilares indispensables de la Revolución. La li-

quidación de la burguesía rural por medio de la Segunda Reforma Agraria fue relativamente fácil porque contó con el apoyo de los pequeños campesinos, y la casi total ausencia de actividad contrarrevolucionaria en el campo desde 1963 puede atribuirse a la misma causa fundamental. Nadie sabe mejor que Fidel Castro que una falla importante entre el pequeño campesinado agrario la alianza de clases que ha dado hasta ahora al régimen revolucionario su inmovible fuerza y estabilidad. Y nadie ha sido más explícito ni menos equívoco al asegurar a los pequeños campesinos, para su tranquilidad, que la Segunda Reforma Agraria fue la última y que, por tanto, su *status* sería plenamente respetado. En esta ocasión expuso la política del gobierno revolucionario en las siguientes palabras: "Podemos afirmar de manera definitiva que los pequeños terratenientes cultivarán sus tierras como mejor les parezca, bien como granjeros individuales, como miembros individuales de las Cooperativas de Crédito y Servicio, bien como miembros de las Sociedades Agrícolas; como ellos lo deseen o lo prefieran".⁴ Y en años posteriores se ha reiterado la promesa en muchas ocasiones y en muchas declaraciones. Probablemente no sea exagerado afirmar que no hay línea política alguna del gobierno revolucionario que esté más firmemente establecida.

Desde el punto de vista económico a corto plazo, así como desde el punto de vista político, puede considerarse la existencia de dicho sector como un importante hecho positivo y un factor de estabilización. Los pequeños campesinos no solamente producen gran parte de sus propios comestibles, sino que también proporcionan, por medio de sus ventas en el mercado libre, un importante suplemento a las existencias que llegan al consumidor por los canales estatales. A su tiempo volveremos al tema del mercado libre; por el momento tan sólo haremos notar que los datos que pudimos reunir fueron suficientes para convencernos de que en el país en su conjunto, y en promedio, el problema de los alimentos es considerablemente más favorable de lo que podría creerse por las estadísticas oficiales o por las pláticas de la gente con quien se encuentra uno en La Habana. Los consumidores tienen la oportunidad, y la aprovechan, de comprarles directamente a los campesinos privados, y no sólo en el propio campo sino también en los pueblos pequeños y hasta en las capitales de provincia. Y éste es quizá el fac-

⁴ *Ibid.*, p. 53.

tor decisivo para que el descontento se localice principalmente en la capital. Otro tema al que volveremos en su oportunidad.)

Así pues, los aspectos positivos de la existencia de un sector privado en la agricultura son: 1) que el pequeño agricultor que le debe a la Revolución prácticamente todo lo que tiene continúa siendo un decidido partidario del régimen revolucionario en tanto que éste siga apoyando sus intereses; y 2) que el rendimiento del sector privado no sólo proporciona una parte importante de los aprovisionamientos agrícolas del Estado, sino también un suplemento estabilizador —mediante el autoconsumo y el mercado libre— de lo que el consumidor puede comprar al través de los canales oficiales. Pero hay también aspectos negativos que desde nuestro punto de vista —y creemos que también desde el de los dirigentes cubanos— un país socialista sólo puede descuidar por su cuenta y riesgo. Uno de ellos, el atraso tecnológico inherente al cultivo del pequeño agricultor, es reconocido universalmente, ha sido reconocido reiteradamente por los cubanos⁵ y no requiere aquí mayor comentario.

El otro aspecto fuertemente negativo es menos reconocido o, en todo caso, se habla menos de él, pero en nuestro sentir no es menos importante. Nos referimos al efecto corrosivo y corruptor, tanto social como moralmente, de la empresa privada como tal. Los pequeños campesinos apoyan a la Revolución porque les ha traído grandes beneficios, pero de esto no se deduce que sean revolucionarios o que, como clase, pueda esperarse que algún día sean revolucionarios. Son, por el contrario, pequeñoburgueses con todos los peligros espirituales y los hábitos mentales de la pequeña burguesía: orientación hacia el mercado y el dinero, egoísmo, voracidad, parroquialismo, bajo nivel cultural y cinismo. Y la situación objetiva en Cuba es tal que no solamente tienen la libertad y la oportunidad de actuar de acuerdo con su naturaleza (socialmente condicionada), sino también la de enriquecerse durante el proceso.

Naturalmente, cuando hablamos de “enriquecerse” no estamos pensando en términos de millonarios capitalistas, ni queremos su-

⁵ Véase, por ejemplo, el discurso de Fidel del 6 de enero de 1968, al inaugurar un pueblo de nuevas casas en el Cordón de La Habana. Este discurso contiene también la exposición más completa que hayamos visto de lo que el Gobierno considera como la solución a largo plazo del problema del pequeño granjero. Más adelante lo citamos ampliamente (pp. 113-116).

gerir que no hay campesinos pobres, y hasta desesperadamente pobres. Pero pensamos que el término es apropiado y se refiere a un fenómeno muy real, aunque demasiado descuidado. Para entender esto debe uno tener presente que el límite de 165 acres en el tamaño de las granjas privadas permite lo que en muchos países sería considerado como una empresa agrícola en gran escala. Y si se tiene en consideración que muchas de estas granjas de mayor tamaño están ubicadas en las mejores tierras, podrá apreciarse que lo que los cubanos llaman "pequeños" agricultores podría de hecho parecerse a lo que nosotros llamamos, en los Estados Unidos, operadores de granjas prósperas de tamaño familiar.

Que nosotros sepamos, hay muy poco material publicado sobre la estructura, el funcionamiento, el ingreso, etc., del sector privado campesino; pero en conversaciones y discusiones recogimos aquí y allá fragmentos de información que arrojan alguna luz sobre la naturaleza del problema. Por ejemplo:

- Mientras que como individuos privados tienen en propiedad tan sólo el 30 por ciento de la tierra de toda la isla, su parte de las tierras arables (esto es, de las *buenas* tierras) es de 43 por ciento.⁶

- No son raros los granjeros privados con ingresos anuales de diez, quince y hasta veinte mil pesos. Esto se compara con el ingreso de los ministros del Gobierno, que es de 700 pesos mensuales (8 400 al año, y con el más alto, de cerca de diez mil al año, de los técnicos y otros especialistas dentro de la industria. Se puede, pues, asegurar sin riesgo que dentro de la población económicamente activa, y aparte los pocos médicos que aún siguen ejerciendo privadamente, los hombres más ricos en Cuba son hoy los granjeros privados.

- El sector privado emplea, además de la mano de obra de los propietarios y sus familias, a cerca de 60 000 trabajadores. Esto indica la persistencia, en grado no despreciable, de las relaciones capitalistas en el campo. No es muy clara para nosotros la situación de estos trabajadores contratados, pero tuvimos la impresión de que algunos por lo menos son empleados de las Granjas del Estado y además trabajan por paga para los granjeros privados. La mayor parte de este empleo, si no es que todo, es ilegal, pero al parecer

⁶ Estas cifras no son estrictamente comparables a las que se presentaron antes acerca del tamaño relativo de los sectores estatal y privado en la agricultura, probablemente porque incluyen —lo que no hacían las anteriores— las tierras no utilizables para fines agrícolas.

se le tolera por una combinación de razones políticas y económicas (su supresión implicaría métodos de Estado-policía, sería impopular tanto entre los patronos como entre los empleados, y originaría una considerable desorganización de la producción).

¿Cómo es posible que les vaya tan bien económicamente a los granjeros privados, o por lo menos a un estrato de ellos, bajo un régimen socialista?

Fundamentalmente, la respuesta es que el Estado necesita de su apoyo y *quiere* que les vaya bien. Por eso les paga por sus productos precios que son remunerativos para las granjas mejor administradas, y conviene en comprarles todo lo que puedan producir. Y permite a las granjas más pequeñas y menos especializadas vender sus legumbres, pollos, leche, fruta, etc., en el mercado libre, a precios varias veces más altos que los oficiales.⁷

Para evitar malentendidos: no criticamos al régimen revolucionario por esta política hacia el sector privado de la agricultura. No dudamos que sea prudente y necesaria —aparte, posiblemente, detalles que no estamos en posición de valorar. Pero pensamos también que es deseable discutir sus consecuencias y, sobre todo, no ocultar el alto precio que debe pagar una sociedad socialista para mantener la lealtad de una pequeña burguesía con la cual no puede permitirse enemistad. Y a la que todavía no puede absorber dentro del sistema socialista.

Parte de ese precio es económico: la preservación de un modo de producción esencialmente retrógrado en una buena parte de la mejor tierra agrícola del país. Esto, sin embargo, puede no ser demasiado grave en tanto que el sector estatal sea también subdesarrollado y se caracterice por una baja productividad. Lo que indudablemente es grave es el costo social y moral de tener a un segmento de la población, que asciende al 10 por ciento o más del total (200 000 propietarios privados, más sus familiares y dependientes), como “portador” permanente de una mentalidad y una actitud pequeñoburguesas.

⁷ José Iglesias, que pasó varios meses, en la primera mitad de 1967, en Mayarí, sobre la costa norte, cita a un obrero retirado que decía que “los precios en las tiendas del Gobierno eran más o menos los mismos que antes de la Revolución, pero los campesinos vendían habitualmente sus pollos y sus legumbres tres veces más caros” (*In the Fist of Revolution*, p. 139). Esto indicaría una diferencia aún mayor entre los precios de suministro del Gobierno y los precios en el mercado libre. No tenemos manera de verificar la exactitud de esta información.

Quizá ni esto importaría mucho si ese segmento de la población estuviera aislado del resto, viviendo su propia vida y cociéndose en su propio jugo. Pero las cosas no son así. Hay relaciones estrechas y constantes entre los agricultores privados y el resto de la población, tanto en el curso ordinario de la existencia social como — aún más específicamente— por medio del mercado libre. En esta forma el campesinado privado se levanta, en mitad de la sociedad socialista, como un generador de ideas y valores burgueses y, por consiguiente, como un foco de infección al que muy pocos de entre los demás estratos de la sociedad pueden hasta ahora considerarse inmunes. En todo caso, es extremadamente difícil para un pueblo que durante siglos ha estado sometido a los errores y la barbarie de la explotación y el dominio de clase aprender y asimilar los nuevos valores y las nuevas actitudes sin las cuales no hay oportunidad de que florezcan el socialismo y el comunismo. Esta dificultad se multiplica si al mismo tiempo hay que vencer todos los efectos mutilantes del subdesarrollo colonial. Y se complica más aún si, debido a su inmersión dentro del viejo modo de producción, una parte importante de la población no sólo no puede participar en el proceso de liberación sino que, al contrario, debe constituir un obstáculo en su camino.

Cuba, desafortunada e inevitablemente, lucha con todas esas desventajas.

EL FUTURO DEL SECTOR PRIVADO DE LA AGRICULTURA

Los dirigentes revolucionarios saben mejor que nadie que la única solución al problema del sector privado consiste en abolirlo. Pero saben también que esto no puede realizarse con sólo decirlo, y que el proceso será prolongado. Por lo tanto han planeado una estrategia que puede ser resumida, a riesgo de caer en una excesiva esquematización, bajo los tres rubros de “contención”, “atrición” y “abundancia”. Éstos están estrechamente interrelacionados, particularmente los dos últimos, pero es conveniente considerarlos por separado.

Contención. El objetivo fundamental en este caso es restringir el campo y el margen de utilidades del mercado libre, sin que de hecho se apliquen controles sobre las actividades de los campesinos.

Esto se logra principalmente poniendo obstáculos a la coincidencia de compradores y vendedores. No hay un mercado libre en el sentido de que haya una plaza en la cual los campesinos puedan mostrar y vender sus artículos, como las que existen en la Unión Soviética y, por lo menos, en algunos otros países socialistas. Los vendedores deben buscar a los compradores, y hay un límite de veinticinco libras en la cantidad que un comprador puede traer consigo. La carga principal de las violaciones recae así en el consumidor y no en el productor, lo que está de acuerdo con la política del Gobierno de no enemistarse con los agricultores privados. Hay también algunas otras reglas en relación con estas transacciones, y todas ellas, en conjunto, definen lo que es legal y lo que es ilegal.⁸ El mercado negro, a diferencia del mercado libre, abarca transacciones que exceden los límites legales, además, por supuesto, del tráfico de mercancías que sustraídas ilegalmente del sector estatal. Una operación típica de mercado negro sería, por ejemplo, la compra, por un consumidor, de un saco de arroz de 100 libras a un granjero privado.⁹

Dadas estas circunstancias, es fácil comprender por qué el racionamiento de gasolina fue un golpe al mercado libre y al negro.¹⁰ Antes del racionamiento era fácil, para cualquiera que tuviera automóvil (o acceso a él) y relaciones con uno o más pequeños agricultores, ir al campo cuando lo quisiera y traer de regreso en cada viaje veinticinco libras de alimentos, sin temor a ser molestado. Pero desde que se instituyó el racionamiento de la gasolina se ha restringido esta movilidad en gran medida y, por supuesto, el ir de compras al campo en autobús o a pie es ya cosa muy diferente.

En resumen, se puede decir que la política del Gobierno ha sido desalentar más bien que impedir el comercio entre el campesinado

⁸ Podría ser más preciso decir "lo que es tolerado y lo que no es tolerado". El presidente Dorticós, al describir para nosotros la política agrícola, hizo notar que el comercio privado con los consumidores es ilegal, pero que no se le reprime con métodos policíacos. Una buena pregunta es que si las actividades prohibidas por leyes que no se hacen cumplir son legales o ilegales. En cualquier caso, para los fines de una exposición popular, nos parece preferible reservar el término de "ilegal" para las actividades sometidas a sanciones concretas.

⁹ Este ejemplo de hecho nos fue citado. El precio sería de unos 250 pesos, y el más probable comprador uno de los médicos que todavía ejercen privadamente.

¹⁰ Véase p. 87.

privado y el público consumidor. Dada la naturaleza del caso, no hay modo de medir en términos cuantitativos los resultados de esta política; pero ciertamente puede decirse que si se hubiera adoptado la política opuesta, la de alentar e institucionalizar el mercado libre, como lo han hecho muchos países socialistas, la demanda de los productos del sector privado habría sido mayor, las utilidades de este comercio y por consiguiente los recursos que se le dedicaran serían mayores, y el poder y la influencia del sector privado habrían sido estimulados. La política de la "contención" ha sido, pues, en este sentido, un éxito.

Atrición. La tierra de propiedad privada puede pasar de padres a hijos por herencia, pero no puede ser vendida sino al Estado. De esta manera habrá siempre cierta cantidad de tierra que es transferida del sector privado al público, ya que hay propietarios que mueren sin dejar hijos, y cierta cantidad más porque algunos propietarios que desean retirarse, o hijos que heredan tierras pero no quieren cultivarlas, las venden al Estado.

El gobierno revolucionario confía en que con el correr del tiempo este proceso de atrición se acelere. Cree que si se les dan a los hijos e hijas de los campesinos oportunidades crecientes de educación técnica y superior, y con el número ilimitado de oportunidades en la industria, la agricultura colectiva modernizada y los servicios públicos que se abren ante ellos, estarán cada día menos interesados en seguir los pasos de sus padres y cederán o venderán sus tierras al Estado a medida que adquieran sus títulos sobre ellas. Existen ya pruebas de que esto está ocurriendo, y hay muy pocas razones para dudar que continúe sucediendo en lo futuro —a condición, por supuesto, de que se materialicen, en los sectores socialistas de la economía, las oportunidades más atractivas, tal como han sido planeadas y esperadas.

Pero, por más efectiva que prometa ser a largo plazo la atrición, es necesariamente un proceso lento, y los dirigentes revolucionarios piensan que no pueden permitirse esperar por tiempo indefinido en tanto que una parte importante de la agricultura del país permanece en estado de retraso y baja productividad. Están adoptando, en consecuencia, medidas adicionales de política hacia el sector privado, con la mira de hacerle contribuir a la creación de una abundancia que, según esperan, socave su propia existencia.

Abundancia. Aquí la teoría subyacente, si es que entendemos bien lo que dicen los cubanos, puede resumirse de la siguiente ma-

nera. En el momento actual hay una gran escasez de artículos de consumo en relación con la abundancia de dinero. Después de comprar lo que puede en las tiendas del Estado, a los bajos precios oficiales, a la gente le queda dinero con que puede hacer subir los precios en el mercado libre y en el negro. A medida que las existencias sean más abundantes, serán más los que puedan satisfacer sus necesidades en las tiendas de bajos precios, y éstos descenderán en los mercados privados, hasta que la brecha quede cerrada. Entonces los mercados privados desaparecerán junto con su *raison d'être*, que era la escasez de mercancías en las tiendas ordinarias.

Este feliz acontecimiento está todavía muy lejano, y quizá no sea muy importante preguntar a estas alturas qué ocurrirá después. No carece de interés, sin embargo, mostrar que la teoría puede lógicamente extenderse hasta abarcar la desaparición del propio sector privado. Todo lo que se requiere es suponer que la modernización y tecnificación del sector público se traducirán en un incremento más rápido de la productividad en este sector que en el sector privado. (El presidente Dorticós fue muy enfático al afirmar que esto está ocurriendo ya.) Si los precios se mantienen constantes, el sector público tendrá entonces un creciente excedente, parte del cual puede usarse para elevar el nivel material y cultural de los trabajadores de las Granjas Estatales, con mayor rapidez que el de los campesinos privados. Estos últimos, por lo tanto, encontrarán que les es ventajoso cambiarse del sector privado al público —una nueva forma del proceso de atrición antes descrito. Un artículo del *New York Times*, fechado en Miami el 1º de agosto de 1968, sugiere que ya están ocurriendo esos cambios:

Los campesinos cubanos están “cediendo” sus tierras al Estado, según lo informó hoy la radio de La Habana. Dijo que más de 1,100 acres de la provincia de Pinar del Río, antes propiedad de 43 pequeños agricultores, habían sido incorporados recientemente a las granjas estatales de la región.

La cesión de las granjas fue hecha, añadió la radio de La Habana, por campesinos “concientes de que con ello crecerá la producción, y de que están promoviendo la construcción de una nueva sociedad socialista”.

Aun cuando se informa de ello tan sólo de una manera breve y esporádica, parece ser que los traspasos de tierras al Estado son parte de un plan gubernamental más grande

para reducir al mínimo la propiedad privada dentro de la agricultura cubana.

Suponemos que los pequeños agricultores están movidos, más que por una conciencia social, por el deseo de mejorar sus condiciones, y que la información breve y esporádica de tales traspasos refleja el hecho de que hasta ahora son de escasa importancia y, por el momento, el enfoque de la política gubernamental hacia el pequeño agricultor es muy diferente. Lo que de hecho está tratando de hacer el Gobierno es elevar la productividad de los pequeños campesinos y ponerlos dentro del marco del sistema de planeación estatal, al mismo tiempo que respeta su *status* como propietarios privados. El proyecto pionero en relación con este asunto es el Cordón de La Habana, y su mejor instrumento es el llamado microplán por medio del cual el granjero individual accede a ajustar su producción al plan de conjunto a cambio de cierto tipo de ayuda por parte del Estado. En su discurso del 6 de enero de 1968, Fidel explicó todo esto bastante detalladamente, teniendo en cuenta que entre su auditorio había muchos huéspedes extranjeros que habían ido a Cuba para asistir al Congreso Cultural. Será útil citarlo con cierta extensión:

El Cinturón se comenzó el 17 de abril de 1967 y deberá estar terminado en 1968. Abarca planes para el desarrollo agrícola de la zona en torno a la capital, e incluye casas para los trabajadores y granjeros de toda la región. Parte de esta área es propiedad del Estado, y parte propiedad de pequeños granjeros. El programa exige el pleno desarrollo de la zona, incluyendo las casas y las instalaciones agrícolas necesarias.

Se han construido ya 458 casas, así como 130 pequeños chiqueros, 100 gallineros, 79 graneros y otros 338 edificios —comedores, almacenes—, y 280 proyectos de jardinería.

El Cinturón abarca aproximadamente 2,300 *caballerías* de tierras... Para los europeos y huéspedes de otros países que no usan la *caballería* como unidad de medida: una *caballería* equivale a 13.4 hectáreas (33.2 acres). De manera que una superficie de 2,300 *caballerías* equivale aproximadamente a 30,000 hectáreas. De estas 30,000 hectáreas, aproximadamente 19,000 serán plantadas con árboles frutales, con café intercalado.

El resto del área incluye unas seis o siete mil hectáreas de tierras de pastura, un poco más hacia afuera, y dos

parques boscosos... Habrá también jardines botánicos, en más de 500 hectáreas, que estarán al cuidado de la Escuela de Botánica de la Universidad de La Habana. Habrá, además, un nuevo zoológico para la ciudad de La Habana...

Otras áreas se usarán como reservorios, que se están construyendo ahora. Las 2,300 *caballerías* o 30,000 hectáreas del Cinturón de La Habana estarán irrigadas...

Es así que en esta provincia hemos iniciado una nueva política, dirigida hacia el uso racional y óptimo de todas las tierras —las de propiedad del Estado así como las privadas. Y como tenemos la ventaja de comenzar con un grado de productividad muy bajo de estas tierras de propiedad privada, ello nos permite racionalizar el uso de dichas tierras de manera que se beneficien tanto el granjero como la nación.

En primer lugar, todas las inversiones son hechas por el Estado. Esto quiere decir que si necesitamos limpiar nuevas tierras, si tenemos que crear una nueva plantación, incluyendo las instalaciones productivas, incluimos las viviendas dentro de dichos planes y no aplicamos una política mercantil. El granjero no tiene que verse involucrado, no tiene por qué endeudarse ni con un céntimo con el Estado. En esta forma desarrollamos esa unidad de producción, y la responsabilidad final del granjero es simplemente cuidarla, usando los métodos técnicos adecuados, y obtener de ella el máximo de producción. Si se trata de un cultivo que requiere un esfuerzo adicional, movilizamos la fuerza de trabajo y la traemos a las cosechas, como en las plantaciones. Y de esta manera se están ejecutando estos tremendos proyectos que ustedes han visto alrededor de La Habana.

En último análisis, al sacar toda la ventaja posible de estas tierras vamos a crear una abundancia tal de sus productos, que en un futuro no muy lejano los productos comprendidos en estos planes serán también retirados de la circulación mercantil. De manera que la sociedad cultiva las tierras del Estado e invierte en las tierras que no pertenecen a éste; hace inversiones, contribuye a su desarrollo, contribuye a su explotación, a fin de crear una productividad que permitirá al país retirar prácticamente todos aquellos productos de la circulación mercantil. Esto es, nuestra sociedad está seriamente moviéndose hacia una distribución comunista (*Aplausos*).

Naturalmente que esto debe basarse en el máximo desarrollo de la tecnología, de la productividad del trabajo y de la productividad de la tierra.

Toda la población rural que recibe el beneficio de estos planes en pequeña escala (microplanes) mejora inmediatamente su situación en una forma tremenda. De este modo se crean condiciones de vida y de trabajo incomparablemente mejores, como en el caso presente, para muchos que antes vivían en chozas que eran prácticamente perjudiciales para la salud.

Y para tener una idea de lo que este plan significa económicamente —por ejemplo aquí, en el Cordón de La Habana— baste decir que el valor de lo que se produce por hectárea aumentará veinte veces. Esto es, cada hectárea de las tierras que ahora estamos trabajando, una vez que esté en producción, estará rindiendo valores económicos veinte veces mayores que los que antes estaba produciendo...

En otras palabras, se está llevando al cabo en esta provincia, como en el resto del país, una verdadera revolución en la agricultura.

¿Cómo han recibido los granjeros estos planes? Naturalmente que los han recibido con un entusiasmo extraordinario, con un optimismo extraordinario, con una extraordinaria alegría.

Así se ha resuelto la contradicción que existía, por una parte, entre la propiedad privada de la tierra y la baja productividad de ésta, y por la otra, los intereses de la sociedad. Y se ha superado de la única manera que nos interesa, de la manera en que debemos superar toda contradicción en el seno de nuestra sociedad revolucionaria, esto es, dentro de las masas de obreros y campesinos; la contradicción que sea.

Y en verdad uno de los más difíciles problemas en los procesos revolucionarios ha sido la cuestión agraria del pequeño granjero...

¿Cómo comenzaron los planes de pequeña escala? Los planes de pequeña escala comenzaron con algunos granjeros. Y otros preguntaron qué eran esos planes. Poco a poco, a medida que éstos fueron adquiriendo prestigio, más y más granjeros querían unirse. Tanto así que la gran mayoría de los granjeros en el Cordón de La Habana —yo diría que más del 90 por ciento— se han unido a los planes. Lo que está ocurriendo en todas y cada una de las regiones del país es que los granjeros están preguntando cuándo es que los microplanes van a llegar a sus provincias. Este es el

problema. Desgraciadamente no podemos ejecutarlos a la velocidad que ellos, o nosotros mismos, quisiéramos.

No es de extrañarse que los pequeños campesinos reciban con los brazos abiertos la llegada de estos microplanes, ya que su efecto es relevarlos de todas las responsabilidades financieras y comerciales de los propietarios privados, al mismo tiempo que garantizar sus ingresos. Por un lado, y aparte el propio trabajo, sus insumos (servicio de maquinaria, fertilizantes, pesticidas, y aun trabajo voluntario para levantar la cosecha) son suministrados por el Estado; y por otro lado, el propietario recibe pago por lo que se cultiva en sus tierras del modo regular. En otras palabras, en el capítulo de la producción su situación apenas si se distingue de la de un trabajador de una granja estatal, en tanto que en lo que hace al ingreso recibe pago tanto por su trabajo como por su tierra.

Puede ser que, tal como lo predice Fidel, la producción, aumentada merced a la racionalización del uso de la tierra y la mano de obra del pequeño granjero, sea tal que tanto la sociedad en su conjunto como los pequeños productores privados resulten beneficiados con este arreglo. Sin embargo, el que esto ayude también a la declinación de los sectores privados de la agricultura es harina de otro costal. Puesto que los pequeños agricultores van a compartir el aumento de la producción, no sólo como trabajadores sino también como propietarios, podría argüirse que la generalización de los microplanes va a reportar ulteriores beneficios a una clase que en cierta forma es ya privilegiada, y de este modo dará lugar a nuevos intereses creados que los miembros de esa clase se sentirán muy renuentes a abandonar.

El número de variantes que aquí están en juego es demasiado grande, y nuestro conocimiento de ellas es demasiado limitado para que nos permita hablar de estos asuntos con cierta seguridad. Pero creemos estar en la posibilidad de decir, con base en las evidencias obtenidas, que el problema del sector privado en la agricultura, al que Fidel calificó correctamente, en el discurso arriba citado, como "uno de los problemas más difíciles en los procesos revolucionarios", está aún lejos de haberse resuelto y continuará hostigando a la dirección revolucionaria durante largo tiempo.

Antes de abandonar el tema, unas cuantas palabras sobre las referencias de Fidel al retiro de los productos de la circulación mercantil, que él identifica con la distribución comunista. "Circulación mercantil" significa probablemente el cambio de mercancías por

dinero (los artículos que se producen con miras a tal cambio se llaman en español *mercancías*, y en inglés *commodities*). Los artículos que se retiran de la circulación mercantil, por lo tanto, ya no se cambian por dinero, y cesan de ser mercancías. Por supuesto que hay muchas otras posibilidades: por ejemplo, la cantidad total disponible de cada tipo de artículo podría dividirse por el total de la población, y se le podía dar a cada persona su parte alícuota. Pero puesto que Fidel habla de distribución comunista, debemos suponer que lo que tiene en mente no es un sistema así, sino más bien una distribución gratuita "a cada quien de acuerdo con sus necesidades".

Cuando casi todo escasea en Cuba en forma desesperada, podría pensarse que es una tontería, o algo todavía peor, hablar de distribución gratuita de algo según las necesidades. Sin embargo, no estamos de acuerdo con tal criterio. Por principio de cuentas, creemos que es responsabilidad de todo comunista serio, y ciertamente un deber, no relegar las metas comunistas a una especie de literatura sacra sobre un remoto paraíso en la tierra, al modo como la literatura de la cristiandad habla del cielo y del infierno. Si las metas y los ideales comunistas tienen otro propósito que no sea el de engañar al crédulo, deben desempeñar un papel en la planeación y en la acción concretas, aquí y ahora. El que Fidel entienda esto y en sus discursos, que son ante todo los discursos de un verdadero maestro, trate de relacionar la política revolucionaria del Gobierno con el logro de las metas comunistas, nos parece que no es una debilidad sino, por lo contrario, una medida de su grandeza como revolucionario y como comunista.

Pero, podría decirse, hablar de metas comunistas en la presente situación de escasez, por noble que sea la intención, es cometer un fraude contra el pueblo cubano. Una vez más estamos en desacuerdo. Tanto la educación como el cuidado de la salud están ya ampliamente distribuidos según el criterio comunista de la necesidad, aun cuando, por supuesto, la cantidad y la calidad de lo disponible dentro de esas áreas se quedan aún muy cortas en la satisfacción de las necesidades de una sociedad comunista plenamente desarrollada. El hecho es que se ha logrado un verdadero comienzo; el pueblo lo entiende así y responde debidamente, desempeña su papel para remodelar su "naturaleza humana".

¿Puede hacerse el mismo tipo de progreso en el campo de los bienes materiales? Ciertamente. El racionamiento de los artículos

de primera necesidad, el asegurar a todo el mundo su porción justa es un pequeño primer paso en un sentido comunista, aun cuando los artículos no sean retirados por ese medio de la circulación mercantil. Y en el caso de algunos de ellos, quizá no pase mucho tiempo antes de que se les pueda distribuir *gratuitamente*, según las necesidades.

Por ejemplo, cuando se llegue a la meta de los diez millones de toneladas de azúcar, si es que se llega, será muy posible distribuir gratuitamente el azúcar al pueblo de Cuba. El consumo que hacen los cubanos es sólo una pequeña parte de la producción de Cuba, y es de dudarse que la cantidad que se consume internamente aumente en forma considerable en caso de distribución gratuita. Y si, como se espera, materializan los planes para otros muchos productos agrícolas —frutas, leche, café, por sólo nombrar unos cuantos—, también podrían ser incluidos en la lista, no necesariamente dentro de los próximos dos o tres años, pero sí en la próxima década.

Fidel puede parecer demasiado optimista —esto es cuestión de opinión—, pero ciertamente no es ni un tonto ni un embaucador.

EL SECTOR PRIVADO FUERA DE LA AGRICULTURA

Antes del 13 de marzo de 1968 había poca información disponible acerca del sector privado fuera de la agricultura. Por supuesto que se sabía que había muchas pequeñas empresas en las áreas de comercio y de servicios que habían escapado a los decretos de nacionalización del verano y el otoño de 1960; pero, que nosotros sepamos, no se han hecho estudios, o por lo menos no se han publicado, sobre el número total, la división por tipo de negocio, cuántos habían sobrevivido y por cuánto tiempo, y así sucesivamente. Y luego, en un discurso en la Universidad de La Habana, el 13 de marzo, Fidel, al reexaminar algunos de los más urgentes problemas y dificultades del país, habló extensamente del sector privado fuera de la agricultura, citando los resultados de encuestas efectuadas por el Partido Comunista en varias secciones de La Habana. Entre los puntos que destacó estaban los siguientes:

- Solamente en La Habana había 955 bares propiedad de particulares.

- Estos bares y tiendas de comestibles y “puestos”, aún más numerosos, adquirirían ilegalmente una gran parte de sus provisiones, tendían a ser poco sanitarios y a menudo producían a sus dueños utilidades de 25, 50, 100 pesos al día y aún más.

- Los propietarios eran en su mayor parte no revolucionarios o contrarrevolucionarios que ejercían una maligna influencia tanto sobre sus proveedores como sobre sus clientes.

- Citemos uno de los estudios. “El sector privado vende, por medio de tiendas de abarrotes de particulares, mercancías por valor de 77 millones de pesos, de un total de 248 961 703”. (De este contexto no resulta claro si estas cifras se refieren a La Habana o a todo el país, pero en todo caso los órdenes de magnitud que se sugieren son de lo más sorprendentes. ¡Casi un tercio del comercio al menudeo de comestibles en manos privadas! Si es correcta nuestra suposición de que estas tiendas privadas de abarrotes compraron muchas de sus provisiones a los granjeros privados, a precios más altos que los de abastecimiento del Gobierno, y luego las revendieron al público consumidor, tras de añadir un generoso aumento, por supuesto, podremos ver que hasta el 13 de marzo el papel del mercado libre —producción y circulación de mercancías— era en verdad mucho mayor que lo que haría pensar nuestro análisis previo.)¹¹

- De las indagaciones del partido: “Que los propietarios de negocios privados son explotadores se hace evidente al examinar los datos sobre utilización de empleados, lo que ocurre (esto es, que ellos contratan empleados) en el 31.1 por ciento —casi una tercera parte— de los negocios investigados [en La Habana].”

- Y nuevamente de las pesquisas: “De los propietarios en los pueblos de la provincia de La Habana, el 10.2 por ciento han estado en los negocios menos de un año, y un 36 por ciento menos de ocho años —esto es, empezaron sus actividades después del triunfo de la Revolución—. . . En la revisión llevada al cabo por la

¹¹ Véanse pp. 109-110. La suposición de que gran parte de las provisiones venían de los granjeros privados se demostró en una declaración publicada más tarde, en marzo, por la Asociación Nacional de Agricultores en Pequeño (ANAP), que decía: “A nadie ha escapado que estos elementos [los comerciantes privados] han ido día tras día al campo ofreciendo a los granjeros altos precios por sus productos, y revendiéndolos después a los trabajadores a precios inflados, por medio de «negocios privados.»” (*Granma*, 31 de marzo de 1968).

administración municipal de La Habana metropolitana el porcentaje es de 51.7”.

Habiendo presentado estos hechos —y muchos más—, Fidel procedió a sacar ciertas conclusiones:

¡Caballeros, nosotros no hicimos aquí una revolución para establecer el derecho de traficar! Una revolución así tuvo lugar en 1789 —ésa fue la era de la revolución burguesa—; casi todo el mundo ha leído acerca de ella; era la revolución de los comerciantes, de los burgueses. ¿Hasta cuándo entenderán que ésta es una revolución de socialistas, que es una revolución de comunistas? ¿Hasta cuándo entenderán por fin que nadie derramó aquí su sangre peleando contra la tiranía, contra los mercenarios, contra los bandidos, a fin de establecer el derecho de que alguien gane doscientos pesos vendiendo ron, o cincuenta pesos vendiendo huevos fritos o en tortilla, mientras que las muchachas que trabajan en las empresas del Estado ganan los modestos salarios, los modestos ingresos que permite el desarrollo presente de la economía de nuestro país? ¿Quién les dio ese derecho?

Las advertencias no significan nada, la realidad no significa nada para ellos. Ellos están exprimiendo hasta la última gota. Mientras duren los privilegios se asirán a ellos hasta el último momento —y el último momento está muy cerca, ¡el último momento está muy cerca! Debemos decir de una manera clara y terminante que nos proponemos eliminar todas las manifestaciones de comercio privado, de manera clara y definitiva. . .

Persiste toda una plaga de hombres de negocios. Recordamos cómo el *Diario de la Marina*, que era el órgano periodístico del capitalismo, gritaba y amenazaba con que una medida cualquiera que dañara la “sagrada libertad de comercio” desalentaba los negocios y constituía un freno al desarrollo del comercio. ¿Quién va a creer tal cosa en este país, en donde todas las medidas que pudieron haberse tomado contra el capitalismo fueron adoptadas, y en donde el capitalismo trata todavía de regresar en dondequiera que puede? . . .

Quienquiera que diga que es fácil desalentar al capitalismo es un mentiroso; el capitalismo tiene que ser arrancado de raíz; la explotación del hombre debe ser arrancada de raíz (*Aplausos*).

Hacia el final de su discurso, Fidel dijo: "Todo debiera enseñarnos más, cada suceso debería fortalecer la Revolución, cada nueva experiencia. Y nos damos cuenta de que éste es el momento para emprender una ofensiva completa, poderosa, *revolucionaria*".

Tal como lo preveía en su discurso, Fidel anunció dos días después, en otro discurso, al inaugurar una nueva escuela en Boca de Jaruco, la "nacionalización" o toma de posesión —si ustedes quieren— de todos los negocios privados que quedan en el país". Era claro que ésta era la medida clave en lo que inmediatamente fue conocido como la "ofensiva revolucionaria".

Podrá comprenderse cuán verdaderamente radical y de largo alcance fue esta medida a la luz de las cifras publicadas en la edición semanal de *Gramma* del 7 de abril (véase el cuadro 17). Más de 55.00 empresas, muchas de las cuales empleaban parientes y/o trabajadores extranjeros, constituyen un importante elemento en la economía de un país pequeño, con una población de apenas ocho millones.¹² Su nacionalización, de un golpe relampagueante, no puede dejar de ocasionar cambios importantes en la estructura y el funcionamiento del socialismo cubano.¹³

CUADRO 17

Empresas Privadas Nacionalizadas Hasta el 26 de marzo de 1968

Total de Nacionalizadas	55,636
<i>Comestibles al Menudeo</i>	17,212
Tiendas de abarrotes	11,878
Carnicerías	3,130
Pollerías	204
Pescaderías	12
Almacenes generales de mercancías	1,545

¹² En su discurso del 1º de mayo, Raúl Castro dio como número total de negocios nacionalizados el de 57 600.

¹³ Con la evidencia de los discursos de Fidel del 13 y el 15 de marzo, los únicos empresarios que quedan, fuera de la agricultura, son los propietarios de taxis y camiones, cuyo número no está especificado. Fidel justificó con dos razones su omisión en el decreto de nacionalización: primera, su trabajo es útil a la sociedad; segunda, su situación como propietarios privados no puede durar más que sus vehículos, todos los cuales son de origen prerrevolucionario y por tanto tienen una esperanza de vida muy limitada.

Puestos de verduras	1,545
Otros	73
<i>Productos Industriales</i>	2,682
Tiendas de ropa	284
Zapaterías	52
Ferreterías	57
Mueblerías y tapicerías	144
Tiendas de artículos eléctricos para el hogar	8
Tabaquerías	244
Sombrererías	37
Mercerías	1,170
Joyerías	207
Librerías	30
Florerías	218
Otros	231
<i>Alimentos y Bebidas</i>	11,299
Bares	3,198
Vendedores de alimentos	3,704
Tiendas de bocadillos	2,302
Restaurantes	2,014
<i>Servicios</i>	14,172*
Lavanderías y tintorerías	6,653
Fotografías	495
Barberías	3,643
Reparación de calzado	1,188
Casas de huéspedes	635
Talleres para automóviles	4,544
Otros	3,014
<i>Industrias</i>	9,603
Metal	682
Madera	3,345
Pieles y artículos de cuero	249
Materiales de construcción	283
Plásticos y hule	54

* Los establecimientos en la categoría de "Servicios" suman exactamente 6 000 más que la cifra indicada de 14 172. Esto hace pensar que la cifra de negocios de "lavandería y tintorería" debe ser 653 más bien que 6 653.

Artes manuales	1,598
Productos químicos	28
Perfumes	25
Productos alimenticios	307
Tabaco	170
Textiles	148
Imprentas	148
Industrias pesadas	331
Industrias ligeras	494
Otros	1,741
<i>No Clasificadas</i>	668

¿Por qué se dio un paso tan trascendental en ese momento? Parece claro que la respuesta es más política que económica. Cuba, tal como se ha señalado antes (pp. 98-99), está pasando por un período de austeridad extrema: casi todo está racionado, y aún las mercancías que no lo están con mucha frecuencia y con pocas excepciones no se pueden obtener. Al mismo tiempo se está haciendo un tremendo esfuerzo para aumentar la producción, y todo el mundo está bajo una presión incesante para trabajar con más intensidad. En estas circunstancias hay una tendencia natural, entre mucha gente, a sentirse desalentada, a preocuparse demasiado por sus propias dificultades, a perder el entusiasmo y volverse apática. Si, por añadidura, ven que a pesar del general apretarse los cinturones algunos siguen gozando de privilegios o se las arreglan para sacar ventajas de las penalidades de los demás, pueden hacerse escépticos y perder la fe en la Revolución. Para los cubanos el fin de la jornada es, por regla general, la decisión de abandonar el país. Volveremos a estos problemas más adelante, en el capítulo 11; aquí nos limitamos a hacer notar que la dirección revolucionaria está, por supuesto, conciente de la existencia de estas tendencias y actitudes, especialmente en el pueblo de La Habana —la primera parte del discurso de Fidel del 13 de marzo basta para probarlo—, y reconoce que si no son controladas pueden llegar a ser una real amenaza para el éxito de los programas de desarrollo del régimen.

Este fue el trasfondo de la ofensiva revolucionaria en general y del decreto de nacionalización en particular. Habiendo una demanda del dinero potencial por mercancías y servicios, mucho ma-

yor que las existencias disponibles, los hombres de negocios privados y los traficantes podrían aprovecharse como quisieran, cosechando ingresos a menudo varias veces más altos que los de los trabajadores mejor pagados. Esto tendría que desmoralizar a muchos ciudadanos comunes y corrientes, simpatizantes de la Revolución pero carentes del fervor de los militantes del partido; algunos de entre ellos hasta se sentirían tentados a abandonar sus empleos para engrosar las filas de la pequeña burguesía. Que éste era un peligro muy real, y por lo tanto una razón importante en la medida de nacionalización, se ve claramente en un editorial del número del 31 de marzo de *Granma*:

Como lo indicó el compañero Fidel Castro, el número ya considerable de tales empresas privadas que existían antes del triunfo de la Revolución ha aumentado con muchos negocios creados en los años recientes. Éstos son refugio de una legión de elementos indeseables, de posibles exiliados, que están marcando el paso para abandonar el país, de *lumpen* y otros individuos antisociales que ven con desprecio el trabajo creador del pueblo y tratan de usar las espaldas de los demás para hacerse camas suaves para ellos mismos.

Tales establecimientos eran nidos de parásitos, invernaderos de corrupción, de tráfico ilegal y de conspiración contrarrevolucionaria. Eran abiertamente antitéticos a los principios de esfuerzo creador colectivo enunciados por nuestra Revolución.

Para tener una buena idea del grado de la corrupción incubada por estas actividades no tenemos más que citar los resultados de la investigación hecha por el partido en los negocios privados en La Habana metropolitana. Según este informe, el 27 por ciento de los propietarios eran trabajadores antes de instalarse en sus negocios (y la mayor parte de éstos brotaron después del triunfo de la Revolución). Para Las Villas, el índice fue de 33.8 por ciento; y para Oriente, de 28.8 por ciento. Es intolerable que un trabajador, cuyo trabajo puede beneficiar a todo el pueblo, se convierta en un burgués potencial, en un egoísta buscador de dinero y explotador de sus conciudadanos.

Lo que estas cifras implican es perfectamente claro: estaba creciendo una nueva pequeña burguesía en el corazón de la economía socialista. Este fenómeno no debe confundirse con la super-

vivencia de una vieja pequeña burguesía, bien en el comercio, bien en la agricultura. Tal como lo hemos visto ya en nuestro examen del sector privado en la agricultura, una vieja pequeña burguesía así plantea muy serios problemas a una sociedad socialista, pero se la puede contener y reprimir gradualmente con una gran variedad de medidas que no necesitan provocar un conflicto abierto y de ruptura. Pero una pequeña burguesía nueva que crece en el campo de la circulación de mercancías es algo muy distinto. No es un residuo del pasado, sino un producto de fuerzas que están operando en el presente. Además, a medida que crece es posible que infiltre otras áreas de la economía, que infecte a más y más trabajadores y que se convierta en una fuerza ideológica y política cada vez más poderosa. Ninguna dirección socialista sería podría permanecer ociosa y contemplar el desenvolvimiento de este proceso; claramente se requería una acción enérgica.

Sin embargo, no debe suponerse que la nacionalización sea, por sí misma, una solución completa del problema. Por el momento, a buen seguro, liquida a esta nueva clase, así como a la vieja pequeña burguesía no agrícola. Pero no afecta a la situación subyacente y, por ende, no constituye ninguna garantía contra una repetición del proceso. Por lo tanto, mucho depende de las medidas que se tomen después de la nacionalización del sector privado.

Por supuesto que hubo dos problemas inmediatos: qué hacer con los antiguos propietarios y sus empleados, y qué hacer con sus establecimientos.

Con respecto a los primeros, el procedimiento ha sido de *filtraje* y de asignarles un empleo apropiado o algún otro *status* dentro de la economía socializada. He aquí un informe de *Granma* del 7 de abril:

De acuerdo con instrucciones giradas por el ministerio del Trabajo, el personal empleado en los negocios nacionalizados está... siendo reacomodado.

En la provincia de La Habana, por ejemplo, fueron entrevistadas 626 personas por el ministerio del Trabajo, el 24 y el 25 de marzo. De este grupo, 53 irán al trabajo agrícola, 16 a empleos bajo el ministerio de la Construcción, y 179 a sectores diversos, incluyendo producción y servicios; 30 tenían ya empleo; 25 estaban retirados; 130 han solicitado ya pensiones de retiro; 19 están imposibilitados físicamente, o por cualquier otra razón no son empleables; y 74 casos están en estudio.

Con respecto a los negocios, muchos están siendo cerrados (incluyendo los bares), y sus bienes distribuidos entre las empresas estatales. Otros están siendo incorporados al sector del Estado, y los problemas de reorganización y administración se han confiado en su mayor parte a los Comités de Defensa de la Revolución (los CDR), organizaciones de masas que se basan en el lugar de habitación (barrio, manzana o casa de departamentos). Citamos otra vez del mismo informe de *Granma*:

En este momento, y en todas las provincias, se está escogiendo a compañeros para que actúen como administradores del pueblo en los establecimientos nacionalizados.

Estos administradores están siendo escogidos principalmente en las filas de los CDR. Muchos serán los mismos que sirvieron como administradores provisionales durante los primeros momentos de la nacionalización.

Una gran mayoría de estos compañeros llevarán al cabo sus tareas administrativas sobre una base voluntaria, ya que los CDR cuentan entre sus miembros con muchos trabajadores retirados que viven de su pensión y que son capaces de administrar pequeños establecimientos comerciales, compañeros mutilados o inválidos de las Fuerzas Armadas Revolucionarias que reciben sus asignaciones y que pueden ejecutar esta clase de trabajo, y amas de casa revolucionarias cuyos esposos proveen a las necesidades de sus hogares, etc.

La información de que se dispone hasta ahora indica que la mayoría de los escogidos no tienen empleo en la actualidad; casi todos son mujeres.

Parece, pues, que el Gobierno intenta hacer de las nacionalizaciones una oportunidad no sólo para una distribución de la fuerza de trabajo socialmente más racional, sino también para atraer a nuevas personas (principalmente mujeres) hacia la fuerza de trabajo activa.

No importa el buen éxito que puedan tener estos esfuerzos, sin embargo, ya que dejan intactas las condiciones que en primer término dan lugar a la formación de la pequeña burguesía —la coexistencia de ingresos con exceso de dinero gastable, y de necesidades no satisfechas. En tanto que esta situación persista —y es probable que sea por largo tiempo— persistirá también la posibilidad objetiva de hacer dinero metiéndose en las empresas que suminis-

tran mercancías y servicios por los cuales los consumidores están dispuestos a pagar altos precios. Y en tanto que haya por ahí gente no reformada e interesada en el dinero; es de suponerse que seguirá habiendo nuevos brotes de empresas privadas, si es posible legalmente, o ilegalmente si es necesario. Puesto que el efecto de la nacionalización fue el de cerrar el camino legal, es de esperarse que de ahora en adelante haya el creciente problema de un sector privado ilegal. A menos que estemos malinterpretando a Fidel, él mismo admitía esto implícitamente al decir, en su discurso del 15 de marzo, que “no ha sido necesario detener a nadie, arrestar a nadie”, y luego agregaba:

No intentamos tratar mal a nadie ni dejar a nadie en la miseria. La Revolución no sería humana, no sería justa si alguien quedara en la miseria. No hay intención de hacer tal cosa. Pero por supuesto que la Revolución será firme, y si tiene que ser severa será severa.

En otras palabras: una cosa es lo que la Revolución quisiera, sus intenciones, y otra cosa es lo que la Revolución se ve obligada a hacer. Y cuando la Revolución se ve forzada a ser severa, la Revolución será severa. Y creo que no hay duda de ninguna clase al respecto.

Queda por ver cuán lejos tendrá que ir la Revolución por el camino de la severidad para impedir el nacimiento de un nuevo estrato de empresarios privados.

Se espera que a la larga, por supuesto, el problema pueda ser realmente resuelto —esto es, que se pueda extirpar sus causas— mediante la producción de lo suficiente para satisfacer las necesidades del pueblo, por una parte, y gracias a la elevación de su conciencia social por la otra. Estos son temas que ocuparán nuestra atención en los capítulos que siguen.

8

Incentivos

En su discurso en Sagua la Grande, el 9 de abril de 1968 (conmemorando el décimo aniversario de la huelga general del 9 de abril de 1958), Fidel dijo:

Muchos trabajadores estaban acostumbrados a trabajar bajo el látigo de un patrón, acostumbrados a poder trabajar sólo unos cuantos meses, plagados por el desempleo, rodeados por cientos de desocupados que estaban en espera de un trabajo. Cuando la Revolución triunfó, aquellos obreros adquirieron un trabajo permanente, seguro de empleo, y ya no se vieron acosados por los mil problemas que antes pesaban sobre ellos: la probabilidad de que uno de sus hijos muriera si se enfermaba, la necesidad de pagar por todo, la amenaza constante del desempleo. Todo esto desapareció, y muchos que no lograban entender lo que era la Revolución comenzaron a trabajar menos que antes, comenzaron a trabajar siete, seis, cinco, cuatro horas al día. La tendencia en los primeros días de la Revolución fue, no que los esfuerzos aumentaran, sino que disminuyeran.

Las cosas están mejor ahora, pero persiste aún el mismo problema básico. En el informe de 1967 titulado *Industrial Development in Cuba*, citado en la p. 96, se lee:

No puede decirse... que en la agricultura se utilice plenamente la fuerza de trabajo, ya que las investigaciones demuestran que en la mayor parte del trabajo agrícola el tiempo que se emplea trabajando habitualmente no llega a las ocho horas. Esto se debe a defectos en la organización de las labores, al funcionamiento inadecuado de las normas de producción ya establecidas, y a la circunstancia, que también aparece en el caso de los trabajadores del campo,

de que el trabajo continuo y los ingresos más altos que antes de la Revolución, acompañados de la escasez de ciertos productos industriales cuya compra sería un estímulo adicional, le permiten al trabajador agrícola reducir su día de trabajo en algunas de las tareas más difíciles y, sin embargo, mantener un nivel de ingreso y un modo de vida que representa un salto hacia adelante con respecto al período anterior.¹

No logramos localizar ninguna de las investigaciones sobre el trabajo agrícola a que se refiere este pasaje, y por lo tanto no podemos presentar datos sobre el número de horas que trabajan los varios grupos de trabajadores del campo. Sin embargo, se puede tener una idea de lo que revelan estos estudios mediante la reseña, publicada en *Granma* el 4 de agosto de 1968, de un discurso de Jorge Risquet, ministro del Trabajo, después de una gira de inspección por la provincia de Camagüey. Como ésta es una de las provincias agrícolas más importantes, y también la menos densamente poblada, según explicó Risquet, requiere una considerable ayuda del resto del país. En este punto, el informe dice:

Pero esto —señaló— no altera otro hecho: que si reclutamos a todos los hombres capacitados para las tareas rurales de la provincia y logramos mantener un excelente *record* de asistencia —ocho horas de cada día y veinticuatro días de cada mes—, con una producción promedio alta en relación con las metas, la producción actual de nuestra fuerza de trabajo se verá duplicada.

Esto sugiere que, en promedio, los campesinos de Camagüey no están trabajando mucho más de la mitad de lo que podrían trabajar sin hacer un esfuerzo excesivo o perjudicial para su salud. Que éste es el orden de magnitud correcto no sólo para Camagüey sino para el país entero, quedó confirmado por las discusiones que tuvimos con observadores bien informados de la situación agrícola, tanto cubanos como extranjeros. Se mencionó con frecuencia un día promedio de trabajo de cuatro o cinco horas, y en general se estuvo de acuerdo en que el ausentismo es un problema de consideración. Llegamos a la conclusión de que en Cuba actualmente la fuerza de trabajo agrícola está utilizándose en cerca del 50 por ciento de su capacidad. De esto se desprende que si pudiera encon-

¹ *Op. cit.*, pp. 32-33.

trarse un medio de remediar esta subutilización, la escasez de mano de obra agrícola, que probablemente constituye el más grande problema aislado de Cuba en esta etapa de su desarrollo, podría ser rápidamente eliminada. El resultado sería un gran salto hacia adelante en la producción agrícola, un mejoramiento en los niveles de vida y una disminución de las tensiones sociales y políticas. Como nos dijo un economista (no cubano), con perdonable exageración, “los problemas de Cuba estarían resueltos”.

Pero, ¡ay!, no existe remedio instantáneo, no hay fórmula mágica. La actitud del campesinado cubano hacia el trabajo refleja su propia historia y la naturaleza misma de la Revolución por la que tanto hizo a fin de que llegara al poder. En el largo pasado colonial y semicolonial de Cuba los campesinos fueron los hombres olvidados de la nación —excepto durante los pocos meses del año en que se les necesitaba para cosechar los cultivos de exportación en que se basaba la riqueza de los explotadores del país, nacionales y extranjeros. Durante ese período eran arreados despiadadamente —diez, doce y hasta catorce horas al día, para ganar apenas lo suficiente para salvarse de morir de hambre el resto del año. El Estado descuidaba la educación de sus hijos; la Iglesia no se molestaba siquiera en mandar misioneros o construir capillas² para ellos. Espiritualmente eran tratados como bestias de carga; físicamente se les trataba peor todavía.

La Revolución cambió todo esto casi de la noche a la mañana. La Reforma Agraria le dio al arrendatario, al aparcerero, al “paracaidista” el título gratuito sobre sus tierras; ya no tenían que pagar renta al propietario, y el Estado les redujo primero y finalmente (en 1967) les abolió todos los impuestos. Eliminadas estas presiones podían aumentar su propio consumo desde luego. La educación gratuita para sus hijos (y para ellos mismos si la querían) y los servicios de salud gratuitos y grandemente mejorados llevaron al campo beneficios y oportunidades hasta entonces nunca soñados. En cuanto a los asalariados agrícolas, se elevaron inmediatamente sus salarios, bien fuera que se quedaran en las Granjas del Estado, bien que se cambiaran a nuevos empleos fuera de la agricultura; ahora tenían asegurado su trabajo todo el año; y los nue-

² Lowry Nelson, autor de la obra clásica sobre la Cuba rural prerrevolucionaria *Rural Cuba* (Minneapolis: *University of Minnesota Press*, 1950), informó que nunca había visto una iglesia fuera de las ciudades y los pueblos.

vos servicios de educación y de salubridad estaban a disposición de ellos y de sus familias, en igualdad con otros sectores de la población.

Al realizar esta transformación cuantitativa y cualitativa en el nivel de vida del campesinado, la Revolución estaba siendo fiel a su naturaleza y a sus promesas. Pero también, y de un modo inevitable, estaba destruyendo todo el sistema de presiones que durante siglos había impulsado a trabajar a los campesinos cubanos. En el fondo este sistema estaba basado en una cosa, solamente en una: el miedo a morir de hambre. El campesino trabajaba tanto y tan duramente como podía porque era ése el único modo de tener comida para él y para su familia. Después de la Revolución podía alimentar a su familia mucho mejor aunque trabajara mucho menos, y el Estado le añadía, como ñapa, cosas que podía haber deseado pero nunca disfrutado. Todas sus razones tradicionales, casi podría decirse innatas, para trabajar duramente desaparecieron. A menos que pudieran ser reemplazadas por nuevas razones, lo más natural y más humano del mundo era dejar de trabajar más de lo necesario para disfrutar de su nuevo y más alto nivel de vida.

Pero ¿qué nuevas razones podía dar la Revolución que sustituyeran el viejo temor a morir de hambre? Los economistas ortodoxos tienen una receta lista: los incentivos materiales. Fíjense los precios y los salarios, dicen ellos, de manera que quien más trabaje obtenga más. Pero un país subdesarrollado como Cuba tiene poco que distribuir como premio al trabajo duro, más allá de un mínimo básico para todo el mundo. Para que un sistema de incentivos materiales sea efectivo habría, pues, que abandonar la idea de un mínimo básico para todos y aceptar el principio de que solamente aquellos cuyo trabajo esté a la altura de las normas establecidas tendrían un ingreso de subsistencia. Los que quedaran por debajo de tales normas recibirían menos, y los que las superaran recibirían más. Es indudable que un sistema así podría establecerse sin que de hecho nadie muriera de hambre,³ pero de todos modos no sería, en el fondo, más que una modificación del viejo sistema bajo el cual

³ Un ingreso de subsistencia cubre más que la mera supervivencia física. Como dice Marx: "A diferencia... del caso de otras mercancías, entra un elemento histórico y moral en la determinación del valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, en un país dado y en un período dado, se conoce prácticamente la cantidad promedio de los medios de subsistencia necesarios para el trabajador." (*El Capital*, edición Kerr, vol. 1, p. 196.)

el principal incentivo que impulsaba a los campesinos cubanos a trabajar fuerte era el miedo a la inanición. Tomar este camino habría sido una completa traición por parte de la Revolución Cubana y, en fin de cuentas, no nos cabe duda, algo desastroso. Para su eterno crédito, la dirección revolucionaria no ha mostrado en ningún momento disposición alguna de cometer tamaño desatino.

Si se excluyen los incentivos materiales quedan sólo dos posibilidades: 1) Regimentación que implique cierto grado de coerción; y 2) Elevación de la conciencia social y política hasta el punto en que la gente trabaje intensamente porque quiera hacerlo, porque encuentre un valor positivo en el trabajo y/o tenga un sentido de responsabilidad hacia la colectividad.

1) En términos generales, la Revolución Cubana ha recurrido muy poco a la regimentación, aun cuando indudablemente hay algunos elementos de ella en las movilizaciones en grande escala para el trabajo voluntario. No es que se ejerza coerción física: cualquier presión que se haga es de carácter social y moral. Creemos, sin embargo, que dentro de pocos años no sólo es posible, sino probable, que haya una regimentación de tipo más formal. Hay ya ciertamente señales de ello en el creciente papel del ejército en la economía, que implica una mayor aplicación de los conceptos militares de organización y disciplina. Un ejemplo de esto es la Brigada Invasora *Che* Guevara, organizada conforme a líneas estrictamente militares y con oficiales y por lo menos alguna tropa del ejército, la cual ha sido ampliamente dotada de equipo mecanizado y ha venido limpiando enormes superficies de tierra, extendiendo la red de carreteras del país, excavando reservorios y construyendo represas. Pero un índice más importante de esta tendencia fue la movilización que se efectuó en la provincia de Oriente, en abril, llamada Mes de Girón por el hecho de que la invasión de Playa Girón en 1961 ocurrió en ese mes. Esta movilización fue descrita por Raúl Castro, ministro de las Fuerzas Armadas, en su discurso del 1º de mayo de 1968, como sigue:

Este año la provincia de Oriente celebró el Mes de Girón con una movilización sin precedentes... El comité provincial del partido decidió en contra de que se organizara con los mismos lineamientos de otros años, a fin de utilizar la estructura de la Defensa Civil y probar los planes para un caso de guerra.

Con este objetivo se organizó un plan piloto en la Granja Estatal de Bayamo. Tractores y camiones fueron reemplazados por arados y carros tirados por bueyes; se eliminó el uso de toda maquinaria o vehículo de combustible (*Aplausos*). Al mismo tiempo, 1,236 trabajadores de Bayamo que no eran indispensables para la producción fueron a trabajar a la granja... en tanto que sus compañeros continuaban su trabajo habitual en las fábricas. Muchos obreros fueron reemplazados por mujeres; los resultados fueron excelentes.

Continuaremos haciendo experimentos de esta clase a través de todo el país, al nivel local y en diferentes actividades de las granjas, hasta que tengamos la idea más exacta posible de lo que podemos producir, en caso de necesidad, sin una gota —o con el mínimo absoluto— de combustible (*Aplausos*).

Se decidió extender estas actividades, en otros aspectos, por toda la provincia de Oriente. Los cimientos fueron cuidadosamente colocados por todas las agencias civiles del Estado, bajo la dirección del partido y con la asesoría de los oficiales de las Fuerzas Armadas... La meta era lograr un control perfecto de todos los recursos de la provincia —fuerza de trabajo y maquinaria—, y su uso más racional...

Se movilizaron noventa y tres mil hombres sobre una base voluntaria, durante treinta días, para trabajar en la producción agrícola, en tanto que fábricas y talleres eran hechos funcionar por los mismos trabajadores que mantendrán en marcha a la industria en tiempo de guerra. Ambos grupos de trabajadores se organizaron como grupos, pelotones, compañías y batallones de Defensa Civil...

Cuando sonó la sirena, a las 6 pm. del 1º de abril, se reunieron 93,000 trabajadores en puntos previamente determinados, rodeados por multitudes entusiastas que habían acudido a verles salir. Con la precisión de un reloj, los trabajadores partieron hacia sus lugares de trabajo, como si formaran un gran ejército, en caravanas de camiones perfectamente organizadas, con sus rutas, reguladores y controladores del tráfico, horarios, etc... No ocurrió ni un solo accidente.

Esta movilización era evidentemente de naturaleza experimental y estaba proyectada ante todo para poner a prueba ciertos procedimientos que habrán de usarse en caso de emergencia bélica.

Más adelante en su discurso, sin embargo, el ministro de las

Fuerzas Armadas dejó bien claro que se trataba también de un prototipo para las futuras movilizaciones en toda la isla:

Pensamos que este tipo de movilización para el trabajo productivo, ejecutado sobre las bases del sistema de Defensa Civil, de su disciplina militar y su dirección... debería ser imitado el año próximo por no menos de tres provincias (*Aplausos*). También creemos que la batalla gigantesca que la nación entera emprenderá en 1970 para garantizar el cumplimiento de la meta de producción de los diez millones de toneladas de azúcar y otros planes agropecuarios debiera llevarse al cabo en todo el país sobre la base de los principios que se aplicaron durante el Mes de Girón. Y para ser más específicos: el año próximo el Mes de Girón tendrá lugar del mismo modo y al mismo tiempo en Oriente, Camagüey y Las Villas (*Aplausos*). Y en 1970, con más experiencia y con una cosecha de azúcar de diez millones de toneladas, efectuaremos... un ejercicio de entrenamiento masivo en las seis provincias del país, con la participación de todo el pueblo (*Aplausos*).

Otra indicación de la semimilitarización del trabajo agrícola es la Columna del Centenario de la Juventud, proyectada en la primavera de 1968 con la meta inicial de enviar a cincuenta mil jóvenes a trabajar en los campos de Camagüey. En principio la columna está compuesta de voluntarios que firman por tres años en lugar del servicio militar obligatorio. La columna está organizada sobre lineamientos militares, y se tiene la intención de ampliar su contingente y su campo de operaciones en los años futuros. Según un editorial de *Granma* (23 de junio):⁴

Una vez que hayamos cumplido nuestra tarea de este año, organizaremos otros destacamentos de la Columna del Centenario de la Juventud en las otras provincias. Nuestro fin es tener a 100,000 jóvenes para el año que entra y participar

⁴ El mismo editorial increpa a lo que describe como una pequeña minoría de reclutadores y organizadores de la Columna por no adherirse a los principios de la afiliación voluntaria. No se suministran detalles, pero es razonable suponer que en la atmósfera que rodeaba al lanzamiento de la ofensiva revolucionaria por lo menos algunos miembros del Partido Comunista y de la Liga de Jóvenes Comunistas mostraron más celo en hacer redadas de "vagos" y "contrarrevolucionarios" que en cumplir a la letra las directivas de las oficinas centrales.

en la gran zafra de los diez millones de toneladas de azúcar de 1970 con esta fuerza de trabajo bien organizada y experimentada. Cien mil representantes de la tradición de heroísmo de nuestra juventud emprenderán esta tarea para honra de la Revolución.

Sería posible citar otros signos y síntomas de la tendencia a la semimilitarización de la agricultura —y muy probablemente, aun cuando en grado menor, de otras ramas de la economía—, pero para nuestros propósitos apenas si sería necesario. Nadie que haya estado recientemente en Cuba o que lea la prensa cubana de modo regular puede poner en duda la realidad de esta tendencia. Tiene sus raíces en la necesidad de combatir una de las más perniciosas y al mismo tiempo más intratables herencias del pasado: la falta de buenos hábitos de trabajo en una gran parte de la población cubana. Por supuesto que la regimentación no es a la larga la solución de este problema: es simplemente la sustitución de la vieja forma de coerción externa que era la amenaza de morir de hambre por una nueva forma. La solución a largo plazo es imbuir en la masa del pueblo una actitud positiva que encuentre en el trabajo un modo placentero de disipar energía física y mental, o bien, en la medida en que lo anterior sea imposible, un deber para la sociedad y para uno mismo, como miembro responsable de ésta.

Volveremos al punto dentro de un momento, pero antes debemos aclarar una cosa: no tiene sentido criticar la tendencia actual hacia las formas paramilitares de organización del trabajo en nombre de unos principios abstractos de libertad y anti-regimentación. En este asunto del trabajo la Revolución Cubana se enfrenta a una cuestión de vida o muerte. O encuentra un camino para salir del subdesarrollo y poner al país en un curso de avance económico autosuficiente, o la Revolución degenerará tarde o temprano y quedará restaurado el viejo sistema de subdesarrollo capitalista. Y a fin de escapar del subdesarrollo nada es ni podría ser más importante en esta etapa que una utilización más plena de la fuerza de trabajo disponible. De esto se desprende que la dirección revolucionaria debe tomar cualesquiera medidas que considere adecuadas para el logro de esa utilización más completa. Quienquiera que se proponga criticar esta o aquella medida debiera, por lo tanto, estar preparado para alegar que no es de hecho la más apropiada y que mediante algún otro curso de acción se lograrán resultados tan buenos o mejores.

2) En cuanto a la solución del problema a largo plazo —la creación de una nueva actitud hacia el trabajo— lo que el economista soviético Preobrazhensky escribió hace más de cuarenta años es hoy tan cierto como lo era entonces: “Los incentivos socialistas para el trabajo no caen del cielo; tienen que desarrollarse al través de una reeducación prolongada de la naturaleza humana tal como ha sido conformada en la economía del mercado, una reeducación dentro del espíritu de las relaciones colectivas de producción”.⁵ Los dirigentes cubanos son concientes de esto, así como del hecho de que, después de cierta edad, la gran mayoría de la gente no va a cambiar sus actitudes y hábitos básicos, a pesar de la reeducación a que se la someta. De aquí que las mayores esperanzas para el futuro estén centradas en la generación joven, que ha llegado a la madurez después del triunfo de la Revolución. Así, señalando que no habían desaparecido todavía las “viejas ideas” de la sociedad capitalista, Fidel dijo en su discurso del 26 de julio de 1967:

Una vez que hayamos cumplido nuestra tarea de este año, organizaremos otros destacamentos de la Columna del Centenario de la Juventud en las otras provincias. Nuestro fin es tener a 100,000 jóvenes para el año que entra y participar en la gran zafra de los diez millones de toneladas de azúcar de 1970 con esta fuerza de trabajo bien organizada y experimentada. Cien mil representantes de la tradición de heroísmo de nuestra juventud emprenderán esta tarea para honra de la Revolución.

La Revolución ha eliminado de la mente de todo el pueblo muchas de esas ideas, pero es precisamente en las mentes vírgenes de la nueva generación que ha crecido con la Revolución en donde podemos encontrar el menor número de esas ideas del pasado y podemos percibir más claramente las ideas revolucionarias. . . De manera que podemos afirmar que una inmensa masa, una masa de cientos de miles de jóvenes de este país, está comenzando a acostumbrarse, y puede trabajar y producir con conceptos completamente nuevos. Una masa enorme de cientos de miles de jóvenes es capaz de doblar y aun triplicar el rendimiento de los trabajadores tradicionales, y estos jóvenes lo hacen, no con

⁵ E. Preobrazhensky, *The New Economics*, trad. de B. Pearce (Nueva York: *Oxford University Press*, 1965), p. 193. (El libro fue publicado originalmente en ruso en 1926.)

la idea de que su trabajo va a resolver problemas personales, sino con la creencia de que suministrará una solución definitiva a los problemas de toda la sociedad.

Se ha hecho mucho para inculcar estos nuevos incentivos de servicio a la comunidad. Casi todos los discursos de Fidel y de otros dirigentes de la Revolución tratan del tema, y los medios de comunicación masiva —periódicos, radio, televisión, carteles, etc.— se hacen eco de las palabras de los dirigentes. Estos esfuerzos no quedan confinados a actividades puramente educativas y de propaganda. En el programa llamado “La Escuela va al Campo”, los niños de las escuelas de ciudades y pueblos pasan seis semanas de cada semestre trabajando en la agricultura y llevando sus estudios a un ritmo reducido. Por supuesto que uno de los propósitos de este vasto programa es puramente económico: aumentar la existencia de mano de obra agrícola. Pero sus miras políticas y sociales no son menos importantes: acostumbrar a la población al trabajo manual duro, a sumergirse en la práctica de vivir y trabajar colectivamente sin paga, en beneficio de la comunidad, y reducir la brecha tradicional entre el trabajo manual y el intelectual. Visitamos algunos campamentos de “La Escuela va al Campo” en el Cinturón de La Habana (la mayor parte de ellos están ahora en cuarteles permanentes) y nuestra impresión fue absolutamente positiva. Los chicos se ven saludables y felices, y todos aquellos con quienes hablamos estuvieron de acuerdo en que el experimento realmente estaba dando los resultados que se buscaban.

Están en marcha otros experimentos en grande escala para vivir y trabajar al modo comunista (o, al menos, precomunista), el más notable en Isla de Pinos, hoy llamada también Isla de la Juventud. Decenas de miles de jóvenes se han ofrecido a ir como voluntarios por un período de dos años. Llevan una vida colectiva, obtienen gratuitamente la mayor parte de lo que necesitan, y trabajan para transformar la isla en lo que se proyecta que sea uno de los productores más importantes de frutas cítricas del mundo. No logramos visitar este proyecto, pero podemos dar fe una vez más de un consenso bastante general entre los observadores informados, en el sentido de que todo va bien y que los jóvenes empeñados en él están respondiendo con entusiasmo y dedicación.

No sería correcto afirmar que todos los jóvenes cubanos son buenos revolucionarios, o que todos ellos reaccionan favorable-

mente a los esfuerzos del régimen para transformar la actitud de la gente frente al trabajo. Hay entre ellos⁶ disidentes, vagos y delincuentes y, por supuesto, muchos que hacen lo que se espera de ellos sin que tengan ningunas convicciones o compromisos firmes. En verdad muy probablemente podría uno estar en lo cierto al suponer que, si bien la gran mayoría de la gente joven está de parte de la Revolución, el número de militantes dedicados constituye todavía una minoría.

Por lo que hace al futuro, es demasiado pronto para intentar predicciones. El rehacer los hábitos y actitudes humanos es, en el mejor de los casos, un proceso lento y acerca del cual se tienen muy pocos conocimientos que pudieran llamarse científicos. Todavía es difícil saber si se está haciendo o no un progreso firme. Todo lo que puede uno decir con seguridad es que, a diferencia de la mayor parte de los otros países socialistas —China es, por supuesto, la gran excepción—, Cuba está comprometida de todo corazón con la proposición de que “la gran tarea de la Revolución es básicamente la tarea de formar al hombre nuevo... hombre de conciencia verdaderamente socialista, el hombre de conciencia verdaderamente comunista”. Poco después, en el mismo discurso, Fidel dijo:

Debemos usar la conciencia política para crear riqueza. Ofrecer a un hombre más por que haga más de lo que es su deber es comprar su conciencia con dinero. Darle a un hombre participación en más riqueza porque cumple con su deber y produce más y crea más para la sociedad es convertir la conciencia política en riqueza.

Como dijimos antes, ciertamente no se puede establecer el comunismo si no creamos abundante riqueza. Pero la manera de hacerlo, en nuestra opinión, no es creando conciencia política con dinero o con riqueza, sino creando riqueza con conciencia, y más y más riqueza con más conciencia política colectiva.

El camino no es fácil. La tarea es difícil y muchos nos criticarán. Nos llamarán pequeñoburgueses e idealistas;

⁶ Por lo que pudimos saber, no se publican las cifras sobre crímenes y delincuencia. Logramos obtener información de observadores experimentados, según la cual si bien la frecuencia de crímenes de violencia (asalto, asesinato, etc.) es baja, no puede decirse lo mismo del hurto y el robo con violencia. La escasez extrema de artículos de consumo es, por supuesto, un estímulo continuado para delitos de este tipo.

dirán que somos soñadores; dirán que estamos destinados a fracasar. Y, sin embargo, la realidad hablará por nosotros y nuestro pueblo hablará y actuará por nosotros, porque nosotros sabemos que nuestro pueblo tiene la capacidad de abarcar estos caminos, de seguir estos caminos.

Sólo el tiempo podrá decir si Fidel tiene razón. Mientras tanto, es obvio que la Revolución no puede permitirse confiar exclusivamente en incentivos políticos y morales. Y como ha renunciado al método de los incentivos materiales, tendrá que recurrir a la organización y a la disciplina, lo que hemos llamado la semimilitarización del trabajo.

Lo lejos que sea necesario ir por este camino dependerá de muchas cosas, entre las cuales la que quizá sea más importante es la prontitud y el grado en que los grandes esfuerzos de estos últimos años rindan un aflujo mayor de artículos de consumo que eleve el nivel de vida colectivo. Si el pueblo pudiera convencerse por una vez de que trabajar para la comunidad produce no tan sólo esperanzas para el futuro, sino también beneficios tangibles para el presente, que pueden ser compartidos por todos, la tarea de remodelar la actitud hacia el trabajo se simplificaría enormemente.

La utilización de los recursos

Bajo el capitalismo todos los individuos, conciente y deliberadamente, procuran sus propios intereses, pero sus actuaciones combinadas se convierten en las fuerzas ciegas del mercado que producen, agravan y perpetúan todos los espantosos males del sistema capitalista: la división de la humanidad, tanto en nivel individual como nacional, en ricos explotadores y pobres explotados; hambre o franca inanición para la gran mayoría de los pueblos del mundo; depresiones periódicas y desempleo masivo; guerras de represión y de conquista. La crítica marxista del capitalismo trata de demostrar cómo lo que para el individuo es un comportamiento estrictamente racional tiene para la sociedad consecuencias absolutamente irracionales; trata de poner al desnudo los mecanismos íntimos de este proceso y demostrar su inevitabilidad en tanto que el capitalismo continúe existiendo.

La conclusión lógica de la crítica marxista es que el destino del hombre ya no debe dejarse a las fuerzas ciegas del mercado, que el hombre debe derribar el sistema que condena a cada individuo a trabajar en aislamiento, e instaurar en su lugar un sistema en el cual la sociedad de productores concientes de sus intereses asuma el control directo sobre sus recursos humanos y materiales y planee su utilización para el logro de fines humanamente dignos. Históricamente, no formaba parte de esta crítica el prescribir de antemano el *modus operandi* de esta nueva sociedad, el preparar, según la frase de Max, recetas para las cocinas del futuro. Ésta fue la preocupación de los socialistas y comunistas utópicos de la era premarxista, y sirvió tan sólo para distraer la atención de la tarea y la responsabilidad centrales de socialistas y comunistas: emprender una lucha victoriosa para derrocar el irracional sistema capitalista.

Y así ocurrió que el movimiento marxista revolucionario tenía una idea clara de lo que quería lograr: una sociedad igualitaria sin clases, una sociedad de abundancia para todos, una sociedad en la que todos fuesen libres y capaces de desarrollarse como un ser humano integral, pero con una muy remota idea de cómo lograrlo. No decimos esto en son de crítica: el tipo de conocimiento digno de confianza que se requería sólo podía basarse en la experiencia real, y ésta faltaba y no podía obtenerse por simples especulaciones. En estas circunstancias apenas si es de sorprender que los revolucionarios tendieran a dar por sentado lo que era más favorable a sus fines de propaganda: que la tarea de dirigir una sociedad socialista planeada sería sencilla. El gran problema era tomar el poder; después de esto, hablando en términos relativos, todo iría sobre ruedas. Es así que Lenin escribió en *El Estado y la Revolución*:

Si en realidad *todos* toman parte en la administración del Estado, el capitalismo no puede conservar su poder. A su vez el capitalismo, al desarrollarse, crea él mismo *prerrequisitos* para que “*todos*” puedan en realidad tomar parte en la administración del Estado. Entre tales prerrequisitos están: alfabetismo universal, realizado ya en la mayor parte de los países capitalistas, y luego el “adiestramiento y la disciplina” de millones de trabajadores, por el enorme, complejo y socializado aparato del correo, los ferrocarriles, las grandes fábricas, el comercio en gran escala, la banca, etc., etc.

Con tales prerrequisitos *económicos* es perfectamente posible, desde luego, dentro de las veinticuatro horas siguientes al derrocamiento de los capitalistas y burócratas, reemplazarles en el control de la producción y distribución, en el manejo del *control* de la mano de obra y de los productos por los trabajadores armados, por todo el pueblo en armas...

Contabilidad y control —éstas son las dos cosas *principales* necesarias para la organización y el correcto funcionamiento de la *primera* fase de la sociedad comunista. *Todos* los ciudadanos quedan aquí transformados en empleados contratados por el Estado, que está formado por los trabajadores de un “sindicato” nacional del Estado. Todo lo que se requiere es que trabajen igualmente, que hagan su parte de trabajo regularmente y que reciban la misma paga. La contabilidad y el control que se necesitan para ello han sido

simplificados al máximo por el capitalismo, hasta llegar a ser las operaciones extraordinariamente sencillas de vigilar, registrar y emitir recibos, al alcance de quienquiera que sepa leer y escribir y conozca las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética.

Cuando la *mayoría* del pueblo, por todas partes, comience a llevar tales cuentas y a mantener tal control sobre los capitalistas (ahora convertidos en empleados) y sobre el grupo de los intelectuales que todavía conservan hábitos capitalistas, este control llegará a ser en verdad universal, general, nacional; y no habrá modo de escapar de él, "no habrá adónde ir".

La sociedad toda se habrá convertido en una oficina y una fábrica, con igual trabajo e igual paga.¹

Sin duda alguna Lenin estaba pensando, al escribir este pasaje, no en la retrasada Rusia sino en los países capitalistas avanzados. Sin embargo, a la luz de la experiencia de medio siglo con una real planeación socialista, en más de una docena de países, es evidente que su visión global de la sociedad socialista como una gran empresa manejada por técnicos administrativos simples estaba esencialmente fuera de lugar. La economía no es "una oficina y una fábrica"; aún en el caso de un país pequeño como Cuba, es muchos miles de oficinas y de fábricas. Y si ha de evitarse el caos y lograrse los resultados deseados deben coordinarse las actividades de todas estas unidades, con métodos en los cuales el "vigilar, registrar y emitir recibos" no puede tener sino un papel muy secundario.

El capitalismo tiene, por supuesto, un mecanismo para llevar al cabo esta coordinación: el mercado. Es un mecanismo complicado y sutil que se desarrolló a lo largo de un período de muchos siglos y que ha sido objeto de intensos estudios teóricos y empíricos que comenzaron desde el siglo xvii. (No es exagerado afirmar que el corazón y el núcleo de la economía burguesa es, sencillamente, la teoría de cómo funciona este mecanismo.)

El problema a que se enfrentó la nueva sociedad socialista que nació con la Revolución Rusa de 1917 fue el de proyectar un mecanismo de coordinación que reemplazara al mercado, que fuese el apropiado para los requerimientos y objetivos del socialismo a los que antes aludimos.

¹ Véase el capítulo 5.

en confiar más en el mercado, con sus disciplinas automáticas y sus normas de rentabilidad. No necesitamos aquí más que anotar que esto implica un intento de que los medios capitalistas sirvan a los fines socialistas, y expresar nuestra propia convicción de que es ésta una irremediable contradicción: a la larga los medios capitalistas crearán y servirán sus propios fines capitalistas. En cuanto al resto, excepto en Yugoslavia, las reformas están todavía en una etapa temprana y aún no es tiempo de formular juicio sobre su eficacia. Puede uno decir solamente que ni el ejemplo de Yugoslavia ni los resultados hasta ahora obtenidos en el resto de la región dan motivos para pensar que una confianza creciente en el mercado ofrezca salida alguna a los problemas antes señalados. Políticamente, por el contrario, acentúan y multiplican los defectos del sistema de planeación burocrática centralizada, y no se ve claro, por lo menos hasta el momento de escribir estas líneas, que estén produciendo grandes dividendos económicos.²

Otro modo de abordar la reforma del viejo sistema de planeación burocrática centralizada fue el de introducir una mayor descentralización y flexibilidad sin conferir un papel mayor al mercado. Como esto implica dar mayor independencia y responsabilidad a grupos e individuos en niveles regional y local, y como no les somete a las normas y disciplinas automáticas del mercado, se desprende que su éxito depende en gran medida del grado en que pueda confiarse en que quienes toman las decisiones a lo largo de todo el proceso usen su poder para lograr fines socialmente deseables. La adopción de este enfoque exige, por consiguiente, que se ponga el acento en la elevación del nivel de conciencia social de los trabajadores y administradores responsables, en imbuirles el deseo de servir no sus propios intereses o los de un pequeño grupo, sino los intereses del pueblo entero.

Esta segunda posición fue la escogida por los chinos después de que llegaron a la conclusión, a mediados de la década de los 50, de que su decisión original de copiar el sistema soviético ha-

² En cuanto a la Unión Soviética, véase *Soviet Economic Performance: 1966-1967*, material preparado para el Subcomité de Política Económica Extranjera del Comité Económico Conjunto, Congreso de los Estados Unidos, mayo de 1968. Puede suponerse que quienes prepararon este informe hayan estado ávidos de hacer hincapié en los éxitos debidos a un uso más grande del mercado, y ciertamente expresan un considerable optimismo para el futuro. Pero el registro de los dos primeros años siguientes a la iniciación de las reformas es todo menos impresionante.

insumos de capital, cantidades que debían ser producidas y vendidas, etc.).

En términos de la industrialización del país y del aumento de su potencial de defensa contra las amenazas nazi y japonesa — éstos fueron los verdaderos designios de Stalin y no la realización de las metas históricas del movimiento socialista—, el nuevo sistema de planeación fue un éxito rotundo, tanto así que llegó a aceptarse ampliamente que los métodos de planeación soviética eran tan naturales para el socialismo como el mercado lo es para el capitalismo. Y cuando el socialismo se extendió a otros países, después de la segunda guerra mundial, todos ellos, tanto en la Europa oriental como en Asia, adoptaron un sistema de planeación muy parecido en su forma al de la URSS.

No transcurrió mucho tiempo, sin embargo, sin que pasaran a primer término los defectos de este sistema de planificación centralizada. Ellos eran esencialmente de dos clases y pueden clasificarse *grosso modo* en económicos y políticos. En la parte económica, el sistema era excesivamente rígido frente a la cambiante tecnología; producía mercancías y servicios de baja calidad; no garantizaba la satisfacción de las necesidades del consumidor; y, sobre todo, no logró elaborar un grupo coherente de normas para juzgar la racionalidad de la utilización de los recursos por las diferentes unidades de la economía y permitía, así, el aumento irrestricto del desperdicio y la ineficiencia. En el aspecto político, alentaba y confiaba en la burocracia en todos los niveles, utilizando incentivos materiales para hacer trabajar a los obreros, y a los administradores cumplir y aun exceder las metas fijadas; y, por ambas razones, el sistema acentuaba la desigualdad material y social, creaba una brecha cada vez más grande entre un estrato privilegiado en el poder y las masas, fomentaba el escepticismo acerca de los ideales y fines del socialismo y ponía obstáculos, aparentemente insuperables, en el camino hacia el tipo de sociedad por el cual los revolucionarios socialistas habían luchado tradicionalmente.

A la luz de todas estas desventajas —y la lista dista mucho de ser completa— se hizo cada vez más evidente que eran indispensables algunos cambios radicales, y nada menos que en la propia Unión Soviética.

Una especie de reforma adoptada por todos los países socialistas de la Europa oriental, con Yugoslavia a la cabeza, consistió

en confiar más en el mercado, con sus disciplinas automáticas y sus normas de rentabilidad. No necesitamos aquí más que anotar que esto implica un intento de que los medios capitalistas sirvan a los fines socialistas, y expresar nuestra propia convicción de que es ésta una irremediable contradicción: a la larga los medios capitalistas crearán y servirán sus propios fines capitalistas. En cuanto al resto, excepto en Yugoslavia, las reformas están todavía en una etapa temprana y aún no es tiempo de formular juicio sobre su eficacia. Puede uno decir solamente que ni el ejemplo de Yugoslavia ni los resultados hasta ahora obtenidos en el resto de la región dan motivos para pensar que una confianza creciente en el mercado ofrezca salida alguna a los problemas antes señalados. Políticamente, por el contrario, acentúan y multiplican los defectos del sistema de planeación burocrática centralizada, y no se ve claro, por lo menos hasta el momento de escribir estas líneas, que estén produciendo grandes dividendos económicos.²

Otro modo de abordar la reforma del viejo sistema de planeación burocrática centralizada fue el de introducir una mayor descentralización y flexibilidad sin conferir un papel mayor al mercado. Como esto implica dar mayor independencia y responsabilidad a grupos e individuos en niveles regional y local, y como no les somete a las normas y disciplinas automáticas del mercado, se desprende que su éxito depende en gran medida del grado en que pueda confiarse en que quienes toman las decisiones a lo largo de todo el proceso usen su poder para lograr fines socialmente deseables. La adopción de este enfoque exige, por consiguiente, que se ponga el acento en la elevación del nivel de conciencia social de los trabajadores y administradores responsables, en imbuirles el deseo de servir no sus propios intereses o los de un pequeño grupo, sino los intereses del pueblo entero.

Esta segunda posición fue la escogida por los chinos después de que llegaron a la conclusión, a mediados de la década de los 50, de que su decisión original de copiar el sistema soviético ha-

² En cuanto a la Unión Soviética, véase *Soviet Economic Performance: 1966-1967*, material preparado para el Subcomité de Política Económica Extranjera del Comité Económico Conjunto, Congreso de los Estados Unidos, mayo de 1968. Puede suponerse que quienes prepararon este informe hayan estado ávidos de hacer hincapié en los éxitos debidos a un uso más grande del mercado, y ciertamente expresan un considerable optimismo para el futuro. Pero el registro de los dos primeros años siguientes a la iniciación de las reformas es todo menos impresionante.

bía sido un error. Explica en gran medida la continuación en China, por parte de la dirección que encabeza Mao Tse-Tung, de los esfuerzos para educar al pueblo chino en los valores y metas clásicos del socialismo: las diversas campañas de rectificación de los años 50, la campaña de educación socialista de los primeros 60 y más recientemente y en mucho mayor escala, la Gran Revolución Cultural Proletaria, que se ha venido desarrollando por más de dos años. La conexión entre el sistema de planeación chino y la Revolución Cultural queda perfectamente de relieve en una observación de uno de los pocos economistas de los países capitalistas que han visitado China recientemente. Según Bruce Mc Farlane, de la Universidad Nacional de Australia (Camberra), en carta al editor de *Scientific American*,

La desventaja del sistema chino es que sin el mecanismo de precios libres no hay “disciplina del yuan”, no hay control en la eficiencia administrativa. Esta es la razón por la cual el aspecto de los “incentivos morales” ha recibido tanta atención durante la revolución cultural. En lugar de sobornar a los administradores para que se comporten racionalmente (como en el esquema de Liberman en la URSS), se pone bajo presión a los administradores para que tengan la actitud “correcta” hacia la sociedad, y son sometidos a la disciplina de la reunión de masas.³

Desde cierto punto de vista Mc Farlane puede muy bien estar en lo justo al llamar a este rasgo del sistema chino una “desventaja”. La mayor parte de los chinos que ocupan los puestos en que se toman las decisiones fueron educados en el período prerrevolucionario y difícilmente puede esperarse que hayan superado por completo los modos de pensar y de obrar asociales y antisociales que engendró la vieja China feudal-capitalista. Sin duda a menudo actúan de manera no acorde con los mejores intereses de la sociedad. Y como en muchos asuntos no hay normas determinadas objetivamente y que puedan seguirse, tales como las que proporciona el mercado (o que por lo menos se supone proporciona), frecuentemente pueden no saber cómo actuar para el mejor interés de la sociedad, aun suponiendo que no fueran otros sus deseos. Así podemos dar por hecho que el sistema chino deja amplio margen al desperdicio y la ineficiencia en la utilización de los recursos. Al mismo tiempo debe decirse que, comparado con el método de re-

³ *Scientific American*, agosto de 1968, p. 6.

forma del mercado, el sistema chino tiene una virtud suprema: los métodos que emplea son compatibles con, y podría decirse mejor inseparables de los fines que trata de lograr. Porque después de todo el propósito real del socialismo es rehacer la "naturaleza" humana, hacer capaz al "hombre socialista" de vivir con sus semejantes en una colectividad verdaderamente humana. Y es precisamente una persona así la que está mejor preparada para hacer funcionar el sistema chino de una manera fluida y eficiente.

Cuba se unió al campo socialista en forma abrupta y sin preparación previa, actuando bajo la *force majeure* de la agresión económica de los Estados Unidos. Prácticamente nadie en el país había tenido experiencia directa en la planeación económica, y muy pocos habían siquiera estudiado las experiencias de otros países. Fue por lo tanto completamente natural que, cuando el gobierno revolucionario se enfrentó de pronto a la necesidad de orientar la economía del país y administrar la gran parte de ella que acababa de ser nacionalizada, se volviera en busca de guía y ayuda hacia la Unión Soviética y los otros países de la Europa oriental que habían acudido al rescate cuando los Estados Unidos dejaron de comprar el azúcar cubano. Los dirigentes revolucionarios siguieron este camino tanto más entusiastamente cuanto que estaban comprensiblemente agradecidos a la Unión Soviética, y en esa época tendían a considerarla la encarnación de la virtud y la sabiduría socialistas. Posteriormente, por supuesto, reconsideraron sus puntos de vista al respecto; pero esto no debiera hacernos perder la visión de la situación de hecho existente en 1960.

En la práctica el sistema soviético de planeación le llegó a Cuba por la vía de Checoslovaquia, ya que fueron primordialmente técnicos e instructores checos los responsables de guiar y aconsejar a los cubanos en sus primeros esfuerzos para formular y poner en operación un plan económico. En *The Economic Transformation of Cuba*,* Edward Boorstein nos ha dado una descripción muy viva y de primera mano de estos esfuerzos iniciales.⁴ Desafortunadamente no se cuenta con un relato comparable de la desilusión de Cuba por el sistema soviético y de su búsqueda, aún lejos de terminar, para desarrollar un método que haga funcionar la economía nacional más de acuerdo con las tradiciones y las aspiraciones de Cuba.

* Traducida al español y editada por Nuestro Tiempo (E).

⁴ Véase especialmente el capítulo 5, "La Introducción de la Planificación".

Sabemos que hubo un debate en los periódicos económicos de Cuba, en 1963 y 1964, que giraba en torno a dos cuestiones de importancia crucial para la naturaleza del sistema de planeación.⁵ Una de ellas era el grado de autonomía financiera de las empresas individuales, y la otra la cuestión de los incentivos morales vs. los materiales. El *Che* Guevara era la figura principal de un lado, y Carlos Rafael Rodríguez, uno de los dirigentes del Partido Comunista prerrevolucionario (el Partido Popular Socialista), era el más conocido proponente del otro punto de vista. Puesto que las ideas del *Che* fueron las que por fin prevalecieron, será útil citar extensamente el resumen de Mandel acerca de su posición:

La industria nacionalizada de Cuba estaba organizada en gran parte de acuerdo con el sistema de *trusts* (empresas consolidadas), según las ramas industriales, en cierta forma comparables con lo que en una época había servido como modelo para la organización de la industria soviética. El financiamiento de estas empresas provenía del presupuesto, y el control financiero se ejercía a nivel de ministerios (los de Industria y Hacienda). El Banco desempeñaba un papel intermediario de importancia secundaria.

Uno de los objetivos prácticos de la discusión económica de 1963-1964 fue, pues, o defender este sistema de organización (como lo hicieron el compañero Guevara y aquellos que habitualmente apoyaban sus opiniones), o sustituirlo por un sistema de autonomía financiera para las empresas, incluyendo el principio de que cada una debía luchar por un provecho individual. Esta última tesis fue defendida por Carlos Rafael Rodríguez y algunos otros participantes en el debate.

La posición que tomó el *Che* Guevara parecía ser más bien pragmática. No daba como argumento que la administración centralizada fuera un ideal en sí misma, un modelo que debiera aplicarse siempre y dondequiera. Él simplemente defendía la idea de que la industria cubana podía hoy ser manejada en la forma más eficiente de ese modo. Los argumentos esgrimidos eran esencialmente éstos: el pequeño número de empresas (¡menos que en la sola ciudad de Moscú!); el número todavía menor de cuadros industriales y

⁵ Véase "Le grand débat économique", de Ernest Mandel, en *Partisans*, abril-junio de 1967. Puede elaborarse una bibliografía parcial de los debates a partir de las referencias de pie de página de Mandel.

financieros calificados; medios de telecomunicación relativamente bien desarrollados (en su mayor parte superiores a los de otros países en la misma etapa de desarrollo que Cuba); la necesidad de practicar una estricta economía de los recursos y de controlar su utilización, etc., etc.

La mayor parte de los argumentos de naturaleza general que se esgrimieron contra tal postura no tenían relación alguna con la situación de hecho, tal como se describió...

Pero algunos de los adversarios de las tesis del *Che* Guevara enlazaban la cuestión de la mayor eficiencia del manejo descentralizado (y de la autonomía financiera con que va aparejado) a la de los incentivos materiales. Las empresas que están obligadas a dar utilidades deben someter todas sus operaciones a un cálculo económico muy estricto, y por esta razón pueden hacer un uso mucho mayor de los incentivos materiales, interesando directamente a los trabajadores en elevar la productividad de su trabajo, mejorando la rentabilidad de la empresa (por ejemplo, mediante la economía en el uso de las materias primas) y sobrepasando las metas fijadas por el plan.

La respuesta del *Che* Guevara a este respecto es otra vez esencialmente práctica. Él no rechaza en lo más mínimo la necesidad de un estricto cálculo económico dentro del armazón del plan. Ni descarta el uso de los incentivos materiales. Pero supedita su empleo a dos condiciones. En primer término es necesario escoger una forma de incentivos materiales que no reduzcan la cohesión interna de la clase trabajadora, que no pongan a los trabajadores unos contra otros; es por eso que él preconiza un sistema de recompensas colectivas, para equipos o empresas, más bien que un sistema de recompensas individuales. Y se opone a que se difundan excesivamente los incentivos materiales porque teme su efecto desintegrante sobre la conciencia de las masas.

Quiere evitar que toda la sociedad se sature de un clima de egoísmo y de lucha por el enriquecimiento individual. Esta preocupación está en la tradición de Marx y especialmente en la de Lenin, quien, aun cuando conciente de que el uso de los incentivos materiales es inevitable en el período de transición del capitalismo al socialismo, al mismo tiempo hacia hincapié en el peligro de la corrupción y demoralización que resultaría fatalmente del empleo de tales incentivos. Y hacía un llamado al partido y a las masas para luchar vigorosamente contra ese peligro.⁶

⁶ *Ibid.*, pp. 26-27.

Según este resumen es evidente que la preocupación real del *Che* no era el máximo de eficiencia, sino más bien planear un sistema de organización económica que favoreciera en vez de inhibir el desarrollo de la conciencia y de la conducta socialistas. En esto su pensamiento era más o menos paralelo al de los dirigentes maoístas en China. (Esto no quiere decir que el *Che* estuviera bajo la influencia china directa: igualmente lógico sería suponer que tanto él como ellos estaban bajo la influencia de Marx y Lenin.)

Antes de que terminara 1964, el *Che* dejó de desempeñar un papel personal en la economía cubana (en el otoño representó a Cuba ante las Naciones Unidas, después hizo una gira por varios países africanos y por último, en 1965, abandonó Cuba para unirse a la lucha revolucionaria en otros países). Sus ideas, sin embargo, sobrevivieron, y el debate en el que desempeñara un papel tan dominante parece haber continuado tras de bastidores. Quizás algún día tendremos toda la historia de lo que pasó en ese período, pero por el momento hay muy poca información fehaciente de la cual partir. Sabemos, por supuesto, que fue en estos años (1963-1965) que se hicieron cambios básicos en la estructura de las instituciones económicas y políticas y que se adoptó la nueva estrategia del desarrollo económico, dando prioridad al azúcar y al ganado.⁷ Aunque fuera tan tardíamente como en su discurso ante el Congreso de los Sindicatos, en agosto de 1966, Fidel dijo que él tenía sus propias ideas sobre “los estímulos morales y los estímulos materiales”, pero que no quería “obtener ventajas de la influencia que mi posición presupone” para imponerlas a los demás. Estas cuestiones, dijo, serían decididas por el primer congreso del partido, el que anunció para dentro de un año a más tardar. De hecho no se ha efectuado ningún congreso del partido, y Fidel no permaneció tan reticente por mucho tiempo. No es arriesgado decir que antes de fines de 1966 se había establecido firmemente la línea oficial en favor del “estímulo moral”, y que esta línea ha desempeñado un papel cada vez más importante en la formación de todas las demás líneas de conducta del Gobierno.

En lo que toca al sistema de organización y planeación económica, la adopción de la posición del *Che* como política oficial significó el rechazo absoluto de los esfuerzos del bloque soviético para curar los males económicos con el expediente de recurrir al mer-

⁷ Véase el capítulo 5.

cado. En efecto, Cuba se ha movido *alejándose* firmemente del mercado, tal como lo demuestran pasos tan importantes como la introducción de microplanos dentro del sector agrícola privado y la nacionalización de las empresas privadas en las ramas comercial, industrial y de servicios de la economía.⁸ Probablemente ningún otro país socialista dependa tan poco de los mecanismos de mercado como Cuba.

El sistema de Cuba está altamente centralizado y se ajusta a las ideas del *Che* al negar independencia financiera a las empresas individuales. Los ingresos de las Granjas del Estado y de parte de las empresas en el resto de la economía van al presupuesto nacional, por conducto del Banco Nacional, que está bajo la dirección de una oficina de la Junta Central de Planeación (JUCEPLAN). Cada tres meses los funcionarios del banco se reúnen con los directores de las empresas para discutir las sumas que aquél debe entregarles para financiar sus partidas de salarios e inversiones, y al mismo tiempo verificar la ejecución de los planes de producción. Las empresas de Estado restantes, aparte la agricultura, retienen sus ingresos y los usan para pagar sus cuentas, suplementando a veces este flujo de efectivo con créditos del banco. Sin embargo, como estas empresas tienen que canalizar todas sus utilidades hacia el presupuesto nacional, la independencia de que gozan es más aparente que real: no pueden seguir una política de inversiones independiente, ni usar parte alguna de sus utilidades para recompensar a los administradores o a los obreros.⁹

Todas las empresas del Estado, independientemente de sus arreglos financieros, operan conforme a planes que les llegan desde el centro. En teoría toda la economía está gobernada por un plan global formulado por el JUCEPLAN de acuerdo con las instrucciones giradas por el Consejo de Ministros.¹⁰ Pero Jacques Valier está probablemente más cerca de la realidad cuando escribe que

⁸ Acerca de los microplanos, véanse pp. 113-116; sobre nacionalizaciones, pp. 118-123.

⁹ Véase el útil artículo del economista francés Jacques Valier, "L'Économie Cubaine: quelques problèmes essentiels de son fonctionnement" (*Les Temps Modernes*, marzo de 1968), acerca de estos temas, especialmente pp. 1617-1618.

¹⁰ Una explicación detallada de cómo se elabora el plan y cómo se supone que funcione está contenida en un cuaderno impreso, de 56 páginas, titulado "La Planificación Económica en Cuba", preparado por el JUCEPLAN para un seminario "sobre los aspectos administrativos de la ejecu-

hasta ahora no hay un plan *general* en Cuba ni hay un modelo *general* de desarrollo económico: la insuficiencia de medios materiales para operar un sistema semejante es la razón principal. Simplemente existe, por una parte, cierto número de planes, anuales o de duración mayor, preparados por la Junta Central de Planeación, por los ministerios o por las empresas mismas, de acuerdo con la importancia de los productos, y por otra parte una prioridad en la asignación de los recursos, pero sin que en realidad existan un plan central y una coordinación precisa de los diversos planes entre sí. Se piensa que en las condiciones actuales de la economía cubana los efectos positivos que dimanan de la movilización permanente de los trabajadores —que es favorecida por los cambios continuos [*déplacements continuel*s] y los frecuentes contactos entre las masas y Fidel Castro, quien se preocupa *personalmente* de los varios planes agrícolas de la isla— son más importantes que los efectos negativos que se derivan de la falta de una planificación general que, en todo caso, sería muy difícil técnicamente poner en operación en el momento presente.

Cuando Valier habla aquí de “insuficiencia de medios materiales” se está refiriendo a los tenedores de libros y contadores y otro personal adiestrado, a toda clase de máquinas calculadoras (no solamente computadoras eléctricas) y a la calidad de la información estadística. Por supuesto que todas estas deficiencias pueden ser remediadas con el correr del tiempo, y que el sistema de planificación mejorará y se hará más “aerodinámico” en forma paralela. Pero quizás sea oportuno hacer ciertas observaciones acerca del modo como funciona el sistema en su estado actual, que se admite es muy imperfecto. Si estas observaciones tienen un tono más crítico que laudatorio, la única razón para ello es que es más útil señalar las fallas que celebrar los éxitos.

Nos parece, en general, que el desperdicio y la ineficacia en la Cuba de hoy se derivan no tanto de las debilidades técnicas en el sistema de planeación, aun cuando indudablemente sean importantes, como de causas más fundamentales. Se pueden agrupar éstas bajo tres rubros: 1) ciertas grandes desproporciones, histórica y tecnológicamente condicionadas, en la asignación de los recursos;

ción de los planes de desarrollo” que tuvo lugar en Santiago de Chile en febrero de 1968 (no se indica el patrocinador).

2) el abuso de los “planes especiales”, y 3) el tratar de hacer demasiado.

1) *Grandes desproporciones.* Tal como se señaló en el capítulo 1, la Cuba prerrevolucionaria era un país de contrastes escandalosos, entre los cuales quizás el más visible y ofensivo era la coexistencia de desempleo y subempleo masivos de seres humanos, junto con la existencia de vastas superficies de tierras buenas pero no limpias, al mismo tiempo que el país importaba hasta un tercio de sus alimentos. Un elemental sentido común parecía dictar una política de desmonte de las tierras y de poner a trabajar a los desempleados, con miras a satisfacer las necesidades del pueblo con base en sus propios recursos y su propio esfuerzo. Y en cuanto llegó al poder el gobierno revolucionario comenzó la aplicación de esa política. Se pusieron a trabajar conformadoras y tractores, los disponibles y los recientemente importados, para limpiar las tierras, y lo han venido haciendo desde entonces. Como dijo Fidel en su discurso del 2 de enero de 1968, la superficie de tierra bajo cultivo aumentó entre 1958 y 1967 en no menos de 56 por ciento, y va todavía en aumento.

Parece obvio que ésta es una política racional en tanto haya una gran reserva de mano de obra desocupada en el campo, pero es difícil encontrar justificación para que continúe una vez que este excedente de mano de obra se ha convertido en escasez. Para decirlo en otra forma: si la mano de obra agrícola se ha convertido en un cuello de botella —y hemos tenido más de una ocasión anteriormente de señalar hasta qué punto era cierto esto, digamos, hacia 1962 y 1963— seguramente que el poner tierra adicional bajo cultivo es buscarse más problemas. Y no muestra la extensión total del daño una simple mirada a la relación tierra-mano de obra, Las mismas operaciones de limpieza utilizan mano de obra y, lo que es más importante aún, una buen cantidad de equipo agrícola valioso. Si esta mano de obra y este equipo se hubieran dedicado a un trabajo más intensivo de las tierras ya bajo cultivo, el resultado podría haber sido un aumento en el rendimiento, en vez de las disminuciones que han sido demasiado frecuentes en la experiencia reciente de Cuba. Podría objetarse que el equipo que se usa para el desmonte —conformadoras, tractores pesados, etc.— no es el apropiado para el cultivo de la tierra. Pero esto no toca el punto central: esta clase de equipo fue importada con miras a usarse para limpiar la tierra; con una política diferente podía haberse im-

portado en su lugar otra clase de equipo, adecuado al cultivo de la tierra.

Otra desproporción mayor y que se repite en la economía cubana es la relativa a las siembras y las cosechas. Cuando se aplica un plan agrícola obviamente se comienza con las áreas que deben ser plantadas con los diferentes cultivos. Ahora bien, en el estado actual del conocimiento, de la tecnología, de la disponibilidad de los recursos, etc., Cuba puede plantar bastante más de lo que puede cosechar. Por ejemplo, la mecanización está más avanzada en la siembra que en la cosecha, y la mayor parte de la siembra se hace en los meses de mayo y junio, cuando la demanda estacional de mano de obra es relativamente baja. De esto se desprende que los planes que están ajustados a la capacidad de sembrar, como es el caso en Cuba, con seguridad tropezarán con dificultades en la cosecha. Todos los años, en el momento de la cosecha, el problema se repite: ¿qué campos y qué cosechas deben desatenderse y, por lo tanto, sacrificarse, y cuáles deben ser salvados? Por supuesto que se hacen esfuerzos para salvar tanto como sea posible movilizándolo trabajo voluntario, pero en el mejor de los casos esto es sólo un paliativo que no toca la raíz del problema.

Las pérdidas causadas por este desequilibrio siembra-cosecha no están confinadas en manera alguna a los cultivos que se desperdician en los campos. Es necesario también tener en cuenta el hecho de que los recursos que se dedicaron a estos cultivos desperdiciados podían haberse consagrado a otros usos. La pérdida es, por lo tanto, doble; el producto real de estos recursos (que se desperdicia), y su producto potencial alternativo (al que se renuncia). Por último, hay también una pérdida moral. No se puede evitar que hasta los más concientes administradores y obreros, aquellos que trabajan intensamente y que hacen lo mejor que pueden para llevar al cabo el plan, pierdan parte de su entusiasmo cuando ven que una y otra vez se desperdicia parte considerable de su esfuerzo. Y en algunos casos el resultado es la desilusión y el escepticismo.

En el diagnóstico de las causas del desequilibrio siembra-cosecha, y en forma particular de su persistencia, es necesario insistir en que está íntimamente relacionado con la desproporción tierra-mano de obra, previamente examinada. Aun puede ocurrir que la política de limpieza de la tierra sea el más importante factor causal en juego. En cuanto se abren nuevas tierras se genera una presión irresistible para ponerlas en uso, lo que significa, por supuesto,

cultivarlas. Por lo tanto, la tendencia es ajustar el programa de siembras al programa de desmonte, y dejar que el problema de la cosecha se resuelva por sí mismo —o más bien, dejarlo a los funcionarios del Gobierno y a los cuadros del partido, cuya tarea es movilizar el trabajo voluntario.

2) *Abuso de los planes especiales.* El sistema cubano de planificación hace previsiones para lo que se llama “planes especiales”. Según el JUCEPLAN, éstos son “formas orgánicas de gran agilidad”, que

permiten una favorable jerarquización de tareas específicas, la atención directa del órgano superior de planificación y la centralización, bajo una dirección única, del manejo de muchos problemas concurrentes asociados al desarrollo de actividades productivas en las que juegan un papel predominante los factores locales (tierras, canales de comunicación, aspectos socio-ambientales), la asistencia técnica, la urgencia de las tareas, etc.¹¹

Por supuesto que arreglos semejantes son, en principio, inobjektivos. La buena planeación económica, como la buena planeación militar, debe ser flexible; y el recurso de los planes especiales es un modo de lograr la flexibilidad necesaria. Sin embargo, lo bueno puede ser excesivo; demasiados planes especiales, y demasiado frecuentes, pueden dar como resultado una carencia de planes. No es esto lo que ocurre en Cuba, pero indiscutiblemente hay una tendencia en tal sentido.

Hay dos clases de planes especiales: los que tienen éxito en cuanto a sus objetivos declarados, y los que no. Ejemplo de los primeros es el plan para producir huevos, del que ya se trató.¹² Este fue un éxito magnífico. Un ejemplo de plan especial que no tuvo buen éxito fue el proyecto de pasturas Voisin. Nunca obtuvimos un informe en verdad satisfactorio del asunto Voisin, pero en sustancia parece haber sido, aproximadamente, lo siguiente: Voisin era un agrónomo francés que ideó cierto sistema de pastura rotativa apropiada a las condiciones climáticas de la parte de Francia de donde él era oriundo. Parece que era, además, un escritor muy persuasivo. Del lado cubano, Fidel es un ávido devorador de litera-

¹¹ JUCEPLAN, *La Planeación Económica en Cuba*, p. 17.

¹² Véanse pp. 95-96.

tura agronómica, siempre en busca de nuevas ideas y de nuevos acontecimientos que puedan ser aprovechados ventajosamente por Cuba. Leyó a Voisin, quedó profundamente impresionado e invitó al francés a ir a Cuba. Voisin se mostró cauto en cuanto a la aplicabilidad de su proyecto a las condiciones de Cuba, y quiso ensayarlo sobre las bases de un experimento piloto. Pero para entonces los dirigentes cubanos estaban convencidos de que tenían la respuesta o por lo menos una gran parte de la respuesta al problema, de importancia crucial, de proporcionar una base alimenticia adecuada para el programa ganadero. Pero tanto, se iniciaron planes especiales para introducir las ideas de Voisin en escala nacional. Antes de que esto pudiera hacerse, Voisin murió de un ataque cardíaco, en Cuba, y se le hizo un funeral de héroe. En 1966 se proyectaron e iniciaron unas 3,000 pasturas Voisin. Los cuadros del Partido Comunista, que desempeñaron un papel prominente en esta campaña, fueron obligados a dedicar un estudio intensivo a los trabajos de Voisin; más de la mitad de la inversión total en la agricultura en ese año se dedicó a las pasturas. Pero todo el asunto duró poco. En las condiciones de Cuba los pastizales no dieron los resultados que se habían esperado; muchos no se completaron y otros fueron destinados a otros usos.¹³

El caso Voisin muestra, en forma exagerada, ciertas características que parecen ser endémicas en la práctica económica de Cuba: receptividad entusiástica para las nuevas ideas y métodos; impaciencia por sacar ventaja de ellos, que se expresa en una falta de voluntad de pasar por el largo y a menudo frustrante proceso de ponerlos a prueba; disposición a arriesgar en grande escala; falta de un esfuerzo serio de autocrítica en la secuela del fracaso. Algunas de estas cualidades son admirables pero, desgraciadamente, al sumarse constituyen un patrón que es prácticamente una garantía de despilfarro.

3) *Tratar de hacer demasiado.* Casi inevitablemente, un régimen revolucionario trata de hacer demasiado, por la sencilla razón de que después de siglos de descuido y explotación capitalistas hay mucho por hacer. Además, y hasta cierto punto, el tratar de hacer

¹³ Podemos añadir, como nota de pie de página, que cuando estuvimos en París a nuestro regreso de Cuba hicimos algunas pesquisas acerca de la situación de Voisin como agrónomo en Francia. Parece ser que no era muy conocido y que quienes estaban familiarizados con su trabajo no tienen buena opinión de éste.

demasiado tiene efectos positivos, movilizandando reservas de energía, iniciativa e ingenio cuya existencia misma podía no haber sido descubierta nunca. Pero por otra parte, el tratar de hacer demasiado puede tener también efectos negativos. Esto es tan cierto para la nación como para el individuo: quienquiera que empiece tratando de hacer más de lo que puede es probable que termine haciendo menos de lo que le es posible.

El tratar de hacer demasiado puede asumir dos formas: fijar metas excesivamente altas en un sector o sectores particulares, y hacer la misma cosa en forma más o menos general. Cuba tiende a hacer ambas cosas.

Como ejemplo de la primera forma, el caso más notable es la meta de los diez millones de toneladas de azúcar para 1970. (Aquí estamos hablando solamente de economía. Obviamente, había importantes razones políticas para que Fidel fijara originalmente esta meta; y puesto que él conoce bastante más de la política cubana que nosotros, no discutimos si estaba o está equivocado al pagar el precio económico de continuar en pos de los diez millones de toneladas. Solamente decimos que esto tiene un precio económico, y que ese precio es alto.) En su libro sobre la agricultura cubana, Michel Gutelman presenta un detallado análisis de las implicaciones de la meta de los diez millones de toneladas, que empieza como sigue:

La línea general, tal como fue trazada por la dirección revolucionaria en 1963, se basaba, entre otras, en la idea de que era necesario utilizar al máximo las capacidades de producción existentes en el sector azucarero. Se decidió implícitamente que, en adición a los inevitables gastos de mantenimiento y reemplazo, las únicas inversiones por emprender serían aquellas que ampliaran la capacidad de los ingenios en donde las condiciones técnicas fueran favorables, más, por supuesto, las inversiones necesarias para nuevos plantíos de caña que alimentaran una capacidad industrial ampliada.

Esta línea, que hubiera hecho posible una producción anual de alrededor de 8.5 millones de toneladas de azúcar, habría requerido una inversión de unos 150 millones de pesos en el sector industrial, y casi otro tanto en el sector agrícola. En realidad la decisión que se tomó en 1964, de producir diez millones de toneladas en 1970, se aparta en forma importante de la estrategia original y, por virtud del

cambio cualitativo en el esfuerzo que implica, trastorna los datos del problema de las inversiones. Las consecuencias de este cambio son múltiples y afectan a la totalidad de la economía cubana, aun más allá de 1970. Serán particularmente importantes en relación a las proporciones de la economía y al rendimiento del esfuerzo realizado en términos de cambio extranjero.¹⁴

De estas cifras se desprende que ir de siete millones de toneladas, que era la capacidad azucarera aproximada del país en 1965, a 8.5 millones, significaría una inversión de cerca de 300 millones de pesos, la mitad en el sector industrial y la mitad en el agrícola. Gutelman cita luego un estudio del ministerio del Azúcar, hecho en 1965, según el cual el paso de los siete millones de toneladas a los 10 millones en 1970 requeriría nada menos que 1,029 millones de pesos. En otros términos, el primer millón y medio de toneladas por sobre los siete millones requeriría 300 millones de inversión, o sea cerca de 200 pesos por tonelada de capacidad adicional, en tanto que el siguiente millón y medio por sobre los 8.5 requeriría 720 millones de pesos, o sea 480 pesos por tonelada de capacidad adicional. Resulta claro el rendimiento rápidamente decreciente de la inversión adicional más allá de cierto punto.

Y esto no da la medida completa del costo que implica el añadir este último millón y medio de toneladas. Por una parte, el componente de importación de la inversión se eleva al aumentar la cantidad, de manera que el rendimiento neto del cambio extranjero tiende a declinar. Y por otra parte, cuanto más produzca Cuba por encima de las cantidades que los países socialistas han convenido en adquirir, más lo que Cuba misma consume (para 1970 esta suma total será de cerca de ocho millones de toneladas), tanto más tendrá que vender en el llamado mercado mundial y, por consiguiente, tanto más bajo será el precio que obtenga en moneda dura. Por último, no debe uno perder de vista el hecho de que prácticamente todos los sectores de la economía cubana tienen grandes necesidades de inversión adicional, y que los 720 millones que se requieren para el último millón y medio de toneladas de azúcar ;son más que la inversión total en todas las ramas de la economía en 1963!¹⁵ Piénsese en lo que sería el rendimiento

¹⁴ Gutelman, *op. cit.*, p. 204.

¹⁵ Véase p. 98.

de este volumen de inversión si, en vez de estar concentrado en un sector de rendimientos bruscamente decrecientes, estuviera distribuido en un programa equilibrado de inversiones que abarcara toda la economía.

Si Cuba logra alcanzar la meta de los diez millones de toneladas para 1970 —y esperamos fervientemente que así sea— ello será una victoria política de la mayor importancia, tanto más cuanto que habrá sido ganada a tan alto costo económico.

Cuando llegamos a la tendencia general de fijar metas demasiado altas podría parecer que no es muy perjudicial. El cumplimiento de un plan en 80 por ciento parece menos impresionante que en el 100 por ciento, pero si la meta es un 20 por ciento más alta la diferencia —podría pensarse— es sólo aparente. De hecho, las cosas no son así. Se hacen los preparativos y los esfuerzos para llegar a la meta que se ha establecido más alta, y es tan sólo durante el proceso que se descubre la imposibilidad de hacerlo. Para entonces se han hecho cosas que no se hubieran hecho de ser más realistas las metas; tienen que hacerse a toda prisa correcciones imprevistas que pueden llevar a la necesidad de nuevas correcciones; se incurre en pérdidas materiales y se socava la confianza de administradores y obreros en el sistema de planificación y, por ende, su moral. Isy Joshua, el joven economista francés que trabajó en Cuba en los años 1963-1967, nos ha dado la siguiente relación de cómo ocurren y se reproducen estos problemas:

Hemos visto cómo el plan agrícola anual del Estado en Cuba presenta una clara tendencia al irrealismo. Este plan anual, que a menudo no se realiza, evidentemente debe de ser modificado en el curso de la ejecución para adaptarse a una situación cambiante. La falta de realismo del plan inicial no es la única razón de estas modificaciones. Lejos de ello: las condiciones imprevistas del suelo, las variaciones climatológicas, el traspaso de los objetivos de producción de una granja a otra, etc., contribuyen a modificar el plan. Fue así que en 1966 el plan de producción de la *agrupación* Artemisa sufrió tantas variaciones que la *agrupación* en cuestión tuvo que elaborar un nuevo plan para la segunda mitad de 1966; en forma semejante, y también en 1966, el plan de fertilizantes de la provincia de Pinar del Río fue cambiado tres veces. Un hecho significativo: a menudo, cuando se altera el plan de producción, otras categorías

(suministro, inversión) no se desenvuelven en forma paralela.

Pero a veces estas modificaciones son tantas y tan importantes que se hace imposible rehacer el plan cada vez. Tiene uno entonces que contentarse con elaborar "planes extra", planes operacionales o adiciones a las actividades programadas. La multiplicación de estos planes operacionales, de estos "planes extra", de estas "adiciones", trae como consecuencia demasiado a menudo el abandono de toda planificación, de toda programación. Se contenta uno sencillamente con llevar al cabo la actividad productiva de un día para otro. A veces hasta estos pasos intermedios de la modificación de los planes, de extra planes y adiciones, se omiten: hay un paso directo de la elaboración del plan... a una "práctica operacional" que no corresponde necesariamente a previsión alguna.

Ahora bien: la ejecución de una actividad económica cualquiera presupone, necesariamente, la solución del problema decisivo entre los objetivos y los recursos, en cada nivel. Cuando los recursos disponibles no son suficientes para alcanzar *todos* los objetivos que se han fijado (dado cierto nivel de eficiencia en la utilización de los recursos), la solución del problema del equilibrio objetivos-recursos vira hacia el de la fijación de cierto orden de prioridades entre los varios objetivos, y la asignación de los recursos disponibles a objetivos acordes con estas prioridades. Acabamos de ver que el plan anual que debía ser el instrumento principal de previsión, dirección y control no resuelve el problema del equilibrio objetivos-recursos en cada nivel... En esta forma cada uno de ellos es llevado a resolver sus problemas objetivos-recursos en su propia práctica operacional, de acuerdo con una escala de prioridades más o menos objetivamente determinada.

Esta "práctica operacional" explica la coexistencia contradictoria, en el modo real de funcionamiento de la agricultura del Estado, de una descentralización anárquica por una parte y una centralización autoritaria por la otra.¹⁶

Lo que ocurre es que cuando el plan demuestra no ser realista, los niveles inferiores imponen sus propias soluciones, pero de ma-

¹⁶ I. Joshua, *Organisation et rapports de production dans une économie de transition (Cuba)*. La Sorbona, París: Centre d'Etudes de Planification Socialiste, 1968, pp. 64-66.

nera subjetiva y no de acuerdo con los desiderata sociales globales (descentralización anárquica). Los niveles superiores, al ver esta tendencia y reconocer sus consecuencias negativas, se movilizan para restaurar su autoridad y su control, pero una vez más sin el beneficio de un plan que incorpore los intereses generales de la sociedad (centralización autoritaria). Y Joshua prosigue:

Debemos señalar que los dos movimientos que acabamos de describir (descentralización anárquica y centralización autoritaria) no se separan: se entremezclan, caminan simultáneamente, se superponen.

En una región determinada, en tanto que se centralizan los recursos y se concentran en una o dos actividades, las otras actividades de la misma región quedan de hecho abandonadas a la iniciativa desde abajo... La actividad principal (esto es, la que se considere como tal en nivel regional) obviamente varía de una región a otra. No hay necesidad de añadir que nada garantiza la racionalidad de tales órdenes de prioridad desde un punto de vista social general.

Aquí vemos que la centralización que se lleva al cabo para una o dos actividades, en una o dos regiones, significa necesariamente el abandono de otras actividades o regiones a la descentralización anárquica, esto es, que la descentralización anárquica se perpetúa a sí misma dentro del armazón de la más rígida centralización, la una nutriendo a la otra, la una transformándose en la otra...

Es en el contexto de esta falta de adecuación en las relaciones de producción que puede uno concebir las leyes de la aparición y el desarrollo de la "burocracia económica". Como hemos visto, al enfrentarse con la descentralización anárquica, los niveles superiores recurren necesariamente a la centralización autoritaria. Establecer en los niveles superiores un orden de prioridad entre las metas es, evidentemente y como lo hemos demostrado, una tarea muy complicada, y especialmente en la agricultura estos niveles superiores necesitarán un gran volumen de muy detallada información para tomar sus decisiones con un mínimo de eficacia (en el sentido de eficacia reguladora). Se hará por lo tanto necesaria una burocracia importante en la granja estatal (a veces en un departamento de la granja), *agrupación*, provincia, a fin de elaborar y transmitir esta información, y otra burocracia, igualmente importante, en nivel nacional,

para reunir esta información y analizarla, hacer cálculos, tomar decisiones y transmitir las a los niveles inferiores.¹⁷

La discusión anterior de algunos de los problemas mayores de la economía cubana y de la política de Cuba —desproporciones históricas y técnicamente condicionadas, uso y abuso de los planes especiales, tendencia a tratar de hacer demasiado— puede parecer demasiado crítica. No es nuestra intención que así sea. La decantada eficiencia del capitalismo es la eficiencia para producir una afluencia vacua para una pequeña minoría y un infierno en la tierra para una vasta mayoría: la humanidad ya no puede permitirse esta clase de eficiencia. Pero no va a ser fácil encontrar un sustituto operante y aceptable. Los países del bloque soviético, que han logrado éxitos históricos que no pueden olvidarse, han sufrido retrocesos y fracasos en años recientes. Como resultado, de hecho han abandonado la búsqueda de una alternativa viable ante el capitalismo, y están ahora tratando de encontrar un remedio para sus males copiando al capitalismo. Por ese camino se llega a la regresión y el relapso final. La mayor parte de los países del mundo tienen todavía que dar el primer paso que consiste en derrocar al capitalismo, y de los que lo han hecho ya sólo unos cuantos están luchando por encontrar el camino hacia adelante, hacia la nueva sociedad del futuro. Cuba —junto con China, Vietnam del Norte, Norcorea y Albania— tiene el honor de ser uno de ellos. Pero luchar por encontrar el camino es una cosa y encontrarlo en verdad es otra. Entre ambas se extiende un largo período de ensayos y errores, de experimentaciones, de cometer y corregir errores.

Durante este proceso es normal equivocarse, y no debe permitirse que un falso orgullo interfiera la franca discusión. Lo que no es normal, y a la larga puede ser desastroso, es la negativa a admitir que haya errores y, por tanto, el no llegar a corregirlos.

¹⁷ *Ibid.*, pp. 73-74.

Tecnología: Esperanza para el futuro

En el último capítulo se hizo hincapié en las dificultades y las deficiencias en el sistema cubano de aprovechamiento de los recursos. Pero sería erróneo poner el problema fuera de foco: éstas no son las razones principales por las cuales Cuba es todavía un país pobre. Ni lo es el hecho, señalado en el capítulo 8, de que la Revolución haya destruído el viejo sistema capitalista de los incentivos sin haber sido todavía capaz de crear en su lugar un nuevo sistema socialista. Estos son problemas ciertamente importantes, y progresar en su solución será una ayuda indudable al mejoramiento de la situación. Pero el meollo del asunto es que Cuba, como todos los otros países subdesarrollados de Asia, África y América Latina, opera con un nivel tecnológico bajo. Aun si se pudiera estimular a todos los trabajadores a trabajar mucho y sus esfuerzos fueran dirigidos y guiados por planes impecables, Cuba sería todavía un país pobre. Y esto continuará siendo verdad hasta que la ciencia y la tecnología sean dominadas y se aprenda a aplicarlas de un modo efectivo a la solución de los problemas concretos de Cuba.

Dos citas de discursos recientes de Fidel Castro servirán para señalar la brecha que existe entre la realidad presente y lo que la dirección revolucionaria piensa lograr antes de que termine la década de los 70. El 19 de abril de 1968, durante la conmemoración del séptimo aniversario de la derrota de la invasión de Playa Girón, apoyada por la *CIA*, Fidel dijo: "En el campo encontramos todavía gente con un nivel académico de segundo y tercer grado administrando Granjas del Estado, haciendo lo mejor que pueden, y no podemos pedirles que hagan más". Pero el futuro se vislumbra muy diferente. El 28 de septiembre, Fidel dijo:

Gracias a los esfuerzos de estos años hay una enorme masa de niños que están estudiando y que transformarán este país. Hemos calculado que en doce años el número de técnicos de nivel medio en nuestro país no será menor de 800,000. Algunas gentes dicen: ¿Todo el mundo se va a hacer un técnico? Sí, todo el mundo tendrá que hacerse un técnico, porque en el futuro no habrá una sola actividad que no requiera una sólida preparación. Se la necesita para todo: para trabajar con fertilizantes, para aplicar herbicidas, para hacer funcionar cualquier máquina. Cada día que pase el hombre tendrá menos participación física en la producción y en el trabajo. Básicamente serán las máquinas las que hagan el trabajo físico. Y, para controlar las máquinas, una sociedad debe estar mentalmente preparada.

Cuba está, pues, en las primeras etapas de una revolución tecnológica que se caracterizará, sobre todo, por la transformación de su fuerza de trabajo de peones ineducados y no calificados en técnicos bien adiestrados y encargados de maquinaria. Este proceso ya está en plena marcha y ha sido comentado en nuestro examen de los problemas educativos y las realizaciones de la Revolución.¹ ¿Cuáles son los principales problemas por resolver y las prometedoras oportunidades que hay que aprovechar?

Para responder a esta pregunta debemos, ante todo, recordar lo que sin duda alguna es el dilema número uno de Cuba: el patrón de las necesidades del país en cuanto a mano de obra agrícola no es notablemente distinto del que era antes, pero la Revolución ha alterado de manera radical las condiciones de la oferta de esa mano de obra. Todavía hay una enorme demanda estacional de mano de obra agrícola en los meses secos, de enero hasta abril, cuando se cosechan no solamente la caña de azúcar sino también otros cultivos mayores, y hacia el fin del período, cuando se hacen la preparación del terreno y la siembra de nuevos cultivos. Pero no hay ya en el campo una gran reserva de trabajadores sin tierra y sin empleo, de la que se puedan tomar para hacer frente a esa inflada demanda estacional de mano de obra. Aquellos que antes constituían el "ejército de reserva de mano de obra", ahora tienen su propia tierra o están empleados sobre una base permanente durante todo el año, en las Granjas del Estado, en el trabajo de construcción, en la industria urbana, etc. El medio principal por el

¹ Véase el capítulo 2.

cual la Revolución ha tratado de resolver este problema ha sido el trabajo voluntario, en el campo, de los habitantes de la ciudad, pero nadie piensa que ésta sea una solución permanente o socialmente deseable.² Todo el mundo, de Fidel Castro abajo, está convencido de que a la larga la única solución aceptable está en la tecnología.

Paradójicamente —y es probable que esto sea cierto también para muchos países subdesarrollados—, los primeros avances de la tecnología en Cuba tendieron a agravar el problema de la escasez estacional de mano de obra. Esto se debió a que es más fácil mecanizar los cultivos (preparación del terreno, siembras, cultivo) que su recolección.³ Los tractores, las máquinas sembradoras, los arados y los rastrillos que se necesitan para el proceso del cultivo son relativamente fáciles de adquirir, en tanto que en el caso de la recolección quizás no se hayan inventado aún las máquinas necesarias. Este particular desequilibrio se hizo sentir en Cuba con especial intensidad a causa del papel preponderante de la caña en su economía agrícola. “La zafra de la caña —escribe el profesor Kelly— depende aún en muy gran medida del trabajo manual, ya que todavía no se ha construido una máquina que corte eficientemente la caña en el campo”.⁴ El problema tecnológico número uno de Cuba es, por lo tanto, de lo más difícil, y ni los Estados Unidos han podido resolverlo. Consiste en construir una cortadora de caña mecánica que sea eficiente.

Si toda la caña estuviera sembrada en tierras llanas y, como el maíz, creciera erecta hasta una altura más o menos uniforme, la tarea de diseñar una cortadora mecánica sería sencilla. Un juego

² La cuestión de usar el trabajo voluntario para resolver el problema económico de la escasez de mano de obra no debiera confundirse con el problema educativo del trabajo y el estudio. Los cubanos están muy en favor de combinar el trabajo con el estudio, como medida educativa, y al presente el trabajo de los estudiantes (y de los maestros) ayuda a aliviar la escasez de mano de obra agrícola. Pero por supuesto que todavía sería posible elaborar una filosofía de la educación del trabajo-con-estudio, aunque no hubiera escasez de mano de obra.

³ Según el profesor Clarence F. Kelly, director de la Estación Agrícola Experimental de la Universidad de California, en Berkeley, “La pizca y el aventamiento de una cosecha representan habitualmente por lo menos la mitad del costo de producción. También son, con mucho, la parte más difícil de mecanizar del proceso agrícola”. (“Mechanical Harverting”, *Scientific American*, agosto de 1967, p. 50.)

⁴ *Ibid.*, p. 55.

de cuchillas podría los topes y otro cortaría los tallos inmediatamente sobre el nivel del suelo; un ventilador quitaría la broza, y un cargador depositaría cañas ya limpias en vagones arrastrados por tractores, listos para ser llevadas al ingenio. Pero en la realidad la caña se siembra a menudo en tierra quebrada o dispareja, y gran parte crece en una u otra dirección (particularmente las variedades pesadas y, por tanto, de alto rendimiento), formando una especie de maraña impenetrable. El problema, pues, dista de ser sencillo.

Los primeros intentos de fabricar una cortadora de caña que funcionara bien fueron emprendidos por diseñadores e ingenieros soviéticos y tuvieron escaso éxito. Aquellas que lograron funcionar fueron eficaces solamente en terreno plano, con la caña que crecía derecha, y por ello fueron de utilidad muy limitada. Se calcula que en 1966 sólo cerca del 3 por ciento de la caña fue recolectada mecánicamente. Últimamente, sin embargo, los mismos cubanos pretenden haber resuelto por fin el problema. He aquí la parte más destacada del artículo que apareció el 14 de abril de 1968 en *Granma*, anunciando esa trascendente conquista:

“La prueba de una combinada que acaba de hacerse en la zafra indica que los resultados son satisfactorios”, afirmó el comandante Fidel Castro, primer ministro del Gobierno Revolucionario, a la terminación de las pruebas hechas con la máquina construida en Cuba para cortar y cargar la caña de azúcar, efectuadas el domingo 7 de abril en los cañaverales de la Granja Estatal *Andrés Cuevas*, del Grupo de Granjas del Cauto, en la provincia de Oriente.

Este tipo completamente nuevo de combinada para la cosecha de la caña fue desarrollado por los ingenieros, técnicos y trabajadores de la división de la caña del Centro para el Desarrollo de Maquinaria (CDM), del ministerio de la Industria Básica. El trabajo de construcción de las combinadas fue dirigido por el ingeniero de proyectos Carlos Cruz y por el planeador de proyectos Rogelio Rodríguez, quienes, tras de ardua labor, han resuelto los problemas fundamentales —imposibles de resolver en opinión de algunos expertos— que presenta la construcción de equipo para la zafra de la caña.

Estuvieron a la mano dirigentes, funcionarios y técnicos para presenciar los experimentos con el nuevo equipo, que hizo un limpio trabajo de corte de largas hileras de caña de azúcar de alto rendimiento, de más de 120,000 arrobas

[1 arroba equivale a 25 libras] por *caballería* [13,4 hectáreas]. La prueba tuvo lugar cuando el sol estaba bien alto, tanto en campos de caña no quemada como de caña ya quemada. Se probaron dos modelos de combinada, uno con ruedas de llantas de hule y otro con tractor de oruga. Ambos modelos dieron resultados sorprendentemente buenos.

La nueva combinada cubana ha eliminado muchos de los "bicos" que daban tanta guerra en los modelos anteriores. Tiene un chasis y un motor de construcción soviética, pero el resto del equipo es de diseño completamente nuevo.

Los principales obstáculos para el uso de las combinadas han sido hasta ahora las condiciones especiales del terreno y de la caña misma. Las máquinas anteriormente usadas no funcionaban bien en terreno montañoso o disparejo, ni podían usarse en cañaverales altos, ya que cuando la caña crece muy alta tiene tendencia a crecer muy junta y hacerse enmarañada, y sus troncos llegan a niveles variables. Esto se traducía en desperdicio, ya que mucha caña se cortaba a un nivel muy alto sobre el suelo, dejando tallos largos, o en la parte alta era cortada demasiado alto o demasiado bajo en el tronco.

Esta prueba ha demostrado que la nueva combinada trabaja de manera eficaz en condiciones variables; con caña sin quemar, de alto rendimiento, muy apretada y enmarañada, y en campos ya quemados. Fidel y los dirigentes que le acompañaron en esta inspección de las pruebas pudieron comprobar que el equipo dejó la raíz de los troncos de caña intacta, traduciéndose esto en un corte perfectamente limpio, a ras del suelo, sin desgarrar la caña. Por añadidura, las cabezas de la caña quedaron cortadas en el punto preciso del tronco. Las secciones de caña depositadas por la combinada en los vagones quedaron casi completamente limpias, con sólo un pequeño residual de paja.

Este modelo había sufrido varias pruebas con anterioridad. La primera prueba se hizo con una combinada prototipo, en diciembre de 1960, en Calvario, provincia de La Habana. El comandante Fidel Castro también estuvo presente en el primer ensayo, junto con Raúl Doñas, director del CDM, y el ingeniero de proyectos Carlos Cruz. Durante la prueba se descubrieron las ventajas y desventajas de la nueva combinada y se propusieron modificaciones. El primer ministro autorizó la construcción de dos combinadas para pruebas ulteriores: una equipada con ruedas y la otra con tractor de oruga. En marzo de este año (1966) se

hicieron los ensayos preliminares en los cañaverales del ingenio *Rubén Martínez Villena*, en Aguacate (La Habana).

Las combinadas fueron construidas con la idea de cortar y cargar la caña ya limpia y cortada en secciones uniformes. Así puede ser enviada directamente al ingenio, para ser molida. Las máquinas fueron construidas para trabajar en terreno disperejo, con caña de varias clases, así como para campos de diferentes rendimientos de cultivo. Y, sobre todo, las máquinas tenían que ser eficientes para levantar la caña sin dejar muñones en el suelo, y para cortar las puntas en el sitio adecuado del tronco.

La combinada está equipada con un par de hojas inferiores movibles que cortan la caña a ras del suelo, con una hoja superior que corta la "cabizuela" y que puede ajustarse a la altura de la caña, y una hoja lateral que separa los troncos de un hilera de los de la hilera siguiente, resolviendo así el problema de los troncos de diferentes hileras que se han enredado unos con otros. Se quita la paja de los troncos por medio de un fuerte sistema de sopletes. Además, la combinada está equipada con un "adaptador de terreno", que eleva y abate las cuchillas según cambia el nivel del terreno.

Esta combinada alzadora de caña, de autopropulsión, tiene un alto rendimiento. Puede usarse durante doce horas seguidas sin ninguna dificultad. Sólo se necesita un hombre para operar la combinada misma, con tres conductores para los vagones que se llevan la caña ya limpia. Se calcula el rendimiento de la combinada entre 25,000 y 30,000 arrobas diarias, aun cuando se podrá determinar mejor el volumen exacto después que se hayan sometido las combinadas a un trabajo intensivo en condiciones variables. El primer ministro y sus acompañantes se declararon muy satisfechos del funcionamiento de ambos modelos de combinada. El trabajo se hizo en forma fluida y no hubo descomposturas ni fallas. Un gran número de granjeros de la región del Cauto presenciaron las pruebas y se mostraron entusiasmados con esta nueva victoria de nuestra naciente industria de la maquinaria. Joel Domenech, ministro de Industrias Básicas, el ingeniero proyectista Carlos Cruz y los camaradas Doñas y Esquivel, todos ellos muy entusiasmados por el gran éxito alcanzado en la operación experimental del equipo, suministraron a Fidel todos los detalles de la construcción y el funcionamiento de las combinadas cubanas.

Fidel verificó todos los aspectos de la operación de ambas

combinadas: el corte de las cuchillas, superior e inferior; la eficiencia del proceso de descortezado; el trabajo con los troncos enredados; la capacidad de la máquina, etc. Cambió opiniones constantemente con otros miembros del grupo. Todos coincidieron en predecir un gran futuro para estas combinadas en la mecanización de la zafra de la caña.

Durante las pruebas de funcionamiento, el comandante Fidel Castro afirmó que se construiría cierto número de combinadas, de manera que pudiera haber una mecanización completa de la zafra en las áreas que surtían uno de los centrales de la provincia de La Habana, el próximo año. Añadió que se construirían muchas más combinadas para la zafra azucarera de 1970, en una nueva planta que será instalada en Santa Clara por el ministerio de Industrias Básicas y el ministerio de la Construcción. Se construirán vagones especiales para cargar la caña cortada por las combinadas, en la planta de Güira de Melena, que va a ser ampliada. Fidel se refirió también al adiestramiento de operadores y mecánicos para el nuevo equipo. Las escuelas de adiestramiento de operadores se instalarán en los centrales en donde la zafra vaya a ser mecanizada en primer término, en tanto que los mecánicos se adiestrarán en la misma fábrica de Santa Clara.

Fidel sugirió que se usaran motores más potentes en las combinadas que han de fabricarse en lo futuro, elevando su caballaje a 120, y que se diera preferencia al modelo de tractor de oruga, ya que éste puede usarse eficazmente en cualquier terreno y en cualquier condición.

Al observar a las combinadas trabajando con caña con gran cantidad de paja, Fidel comentó que no hay duda de que funcionan en forma eficaz hasta cuando cortan y limpian esa clase de caña, y esto, además, en un terreno en el cual no es fácil trabajar.

Se entusiasmó ante las posibilidades de este equipo, una vez perfeccionado, e hizo hincapié en que debiera reunirse la mayor información posible sobre las máquinas en funcionamiento mientras las pruebas continúan, durante el Mes de Girón (abril), de manera que se pueda usar dicha información para mejorar las combinadas que aún están por construirse.

Quando se completaron las pruebas, Fidel expresó su satisfacción por los resultados. Afirbió que para 1970 se empezará a trabajar en serio en la mecanización total del corte de caña. Fidel calificó a la combinada cubana de

altamente eficiente, y como el más importante logro de nuestra industria de la maquinaria hasta la fecha.

Antes que citemos el discurso de Fidel del 9 de abril, en el cual por primera vez se refirió públicamente a las nuevas combinadas, conviene decir que si su capacidad se calcula correctamente entre 25,000 y 30,000 arrobas por día, y si suponemos que cada máquina requiere dos operadores para mantenerla en uso continuo, la productividad de cada operador sería del orden de las 14,000 arrobas al día. Esto se compara con el rendimiento normal de un buen cortador de caña, que es de cerca de 140 arrobas diarias. En otros términos, la combinada incrementaría la productividad de la mano de obra en la zafra por un factor de cerca de 100, lo que puede parecer fantástico pero de hecho no está fuera de proporción con lo que se ha logrado mediante la mecanización de la zafra en los países avanzados. Refiriéndose a la combinada del trigo, por ejemplo, el profesor Kelly escribe: "Puede medirse la utilidad de la nueva combinada por el hecho de que con ella, en California, la cosecha del arroz (segar, trillar y descortezar) requiere menos de una hora-hombre por acre, en tanto que en el Japón, en donde el trabajo se hace en su mayor parte a mano, el empleo promedio de mano de obra es, según un estudio reciente, de 258 horas-hombre por acre".⁵

He aquí lo que dijo Fidel acerca de las nuevas combinadas, en su discurso del 9 de abril:

La actitud de los trabajadores y de los técnicos de nuestra industria de la maquinaria que, dedicados a encontrar una solución al difícil problema de la mecanización del corte de caña —que es uno de los trabajos más duros, de los más difíciles, un trabajo en el que la productividad del hombre es insignificante, que requiere cientos de miles de trabajadores, año tras año, para cortar más de 30 millones de arrobas de caña de azúcar diarias, a mano, durante largos meses, un golpe de machete tras de otro— se echaron sobre los hombros un esfuerzo que se inició hace varios años: construir una máquina para la zafra de la caña que resolviera el problema de una vez por todas. Dos de estas nuevas combinadas fueron probadas en el campo hace apenas unos

⁵ *Ibid.*, p. 52.

cuantos días. Y se las probó no con la caña de mediano rendimiento, sino con caña de alto rendimiento; no con la caña erecta, fácil de cortar, sino con caña con mucha paja, enredada e inclinada.

Y estas máquinas —que van a ser perfeccionadas, incluyendo el reemplazo de sus motores actuales de 75 hp. por motores de cuando menos 100 hp.— funcionaron sorprendentemente bien: levantaron la caña enredada e inclinada, la cortaron, le quitaron la paja y depositaron los troncos de caña en los vagones, suficientemente limpios ya para ser procesados directamente en el central (*Aplausos*).

Es posible que no haya una sola cosa que tenga mayor influencia en el futuro de este país que estas máquinas; es posible que nuestro pueblo y nuestras generaciones futuras tengan pocas deudas de gratitud tan grandes como la que tienen con los hombres que diseñaron y construyeron estas máquinas. Ellas significarán la liberación para cientos de miles de trabajadores del trabajo más fatigoso; ellas multiplicarán muchas veces la productividad de nuestros trabajadores, porque nuestro propósito es proveer a la industria azucarera, en un futuro próximo, con el equipo mecánico necesario.

Naturalmente que algunas piezas para estas máquinas habrán de adquirirse en el extranjero, en tanto que otras serán hechas aquí; pero aspiramos a tener un número considerable de estas máquinas para el año 1970.

Estas combinadas no són muy exigentes en cuanto al terreno en que trabajan; con tal que el terreno no sea quebrado, cortan sin dificultad. Y dentro de nuestros planes agrícolas consideramos la utilización de áreas para plantar caña que estén cerca de los centrales, para reemplazar a las que están muy alejadas.

Y tenemos unos 20 o 30 centrales localizados en las regiones montañosas donde no puede usarse maquinaria ni siquiera para cargar la caña. Nuestro plan es suspender la operación de esos centrales entre 1970 y 1975 y aumentar la capacidad de los centrales localizados en áreas llanas —que de hecho son los centrales más importantes—, a fin de mecanizar en 100 por ciento la zafra de la caña entre 1970 y 1975 (*Aplausos*). Por lo tanto, vamos a producir nuestros diez millones de toneladas de azúcar utilizando cierto número de máquinas, pero principalmente trabajando mucho, cortando mucho; pero para fines de ese quinquenio

ya no será necesario cortar un solo tronco de caña a mano en este país... ¡imagínense la liberación progresiva de cientos de miles de hombres que ahora trabajan en la agricultura!

Quedarán otras tareas, como las de levantar el café y las frutas, pero estas faenas no son arduas; son tareas que pueden ser hechas por gente joven, por mujeres, por muchachos.⁶

¡Cuántos hombres serán liberados, cuánta fuerza de trabajo será liberada por la mecanización de nuestra agricultura! Y podemos afirmar con plena confianza que el ritmo actual de nuestro desarrollo permitirá a nuestra agricultura colocarse entre las más avanzadas del mundo.

Por supuesto que hay una gran distancia entre la prueba de modelos experimentales y la introducción de máquinas dignas de confianza en gran escala, y que el entusiasmo de los cubanos en lo pasado, ante innovaciones que no lograron lo que de ellas se esperaba, debe templar cautelosamente el optimismo. Sin embargo, es indudable que el problema de la mecanización de la zafra de la caña puede ser resuelto, y lo será; y es perfectamente lógico que Cuba, la productora de azúcar de caña más grande del mundo, sea la que lo resuelva. Si en verdad se vislumbra ya el éxito, la anticipación de Fidel acerca de los grandes beneficios por llegar estaría plenamente justificada.

Cuba tiene otra necesidad tecnológica que iguala en importancia a la de una eficaz cosechadora mecánica de caña, y es la necesidad de irrigación. En parte la razón es la frecuencia y la severidad de las sequías, que tan a menudo han trastornado en lo pasado la economía agrícola de Cuba.⁷ Pero hay asimismo otras razones. La lluvia, cuando viene, cae a menudo en cantidades excesivas en el lapso de unos cuantos días (esto ocurre especialmente durante los huracanes, que son frecuentes en los meses de verano y otoño en el Caribe), lo que da lugar a extensas inundaciones. Las presas llenan, por lo tanto, el doble fin de la conservación del agua y del

⁶ Tarde o temprano estos cultivos serán también mecanizados. El profesor Kelly, en el artículo ya citado, señala que en los Estados Unidos se está haciendo un rápido progreso en la recolección mecánica de la fruta; y un anuncio de la *Republic Steel* en un número reciente de *Business Week* (13 de julio de 1968) habla de "pizcadores de bayas que recogen también uvas y granos de café".

⁷ Véanse pp. 80-84.

control de las inundaciones. Pero más importante todavía es el hecho de que una irrigación adecuada podría eliminar casi por completo de la agricultura cubana el factor estacional. Aparte la lluvia, el clima de Cuba es tal que se pueden dar los cultivos con casi la misma facilidad en cualquier estación. Así, pues, la irrigación permitirá por una parte el uso continuo de la tierra, y por ende el crecimiento de muchos cultivos, y por otra la programación de operaciones de manera que se eliminen los exagerados requerimientos estacionales de mano de obra agrícola. Difícilmente se exageraría la importancia de este último factor. Junto con la cortadora mecánica de caña, la irrigación hará posible un cambio dramático en lo relativo a la disponibilidad de mano de obra en el campo. Todo lo que se necesitará será una pequeña fuerza de trabajo, bien adiestrada y empleada durante todo el año. En un discurso pronunciado al inaugurar varios proyectos de conservación de agua en la provincia de Oriente, el 30 de mayo, Fidel planteó la situación de esta manera:

...este programa completo [de irrigación] permitirá una distribución del trabajo a lo largo de todo el año, y tendremos una agricultura grandemente diversificada, muy desarrollada, altamente modernizada y mecanizada, que saque ventaja de todos los detalles favorables de una región geográfica en donde el sol brilla durante todo el año. Si hay sol, y agua, y fertilizantes, las cosechas se darán aquí durante todo el año y entonces —cuando el hombre haya vencido— nuestro clima tropical habrá dejado de ser un obstáculo en el camino del progreso del hombre, para convertirse en un amigo espléndido de éste.⁸

A diferencia de la zafra mecánica, la irrigación no necesitó ni necesita de ningún invento. Pero para Cuba ha significado la necesidad de organizar una rama de su economía que virtualmente no existía antes de la Revolución, y ello implica inevitablemente un proceso lento, doloroso y costoso. Una reciente revisión, publicada en *Granma*, hace la siguiente reseña del estado del programa de conservación del agua:⁹

⁸ *Granma*, 9 de junio de 1968.

⁹ "La Ofensiva Revolucionaria en Acción en la Conservación del Agua", *Granma*, 23 de junio de 1968.

¡Conservemos cada gota de agua! Esta ha sido la línea directriz de un extraordinario programa de conservación del agua que está realizándose en toda Cuba. Se están construyendo presas desde Guane, en el oeste, hasta Guantánamo en el este, así como en Isla de Pinos. Miles de trabajadores y de técnicos están construyendo, construyendo febrilmente para hacer una realidad las palabras de nuestro primer ministro. Están ya en operación nuevos proyectos. Se está almacenando ahora el agua, en vez de derivarla hacia el mar. La presa de Caonao inaugurada... Las presas de El Mate y Paso Malo cerca de ser terminadas... Los muros de retención creciendo en las presas de Siguaney, Río del Medio, Las Nuevas y Cristal... Para almacenar 52 millones de metros cúbicos de agua (casi 14'000.000,000 de galones) del río Cuyaguatije, y 23 millones de metros cúbicos (más de 6'000.000,000 de galones) del río Salado, este año... varias presas terminadas en el Cordón de La Habana... Las presas de Ramírez y Sofía construyéndose en Pinar del Río... La presa de La Laguna en construcción en la provincia de Camagüey... Las presas de Tacajó y Clotilde creciendo en la provincia de Oriente... Un programa para la construcción de presas en pequeña escala desarrollándose a lo largo de toda la nación... Dos reservorios ya completos para el programa de cultivo del frijol en Velasco, en Oriente.¹⁰

Cada nueva noticia acerca de estos proyectos refleja el duro trabajo —a veces hasta heroico— de un pueblo en revolución, de un pueblo que se hace cada vez más consciente de la importancia de estas obras para la conservación y el control del agua para el futuro de su país.

En el momento del triunfo de la Revolución había apenas seis presas terminadas y funcionando en toda Cuba. La capacidad total de esas presas no llegaba siquiera a 30 millones de metros cúbicos de agua (menos de 8'000.000,000 de galones). Estas presas de almacenamiento eran parte de los sistemas de aprovisionamiento de agua para las ciudades de Santa Clara, Camagüey, Holguín y Santiago de Cuba. La estación hidroeléctrica de Habanilla —con un depósito por las presas de Habanilla y Jibacoa— estaba apenas a medio terminar; fue completada por la Revolución a fines de 1962. Los planes para este proyecto fueron trazados por una firma norteamericana, que también dirigió los trabajos

¹⁰ La puntuación en este párrafo es la del original y no indica omisiones.

de construcción. No había nada más —ni un solo depósito de buen tamaño para irrigar las tierras de labranza.

La nación tenía muy pocos técnicos que supieran acerca de la construcción de presas. No había siquiera la más elemental información relativa al volumen de agua de los ríos, o a la cantidad de la precipitación pluvial en las cuencas de éstos. No había geólogos que hicieran estudios para señalar los sitios adecuados. Se disponía de muy poco equipo para la construcción. Era necesario comenzar desde nada, principiar desde el cero por el camino del desarrollo.

Muy pronto, tras el triunfo de la Revolución, se empezó a trabajar en varias presas. No fue, sin embargo, sino hasta que se creó el Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos que este trabajo progresó con paso firme...

A menudo se requieren años para completar una presa, años durante los cuales quedan atrapados en estos proyectos maquinaria, materiales y cientos de trabajadores. Si fueran empleados en otras ramas de la economía quizás pudieran producir rendimientos mucho más pronto. Sin embargo, sólo haciendo estas inversiones podremos tener asegurada una provisión de agua. Podemos ya ver esto en los depósitos, que están comenzando a dar rendimientos.

Mirando hacia el pasado, comparando nuestros logros con lo que había en el pasado, comparando nuestro ritmo de trabajo actual con lo que se estaba haciendo antes, tenemos mucha razón para estar orgullosos. Pero el cuadro es un poco diferente si pensamos en lo que todavía queda por hacer. Todos estos proyectos apenas si serán suficientes para protegernos plenamente de la sequía. Hemos progresado en una forma tremenda, pero el camino es largo. Debemos seguir hacia adelante con energía creciente. Este es el significado de la ofensiva revolucionaria en el campo de la conservación del agua.

En su discurso del 30 de mayo, Fidel dijo que “dentro de cinco años podremos suministrar irrigación a más del 50 por ciento de las tierras de labranza de la nación”. Esto dejaría aún un largo trayecto por recorrer hasta el fin del período de cinco años, de manera que puede suponerse con seguridad que el trabajo de irrigación continuará a lo largo de la década de los 70, con beneficios gradualmente acumulados a medida que se completen más y más proyectos. En esto, como en el caso de la mecanización de la zafra

de la caña, las perspectivas son favorables, pero será una obra larga y mientras tanto no deben esperarse milagros.

Hemos concentrado nuestra atención en los problemas de la zafra y de la irrigación porque en un sentido real son decisivos para el futuro de Cuba. Cuando se resuelvan, si esto ocurre, se habrá resuelto también el problema de la provisión de mano de obra y el país estará, por fin, en aptitud de realizar los grandes sueños de diversificación agrícola e industrial que han inspirado el movimiento revolucionario desde los días de Martí. Para entonces los problemas tecnológicos de Cuba serán, por supuesto, más variados y numerosos, no menos que hoy. Pero serán también más parecidos a los de otras sociedades que se han librado de la plaga del subdesarrollo, y difícilmente requerirían discusión dentro del marco limitado de este estudio. Existen, sin embargo, dos áreas dentro de las cuales Cuba se enfrenta, o pronto se enfrentará, a problemas especiales que merecen por lo menos una breve mención.

El primero es el de la mejor utilización de la caña de azúcar. En su discurso del 30 de mayo, Fidel presentó una interesante estadística:

La caña es una planta privilegiada del trópico, que tiene la capacidad de absorber más energía solar que ninguna otra planta de la tierra. Baste decir que una *caballería* de tierra [13.4 hectáreas o 33 acres y un tercio] que produzca alrededor de 100,000 arrobas de caña —lo que, como ustedes saben, no es una cifra difícil de obtener con irrigación, y aun sin irrigación, en años de buena precipitación pluvial, con buenos cuidados y fertilizantes— puede producir una cantidad de nutrientes cinco veces mayor que la que contiene una *caballería* de maíz común y corriente producida en los Estados Unidos.

Los Estados Unidos tienen muy altos rendimientos de maíz y, sin embargo, el valor alimenticio producido por unidad de tierra de caña de azúcar en un año es cinco veces el valor por unidad de tierra de maíz.

Cuba utiliza todavía en gran medida esta planta tan altamente productiva según los modos tradicionales. Se la convierte en azúcar gruesa y refinada en los 151 centrales del país, principalmente para exportación, y los subproductos (melaza, bagazo, cera de caña) (son manejados asimismo de manera que en gran medida es también tradicional. La melaza, de la cual se producen anualmente

cerca de un millón y medio de toneladas, se vende como tal o se convierte en ron; y la mayor parte del bagazo [lo que queda de la caña una vez exprimido el jugo] se quema como combustible, para suministrar energía a los centrales. Por supuesto que ya se conocen otros usos, y se les practica en grado limitado. Por ejemplo, como antes se anotó, unas 75 000 toneladas de azúcar fueron convertidas en melaza como alimento para el ganado, a fin de conservarlo vivo durante la severa sequía del invierno y la primavera pasados, y del bagazo se hace algo de papel. Pero tendrá que hacerse mucho más en el futuro a este respecto, y habrán de encontrarse nuevos usos para los derivados del azúcar.

Se ha emprendido ya la producción de levadura de torula a partir de la melaza. Ésta tiene un alto contenido protéico y podría llegar a ser un importante ingrediente en la dieta animal que, en lo general, sufre escasez de proteínas (otra posibilidad en ese sentido es el alimento de pescado proveniente de una industria pesquera cubana en rápida expansión). Pero lo que parece ser, con mucho, la mejor esperanza en un futuro próximo es el empleo de la melaza para alimentar el ganado, no con un carácter de emergencia sino como un componente importante y regular de su dieta. El trabajo en este sentido está siendo llevado al cabo por el Instituto de Ciencia Animal en Güines, cerca de La Habana, una instalación muy moderna bajo la dirección de T. R. Preston, uno de los más prominentes científicos especializados en animales de Inglaterra, antes en Aberdeen. Se ha demostrado ya que se pueden obtener excelentes resultados con una dieta que contiene porcentajes mucho más altos de melaza y urea (como fuente de nitrógeno) de lo que antes se había considerado posible. La importancia potencial de esto para ayudar a establecer una base alimenticia sólida en la economía ganadera de Cuba queda manifiesta por el hecho de que la relación internacional de los precios es tal que los productos de la caña son baratos y la carne es cara. Según algunos cálculos gruesos, por ejemplo la melaza, que se vende de \$15 a \$18 la tonelada, puede ser convertida en carne que vale \$35 la tonelada.

Algunos observadores creen que muy a la larga la caña de azúcar puede llegar a ser la materia prima básica de toda una industria química, tal como hoy lo es el petróleo. Para explorar este campo se ha organizado un Instituto Especial de Investigación de

los Productos de la Caña de Azúcar.¹¹ Pero ésta es una música para el futuro: como la mayor parte de los países subdesarrollados, Cuba carece de la tradición y las instituciones científicas necesarias para emprender un programa complejo y multifacético de investigación y desarrollo del tipo que se requeriría.

El otro problema especial al que debe enfrentarse Cuba es el del uso de sus abundantes minerales lateríticos. Hasta ahora son explotados fundamentalmente por su contenido de níquel en las plantas de Moa y Nicaro, en la costa norte de la provincia de Oriente. Pero tienen también un contenido de hierro muy alto (incluso en el mineral del que se ha extraído ya el níquel, y que se amontona para usarlo en el futuro), y tarde o temprano formará la base de una importante industria del hierro y el acero. El presidente Dorticós nos dijo que los principales problemas tecnológicos han sido ya resueltos —no dijo si por cubanos o por hombres de ciencia y técnicos de otros países socialistas—, y que todo lo que se requiere ahora es suficiente financiamiento externo. Pero teniendo en cuenta que las sumas necesarias andarían por los cientos de millones de dólares y Cuba tiene demandas mucho más inmediatas y urgentes sobre su provisión demasiado escasa de divisas extranjeras, es seguro que pasarán bastantes años antes de que se tomen medidas prácticas para emprender un proyecto tan ambicioso. Mientras tanto, se ha encomendado la investigación sobre el uso completo de las lateritas a la Empresa Consolidada del Níquel, que dirige las plantas de Moa y Nicaro. “Estas investigaciones —dice un documento oficial— son extremadamente importantes, porque insisten en un mayor rendimiento de las plantas de níquel. Al mismo tiempo pueden ser de capital importancia en el suministro de las materias primas necesarias para la industria del hierro y el acero”.¹²

¹¹ Se dan algunos detalles en *Industrial Development in Cuba*, informe presentado por la delegación cubana al Symposium Internacional Sobre el Desarrollo Industrial, 1967, pp. 41-47.

¹² *Ibid.*, p. 43.

Economía y política

Probablemente a fines de 1966 o a principios de 1967 Edward Boorstein, tras de advertir las muchas dificultades y problemas que aún encaraba la Revolución Cubana, escribía:

Pero para fines de esta década empezarán a sentirse los plenos beneficios del socialismo en Cuba. La dependencia de las piezas de repuesto norteamericanas para el mantenimiento y la reparación de los equipos será mucho menos sensible. El aumento en la producción de azúcar, níquel y carne habrá resuelto el problema de la balanza de pagos y comenzará a producir un excedente. La mayor producción de leche y carne, pollos y huevos, cerdos y otros productos agropecuarios habrá determinado una clara mejoría de la dieta. La producción de calzado y ropa habrá aumentado considerablemente. Con base en una gran expansión de las industrias del cemento y de la construcción se emprenderá la construcción de casas en gran escala. Fidel ha dicho que para 1970 la tasa será de 100,000 unidades de vivienda por año: más del quintuple del promedio de 1959-1963. Los programas de educación y de adiestramiento habrán preparado muchas decenas de miles de técnicos. Esto y la solución del problema de la balanza de pagos permitirán acelerar la industrialización.

Todo ello puede tardar un año o dos más, o un año o dos menos de lo planeado. Pero, ¿importa esto en realidad, excepto a aquellos que devengan un salario por anotar puntos contra el socialismo en los periódicos burgueses? En la perspectiva de la historia, las dificultades tempranas de la Revolución no habrán sido sino un abrir y cerrar de ojos en el tiempo.¹

¹ Boorstein, *op. cit.*, p. 225.

Si se tratara de “uno o dos años más, o de uno o dos años menos”, es indudable que Boorstein tendría razón. Pero estamos casi en 1969 y es evidente que la mayor parte de los objetivos considerados no están todavía a la vista. Es verdad que la dependencia de las refacciones norteamericanas ha sido superada en gran medida. Pero el problema de la balanza de pagos está muy lejos de haber sido resuelto;² los cubanos siguen viviendo con una dieta muy austera; el calzado y la ropa continúan tan escasos como siempre; y la construcción de nuevas habitaciones ni siquiera va a la par con el crecimiento de la población y el deterioro de las casas existentes.³

Creemos que un cálculo más realista de para cuándo puede esperarse que estos problemas económicos fundamentales estén en camino de resolverse señalaría la segunda mitad de la década de los 70. A buen seguro que esto no es todavía mucho tiempo si se mide con los patrones históricos adecuados. Todo lo contrario: superar la herencia del colonialismo y del subdesarrollo en el término de dos décadas sería un logro magnífico para cualquier país. Pero, ¿puede decirse, dentro del cuadro cubano, que una diferencia de no digamos “uno o dos años más”, sino de siete u ocho años, no importaría en verdad sino a los enemigos del socialismo?

Desgraciadamente, la respuesta es negativa. Hay un íntimo enlace, en doble sentido, entre los fenómenos económicos y los políticos, cuya naturaleza precisa varía de país a país y de una época a otra. El análisis del impacto y las ramificaciones de los acontecimientos económicos no puede hacer caso omiso de esta interrelación, ni puede dejar de tener en cuenta el trasfondo y las condiciones concretas de un país determinado.

Cuba fue el último de los países latinoamericanos en sacudir el yugo español, y el primero en convertirse en una neta neocolonia

² Puede inferirse una indicación del estado de la balanza de pagos de Cuba de las estadísticas del comercio entre ésta y la Unión Soviética. En los siete años de 1961-1967 Cuba importó de la URSS un promedio anual de 114.8 millones más de lo que exportó hacia ésta. Pero en 1966 la cifra fue de 174.6 millones, y en 1967 de 220 millones. Probablemente estos déficit han sido cubiertos por préstamos y créditos soviéticos. (Las cifras para 1961-1966 son de *Vneshiaia Torgolia SSSR, Statisticheskii Sbornik, 1918-1966*, Moscú, 1967, p. 69; para 1967, de un mensaje periodístico de Harry Schwarz en la página financiera del *New York Times* del 5 de julio de 1968.)

³ Información suministrada por el presidente Dorticós, quien también nos dijo que para marzo de 1968 la tasa de construcción no pasaba de las 70 000 unidades por año.

de los Estados Unidos. En esta forma, y a pesar de una magnífica historia de lucha por su independencia, que se remonta a la Guerra de los Diez Años, que empezó exactamente hace cien años (en octubre de 1868) y que abarca la Guerra de Independencia (1895-1898) y las revoluciones abortadas de 1900 y de 1933-1934, los cubanos no tenían una tradición de autogobierno ni en nivel nacional ni en nivel local.

Sobre este trasfondo histórico es como debe verse la revolución encabezada por Fidel Castro y su Movimiento 26 de Julio. El método de la guerra de guerrillas que adoptaron los revolucionarios después del fracaso de sus dos esfuerzos por desencadenar un levantamiento nacional contra la dictadura de Batista (el *Moncada* en 1953 y el desembarco del *Granma* en 1956), estaba por completo dentro de la tradición de las luchas armadas dirigidas por héroes nacionales como Carlos Manuel de Céspedes, Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí. Pero la zona de las operaciones guerrilleras estaba restringida a las regiones montañosas escasamente pobladas de la provincia de Oriente, de manera que sólo un muy pequeño por ciento del pueblo cubano tenía la oportunidad de aprender las lecciones inapreciables de iniciativa, innovación y confianza en sí mismo que se derivan de la participación en una guerra de liberación popular. El gobierno revolucionario que tomó el poder en los primeros días de enero de 1959, tras el dramático colapso del régimen de Batista, se encontró en una relación paternalista frente al pueblo de Cuba, no por propia elección, sino por causa de la naturaleza misma de la situación. Y esta relación, históricamente condicionada, ha seguido existiendo hasta ahora, en parte sin duda debido a cierta inercia que opera tanto en el mundo social como en el físico, pero quizá aún más debido a que cualquier intento de cambiarla plantearía de seguro problemas formidables.

Los políticos cubanos, desde los días de la fundación de la República, habían sido siempre largos en sus promesas y cortos en sus realizaciones. Fidel comprendió muy bien el peligro que constituía para el nuevo régimen revolucionario esta herencia del pasado. O bien la Revolución traía rápidamente resultados tangibles para las masas, o bien su tremendo entusiasmo ante las perspectivas de un "nuevo trato" se desgastaba y dejaba el lugar al antiguo escepticismo. De ahí el torbellino de reformas que el nuevo gobierno promulgó y puso en marcha en los primeros meses de 1959: reduc-

ción de las rentas y de los precios, aumento de salarios, medidas para ampliar las oportunidades educativas y mejorar la atención de la salud, y, sobre todo, la histórica reforma agraria del 17 de mayo. Irónica, pero afortunadamente, el descuido y la explotación a que Cuba había estado sometida en el pasado acudieron ahora en ayuda de la Revolución. Por dondequiera había recursos no utilizados—hombres sin empleo, tierras no cultivadas, existencias acumuladas de materias primas y productos acabados— que se convirtieron entonces en reservas preciosas de las cuales se podía echar mano para aumentar los rendimientos y elevar el nivel de vida.⁴ En lo que tocaba a las masas (los ricos, por supuesto, son otra historia, que no nos concierne aquí), los éxitos logrados por la Revolución Cubana en los primeros años fueron estupendos y casi seguramente sin precedente en ninguna revolución anterior. El resultado fue que se inculcaron en las masas sentimientos avasalladores de devoción y lealtad hacia el nuevo gobierno y su dirigente supremo, Fidel Castro. Maurice Zeitlin, usando las refinadas técnicas norteamericanas de investigación sociológica, nos ha dado la prueba documental del grado sorprendente en que, para 1962, estos sentimientos saturaban a la clase trabajadora urbana, a pesar del hecho de que esta clase no había tenido parte importante en el proceso revolucionario anterior a 1959.⁵

Sería una equivocación suponer que las ganancias materiales fueron el único factor en la respuesta del pueblo al gobierno revolucionario. Había la exaltación consiguiente al derrocamiento de los amos extranjeros y nacionales, el orgullo nacional de enfrentarse a los Estados Unidos, la satisfacción que dimanaba del hecho de que la pequeña Cuba se hubiera convertido repentinamente en objeto del interés y la atención mundiales. Todos estos factores se en-

⁴ Después de nuestra primera visita a la Cuba revolucionaria, en marzo de 1960, escribíamos que “algo nos sorprendió una y otra vez durante nuestra estancia en Cuba, a saber, el grado en que podían obtenerse resultados rápidos e importantes simplemente eliminando algunos de los peores abusos y despilfarros del viejo orden”. Para expresar esto en otros términos: había un gran potencial no usado (o abusado) en la economía y la sociedad cubanas, y esta circunstancia ha permitido al nuevo régimen llevar al cabo rápidamente y con relativa facilidad ciertas cosas que, en condiciones menos favorables, podían haber requerido años. (*Cuba: Anatomy of a Revolution*, p. 95). Este mismo hecho es señalado también por Boorstein en *The Economic Transformation of Cuba*, especialmente en las pp. 81-83.

⁵ Maurice Zeitlin, *Revolutionary Politics and the Cuban Working Class* (Princeton, University Press, 1967).

trelezaron con la elevación de los niveles de vida de las masas para dar al gobierno revolucionario un apoyo popular de magnitud y calidad que tiene pocos paralelos en la historia, si alguno tiene.

La dirección revolucionaria podría haber visto en esta situación una oportunidad para intentar la difícil proeza de atraer al pueblo en forma más directa hacia el proceso de gobierno, creando instituciones de participación y control popular y alentando a las masas a usarlas, a asumir una creciente responsabilidad, a compartir las grandes decisiones que iban a modelar su vida. En la práctica, sin embargo, la relación entre el Gobierno y el pueblo continuó siendo una relación paternalista, con Fidel Castro desempeñando cada vez más el papel crucial de intérprete de las necesidades y los deseos del pueblo, transformándolos en política de gobierno y explicando continuamente lo que tenía que hacerse y cuáles eran los obstáculos que persistían y que debían ser vencidos.

La viabilidad de esta situación depende esencialmente de dos condiciones. La primera es que el Gobierno, por conducto de Fidel, interprete correctamente las necesidades y los deseos del pueblo. La segunda es que el Gobierno no cometa equivocaciones o errores de cálculo de tal gravedad que minen la confianza del pueblo en sus dirigentes. La primera de estas condiciones se ha cumplido siempre. El que la segunda se esté cumpliendo también es la gran interrogante que se cierne sobre la Revolución Cubana al entrar en su segunda década en el poder.

El punto a discusión aquí no son las equivocaciones y los errores de cálculo corrientes. El gobierno cubano ha cometido muchos sin comprometer en manera alguna sus relaciones con el pueblo. Los errores de cálculo son mucho más fundamentales, porque están relacionados con la dimensión, en el tiempo, del proceso de desarrollo económico. Fidel, como la mayoría de los grandes revolucionarios, ha sido siempre un optimista, y su experiencia al ganar el poder apenas dos años después de que él y diez supervivientes más del desembarco del *Granma* habían llegado a la relativa seguridad de las montañas, debe haberle convencido de que prácticamente no hay límite para lo que pueden lograr la voluntad y la energía revolucionarias. Y esta convicción no puede sino haber sido robustecida por los grandes éxitos de los primeros años de la Revolución a que nos hemos referido. Con esto como trasfondo, no es de sorprender que cuando Cuba, en 1962-1963, se vio por fin forzada a hacer frente a las sombrías realidades del subdesarrollo,

Fidel y sus colegas hayan sobreestimado las posibilidades del país a corto plazo y, en forma correlativa, hayan subestimado el tiempo que se tardaría en superar la herencia del pasado y entrar en el amplio camino del desarrollo económico autosostenido.

Se han fijado una y otra vez objetivos quiméricamente altos; se han hecho promesas que no podían ser cumplidas; se han alimentado esperanzas que han resultado frustradas. Afirmaciones como la de Edward Boorstein citada al principio de este capítulo —de que “para fines de esta década los plenos beneficios del socialismo comenzarán a mostrarse en Cuba”— eran cosa común hasta hace un par de años. Y todavía lo son, aun cuando ahora se ha retrasado el calendario; cuando estuvimos en Cuba, en febrero y marzo de 1968, se hablaba del año 1970. Y a medida que se acerca 1970 las probabilidades son que la meta retroceda todavía más.

¿Por cuánto tiempo podrá continuar esto antes de que la desilusión y el escepticismo socaven los lazos que unen al pueblo cubano con su gobierno? Si la respuesta es que se puede seguir durante cinco o diez años, podemos decir por nuestra parte que no hay mucho de qué preocuparse. Antes de que termine la década de los 70, quizá bastante antes, Cuba deberá estar ya al otro lado, vindicada su estrategia de desarrollo y recompensados sus trabajos y sus sacrificios. Entonces, en momentos de más calma y olvidadas las tensiones, el pueblo y los dirigentes pueden proceder a fincar sus relaciones sobre bases más firmes y duraderas.

Pero se debe contar también con la posibilidad de que las cosas tomen un giro diferente y se produzca un serio deterioro de las relaciones entre el pueblo y el Gobierno mucho antes de que se empiece a sentir una mejoría decisiva en la situación económica. En verdad algunos observadores, tanto dentro como fuera de Cuba, creen que ya son visibles algunos signos de ese deterioro, y que el barómetro político de Cuba señala hacia un futuro tiempo de tormenta.

Muchos de los indicios en que se apoya esta interpretación son de un tipo tal que es difícil de evaluar por la gente de fuera. Ciertamente no tenía uno que estar largo tiempo en La Habana, en el invierno y la primavera pasados, para advertir una especie de malestar que iba bastante más allá de las quejas habituales acerca de la escasez de artículos de consumo, la falta de servicios muy necesarios (particularmente toda clase de composturas), y los otros inconvenientes y asperezas de la vida de hoy en Cuba (por ejem-

plo, en grandes sectores de La Habana no hay agua corriente sino sólo dos o tres horas durante el día). Parecía crecer la tendencia a echar la culpa al Gobierno, y una menor disposición a creer que las cosas mejorarían pronto. Se hacían bromas acerca de las maravillas que ocurrirían en 1970; se sabía de conocidos que uno había supuesto que eran leales defensores de la Revolución y que habían decidido abandonar el país;⁶ y los militantes de largo abolengo tendían a mostrarse deprimidos y frustrados; sentían que no todo iba bien y que, sin embargo, se haría caso omiso de la crítica constructiva o, lo que sería peor, se la interpretaría erróneamente como una ayuda y un consuelo a los enemigos de la Revolución.

La existencia de estados de desasosiego y descontento fue admitida francamente por Fidel en su importante discurso del 13 de marzo de 1968. Unas cuantas acotaciones mostrarán la profundidad de su preocupación:

Sabemos que hay muchas preguntas en el aire, sabemos que muchas personas han estado esperando una ocasión pública como ésta para oír nuestras opiniones con respecto a esas preguntas. Es verdad que en los primeros días de la Revolución la opinión pública en la capital, que siempre ha tenido la característica —y digo esto con toda franqueza— de ser algo inconsistente, requería que apareciéramos en la televisión con cierta frecuencia a fin de explicar toda clase de problemas, grandes o insignificantes... ¿Por qué? A causa de esta misma inconsistencia que caracterizaba a la opinión pública, sobre todo en la capital, que tenía sus períodos de optimismo y de pesimismo, de entusiasmo y de desaliento... Ya no es necesario explicar algo todas las semanas o todos los días, pero nos parece que la opinión pública está exigiendo algunas explicaciones sobre ciertas cuestiones... Concretamente, queremos referirnos a las circunstancias de protesta —sí, de protesta— de cierto descontento, confusión e insatisfacción relacionados con la disponibilidad de artículos de consumo y, fundamentalmente, con varias

⁶ Según las cifras del gobierno de Washington, hasta hace un año 370 000 cubanos habían salido a los Estados Unidos, y no menos de 700 000 estaban en las listas de los que tenían la esperanza de emigrar. *Resettlement Re-Cap, A Periodic Report from Cuban Refugee Center* (Miami, Florida, *Freedom Tower*, septiembre de 1967), p. 1. (Estos informes, descritos como "para uso administrativo", son emitidos por el Servicio Social y de Rehabilitación del Departamento de Salud, Educación y Bienestar de los Estados Unidos.)

medidas concretas, como la suspensión de la cuota de leche en estos meses para la población adulta de La Habana. Aparentemente algunas personas estuvieron insatisfechas con la explicación que apareció en la prensa, y si alguna gente estuvo insatisfecha, probablemente la gente bien intencionada que estuvo insatisfecha tenía razón.

En realidad nos preguntamos cuáles podían ser las razones para ese cierto malestar, para esa cierta incertidumbre que era evidente... En parte, tienen una base real en dificultades reales, y en parte pueden estar relacionadas con circunstancias como, por ejemplo, las relaciones internacionales de nuestro partido y nuestro gobierno. Es posible que la necesidad de racionar la gasolina y las circunstancias que rodearon a la reunión del Comité Central en la que la corriente pseudo revolucionaria, los elementos de la microfacción fueron severamente juzgados, hayan sido factores que contribuyeron a crear cierto estado de inquietud y desconcierto. Y, como decía yo, todo esto unido a dificultades reales...

Somos todavía un pueblo caracterizado por un gran entusiasmo y una gran decisión en los momentos críticos, un pueblo capaz de dar la vida misma en cualquier momento y en cualquier día, capaz de cualquier heroísmo en cualquier momento, pero un pueblo al que todavía le falta la virtud del heroísmo diario, un pueblo al que aún le falta la virtud de la tenacidad, la demostración de este valor y este heroísmo no sólo en los momentos dramáticos, sino en todos y cada uno de los días. Esto es, falta aún cierta tenacidad y perseverancia en ese heroísmo...

A la luz de estos hechos, de estas circunstancias y de estos factores de trasfondo y este cierto malestar y el hacer caso de rumores, quiero entrar en ciertas materias esta noche. Para su información, permítanme ustedes señalar algunos de los problemas reales y explicar en qué consisten.

Parece que Fidel sugiere aquí que el principal problema es la veleidad de la opinión pública en la ciudad capital, y esto no es en manera alguna exclusivamente un punto de vista oficial. Unos amigos bien informados que estuvieron en Cuba por la misma época en que nosotros, y cuyas observaciones sobre la escena de La Habana coincidían ampliamente con las nuestras, nos decían que, tras de permanecer más tiempo en el campo y estudiar las condiciones allí más de cerca de que lo que nosotros pudimos hacerlo, habían

encontrado que el estado de ánimo entre los campesinos y los habitantes de los pueblos pequeños era tan entusiasta como siempre.

La evidencia es, pues, inconcluyente, y podría uno estar en lo justo al suponer que no ha ocurrido ningún cambio significativo en las relaciones entre pueblo y Gobierno, a no ser por ciertas acciones de parte del mismo Gobierno. Entre éstas la más importante, con mucho, fue la supresión de la llamada microfacción en enero de 1968. Es éste un hecho político indiscutible que no puede ser ignorado. Y de su interpretación depende mucho.

Se efectuó en La Habana una reunión plenaria del Comité Central del Partido Comunista, los días 24, 25 y 26 de enero. El último día Fidel presentó un informe que empezó a las 12.20 p.m. y duró, con recesos, hasta después de la medianoche.⁷ No se hizo pública ninguna parte de este informe. Los documentos relativos a la microfacción que fueron publicados son los siguientes:

1) Declaraciones del Comité Central, bajo los títulos de "Aníbal Escalante y Otros Traidores a la Revolución, Enviados a los Tribunales Revolucionarios", y "José Matar Separado del Comité Central, Ramón Calcines Separado del Comité Central y del Partido".

2) Un informe que llenaba seis planas de periódico, leído ante el Comité Central por el comandante Raúl Castro, presidente de la Comisión de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de Seguridad del Estado, del Comité Central.

3) El texto de un discurso de Carlos Rafael Rodríguez, pronunciado en la reunión del Comité Central.

4) El "Discurso del Fiscal Ante el Tribunal Revolucionario que Juzgó a Aníbal Escalante y a Otros 36".

Es evidente, por esta lista, que el Gobierno quería que se diera a este asunto la más amplia difusión, y no hay duda de que durante el mes de febrero la microfacción fue el tema más amplia y generalmente discutido en Cuba.

Como la posición del Gobierno estaba resumido de manera muy sucinta en la primera de las declaraciones del Comité Central arriba citadas, reproducimos este documento en su totalidad:

El Comité Central de nuestro partido, que se reunió los días 24, 25 y 26 de enero, leyó un informe sometido por su

⁷ Todos los hechos y las citas están tomados de las ediciones semanales de *Granma* del 4 y el 11 de febrero.

Comisión de Fuerzas Armadas y de Seguridad del Estado relativo a las actividades llevadas al cabo por la microfacción, analizó los diferentes aspectos del informe y pudo probar los hechos siguientes:

Primero: Que un muy pequeño grupo de antiguos sectarios, resentidos y oportunistas, encabezado por Aníbal Escalante, organizaron una microfacción y ejecutaron actividades contra la Revolución, que deben ser juzgadas por los tribunales revolucionarios.

Segundo: Que quienes componían esta infinitesimal microfacción nunca se dirigieron a los organismos regulares del partido para expresar sus puntos de vista, sino más bien se dedicaron a hacer proselitismo y a fomentar las divergencias ideológicas entre ciertos militantes del Partido Socialista Popular y algunos oportunistas que durante la época del sectarismo, y sin mérito revolucionario alguno, habían trepado a puestos dentro del partido y del Gobierno.

Tercero: Que entre las actividades más impresionantes de estos elementos sectarios destacan las siguientes: "ataques, por medio de intrigas, contra las principales medidas de la Revolución; la distribución de propaganda clandestina contra la línea del partido; un intento de dar una orientación equivocada a varios núcleos del partido; la presentación de datos falsos y calumniosos acerca de los planes de la Revolución a funcionarios de países extranjeros, con la intención de socavar las relaciones de Cuba con otros gobiernos; la toma de documentos sectarios del Comité Central y del ministerio de la Industria Básica; y el proselitismo y el fomento de divergencias ideológicas entre ciertos militantes que vinieron de las filas del Partido Socialista Popular. Estos elementos llevaron al cabo también otros actos que deben ser asimismo juzgados por los tribunales revolucionarios".

Aníbal Escalante y aquellos que apoyaron estas actividades han aceptado su responsabilidad.

El Comité Central llegó a las conclusiones siguientes:

1) La responsabilidad política y criminal de estos actos se hizo más grave por lo siguiente:

En varias ocasiones el compañero Fidel Castro hizo advertencias múltiples acerca de las actividades de la microfacción. Específicamente, en su discurso de clausura de la Conferencia de la OLAS, Fidel Castro hizo un análisis del problema y denunció concretamente tales actividades. El

camarada Raúl Castro también hizo denuncias y advertencias acerca de estos problemas. En muchas ocasiones varios elementos de la microfacción fueron llamados a discutir sus ideas y sus actitudes opuestas a la línea de la Revolución. Varios camaradas advirtieron personalmente a estos inveterados y resentidos sectarios los peligros del camino que estaban siguiendo. Ninguna de estas advertencias fue tomada en serio ni logró detener a este minúsculo grupo en sus actividades de oposición a la Revolución.

2) Es importante que se establezca un claro *aislingo* entre la conducta de los inveterados y resentidos sectarios que, saliendo de las filas del Partido Socialista Popular, cayeron en estas desviaciones ideológicas y llevaron al cabo las criminales actividades arriba mencionadas, y la conducta limpia, desprendida, revolucionaria de la casi totalidad de los hombres y mujeres que, habiendo salido de las mismas filas, han mantenido en el pasado y mantienen en el presente una posición sincera, leal y comunista.

Algunos elementos de la microfacción son individuos corruptos e inmorales que se elevaron a posiciones en el Gobierno y en el partido durante el período del sectarismo.

Otros —tan sólo unos cuantos de ellos—, que habían mantenido una actitud revolucionaria en el pasado, estaban comenzando a mostrar una inclinación hacia la corrupción personal.

En general las personas arrestadas no pueden ser consideradas como representativas de los militantes revolucionarios procedentes del antiguo Partido Socialista Popular.

3) Es importante también señalar que los individuos que cometieron estos crímenes contra la Revolución no tienen en la actualidad ningún puesto dirigente en el partido. Constituyen tan sólo nueve miembros del partido y unas cuantas decenas de individuos resentidos y oportunistas que son desconocidos para el pueblo y que no tienen nada que ver con las grandes tareas y planes de la Revolución.

4) La importancia política de estas acciones se deriva de las siguientes circunstancias:

La microfacción vino a coincidir con los argumentos usados y las posiciones adoptadas por los seudorrevolucionarios latinoamericanos y la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos.

Se llegó a esta conclusión tras de analizar las actividades, métodos y argumentos empleados por estos elementos.

El hecho de que sus objetivos fueran absurdos e imposibles de realizar, puesto que carecían de todo apoyo de nuestro pueblo, no atenúa la gravedad de sus actos, criminales y contrarios al partido.

En primer lugar porque —en principio— es absolutamente intolerable que se utilicen tales procedimientos dentro de la Revolución Cubana.

En segundo lugar porque, en términos de las particularidades de un Estado socialista, las actividades realizadas por esta microfacción violaron —tanto en sus métodos como en sus objetivos— la legalidad y los principios comunistas, conspirando así descaradamente contra el éxito de la Revolución.

Por último, porque los argumentos utilizados por tales elementos, al coincidir con los de los seudorrevolucionarios de Latinoamérica y las tesis de los imperialistas, colocan de hecho a este grupo dentro del complejo de fuerzas que se oponen a la Revolución.

Por consiguiente: el Comité Central del partido adoptó por unanimidad las siguientes resoluciones:

Primera: Aprobar en su totalidad el informe sometido al Comité Central por su Comisión de Fuerzas Armadas y de Seguridad del Estado, con respecto a las actividades realizadas por esta microfacción.

Segunda: Expulsar deshonrosamente a los miembros del partido involucrados en estas actividades. Estos miembros son: Aníbal Escalante Dellundé, Octavio Fernández Boris, Emilio Quesada Ramírez, Luciano Argüelles Botella, Orestes Valdés Pérez, Raúl Fajardo Escalona, Luis M. Rodríguez Sáenz, Lázaro Suárez Suero y Marcelino Menéndez Menéndez.

Tercera: Someter a los tribunales revolucionarios el informe de las investigaciones realizadas por los organismos del Comité Central, de manera que ellos puedan juzgar estos crímenes de acuerdo con su autoridad y con los procedimientos prescritos por la ley en vigor.

Comité Central del Partido Comunista Cubano.

La Habana, 25 de enero de 1968

Año del Guerrillero Heroico

Lo primero que se advierte es el énfasis que puso la dirección del partido en la falta de importancia política de los acusados: "esta microfacción infinitesimal... el grupo minúsculo... sólo nueve miembros del partido y unas cuantas docenas de individuos resentidos y oportunistas que son desconocidos para el pueblo y no tienen nada que ver con las grandes tareas y planes de la Revolución... carecían de todo apoyo de nuestro pueblo". ¿Se intentaba con este lenguaje, tal como parecen haberlo supuesto personas no familiarizadas con la situación cubana, distraer la atención de un complot verdaderamente grave contra el régimen?

No, de ninguna manera. Razonar de esa manera es ignorar el meollo del asunto. Entre los acusados había sólo una figura prominente: Aníbal Escalante, y era y es todavía, muy merecidamente, uno de los hombres más impopulares del país.⁸ Los otros eran, muy literalmente, desconocidos y no tenía apoyo popular. ¿Por qué, pues, se escogió a este impopular individuo y al oscuro grupo que le rodeaba para un juicio de exhibición y para un severo castigo?⁹

La única respuesta que tiene sentido es que se les utilizó como un ejemplo, como una advertencia para otros. Pero, ¿para quiénes?

Una hipótesis es que se trató de una advertencia a la Unión Soviética y a los otros países socialistas de la Europa oriental para que se abstuvieran de inmiscuirse en los asuntos cubanos. Es cierto que se acusó a los microfaccionalistas de llevar sus quejas a funcionarios soviéticos, de la Alemania oriental y checos, con la esperanza de influir en la política de sus países hacia Cuba. Sin embargo, en el detallado relato de estos esfuerzos contenido en el

⁸ Escalante había sido uno de los dirigentes del Partido Comunista pre-revolucionario —el Partido Socialista Popular (PSP)— y llegó a ser secretario de Organización de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), que fueron el primer escalón en la edificación del nuevo Partido Comunista posrevolucionario. En este puesto Escalante se dedicó a construir una maquinaria personal, en la bien conocida tradición estalinista. Fue expulsado por Fidel en marzo de 1962, y embarcado a la Unión Soviética, en donde permaneció hasta que se le permitió regresar a Cuba en 1964. Esta acción de Fidel contra Escalante fue inmensamente popular. Después de su regreso, Escalante fue puesto a cargo de una granja avícola del Estado, en donde se dice que se efectuaron muchas de las reuniones de los microfaccionalistas.

⁹ Escalante fue sentenciado a quince años de prisión por el Tribunal Revolucionario. De los otros, cinco recibieron sentencias de doce años, uno de dos años, y dos fueron enviados a la oficina del fiscal de las Fuerzas Armadas.

informe de Raúl Castro no se hace cargo alguno que pudiera considerarse algo más que una indiscreción, en contra de los funcionarios extranjeros involucrados, y Raúl interrumpió su informe para rendir tributo a los técnicos del bloque soviético, añadiendo: "Puedo afirmar personalmente que durante estos años miles de funcionarios soviéticos, incluyendo asesores, especialistas y técnicos de todas clases, han trabajado con nosotros en las Fuerzas Armadas; y, en verdad, no hay un solo motivo de queja en contra de ellos; muy por el contrario, tenemos agradables recuerdos de ellos y les estamos profundamente agradecidos". Una advertencia dirigida a los países del bloque soviético seguramente habría sido formulada en términos muy diferentes.

Una segunda hipótesis es que la advertencia era para otros antiguos miembros del PSP. Esto es más creíble *prima facie*, ya que no hay duda alguna de que, con el deterioro en las relaciones cubano-soviéticas, los antiguos miembros del PSP han sido considerados —estrechamente vigilados— como opositoristas potenciales. No hay nada en los documentos publicados, sin embargo, que implique a otros miembros del PSP en actividades opositoristas. Por el contrario, se hicieron todos los esfuerzos para tranquilizarlos. La declaración del Comité Central citada arriba hace hincapié en la inimportancia de hacer un "claro distingo" entre la conducta de los microfaccionalistas y "la conducta limpia, desprendida, revolucionaria y comunista de la casi totalidad de los hombres y mujeres que, proveniente de esas mismas filas (PSP), han mantenido en el pasado y mantienen en el presente una posición sincera, leal y comunista". Y de los tres antiguos dirigentes más altos del PSP, además de Aníbal Escalante, dos (Blas Roca y Lázaro Peña) son mencionados por sus nombres en el informe de Raúl Castro como habiendo rechazado las insinuaciones de la microfacción, en tanto que el tercero (Carlos Rafael Rodríguez) pronunció un discurso ante el Comité Central fustigando a Escalante y a sus colaboradores, discurso que fue publicado completo en *Granma*. Una vez más, lo único que se puede decir es que una advertencia enderezada a otros antiguos miembros del PSP seguramente habría sido expresada en términos muy diferentes.

Nos quedamos, pues, con sólo una conclusión posible: que la advertencia estaba dirigida a cualquier cubano que pudiera sentirse inclinado a tomar posiciones o a expresar puntos de vista que, con razón o sin ella, pudieran interpretarse como alineándolo con

la microfacción. Y hasta una lectura apresurada de los documentos deja muy pocas dudas acerca de que esto podía incluir potencialmente a cualquiera que criticase la política del Gobierno o de sus dirigentes. Los argumentos esgrimidos por los microfaccionalistas, dice la declaración del Comité Central, "al coincidir con los de los seudorrevolucionarios de Latinoamérica y con las tesis de los imperialistas, de hecho colocan a este grupo dentro del complejo de fuerzas que se oponen a la Revolución". Es de presumirse que casi todas las posibles críticas a Cuba hayan sido emitidas, en una u otra época, por los seudorrevolucionarios (los partidos comunistas latinoamericanos pro-Moscú) o por los imperialistas. Y si se quieren concreciones más definidas basta con estudiar el informe de Raúl Castro. Éste interrumpió en un punto su lectura para intercalar:

Menciono este asunto de sus críticas y de que estuvieron en contra de un punto o de otro para aclarar más las cosas. Hoy en la mañana, temprano, hice la siguiente proposición a un grupo de compañeros que estaban revisando conmigo este material: Busquemos una sola cosa de las que ha hecho la Revolución que tenga el apoyo de esta gente. Y en verdad, compañeros, no pudimos encontrar una sola cosa que hubiera podido obtener el apoyo de estos ciudadanos. Esto es, que toda medida tomada por la Revolución, importante o no, se encontró con su crítica sistemática.

Obviamente, si los microfaccionalistas lo criticaban todo, cualquiera que critique cualquier cosa puede ser acusado de simpatizar con la microfacción. No estamos sugiriendo que las cosas hayan llegado ahora a este punto, pero sí sugerimos que el caso de la microfacción sienta un precedente y pone los cimientos para la supresión al por mayor de la crítica en Cuba, en el momento en que, a su propia discreción, la dirección pueda decidir que así lo exigen los intereses de la Revolución.

Si la supresión de la microfacción hubiera sido un acto aislado, quizá no estuviera uno en lo justo al atribuirle gran importancia política. Pero en realidad formaba parte de una situación que se ha venido desarrollando por algún tiempo. Hace unos cuantos años era posible que tuviera lugar un debate sobre problemas políticos fundamentales.¹⁰ El tono era apagado y los argumentos ten-

¹⁰ Véanse pp. 148-151.

dían a ser más alusivos que directos; pero no había equivocación posible en cuanto a la existencia de genuinas diferencias dentro del Gobierno mismo, y por lo menos se podía entender la naturaleza general de estas diferencias. Nada semejante es posible hoy. Los periódicos al través de los cuales se conducía el debate han dejado de publicarse. Hasta el principal órgano teórico del partido, *Cuba Socialista*, que había sido una importante fuente de información y análisis, fue descartado, sin que se le haya sustituido. Cuando estábamos en Cuba las escuelas del partido —instituciones educativas especialmente diseñadas para las necesidades de los cuadros del propio partido— fueron cerradas, junto con su órgano extraoficial *Teoría y Práctica*, que había publicado valiosos materiales sobre asuntos cubanos y extranjeros. Uno por uno han sido cegados los canales al través de los cuales podían llegar al público otros puntos de vista que los oficiales.

Los últimos informes de prensa, por otra parte, indican que la política de tanto tiempo del Gobierno, de permitir una gran libertad a los artistas y los escritores, quizá esté también llegando a su fin. Un informe de La Habana publicado en *El Mundo* el 5 de noviembre dice en parte:

“Hay entre nosotros contrarrevolucionarios camuflados que tratan de suscitar en nuestro país «problemas checoslovacos» y problemas referentes al realismo socialista. Es necesario actuar contra estos elementos. . .” Es en estos términos que el señor Lisandro Otero, vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, ha revelado la existencia de cierto malestar. Su discurso, pronunciado en la reunión nacional de escritores jóvenes, fue publicado el lunes por toda la prensa cubana. No es por accidente que esta charla, que se dio hace dos semanas, aparezca en La Habana al día siguiente del sorprendente anuncio de diferencias entre un jurado internacional y la Unión Nacional de Escritores y Artistas Cubanos. . . La reunión de los escritores jóvenes organizada por las autoridades en octubre, en Cienfuegos, era en verdad una iniciativa tomada con miras a la renovación de las estructuras culturales, deseada por los dirigentes. . . Esta confrontación (sobre las decisiones de un jurado internacional) podría ser el punto de partida de una “ofensiva cultural” dirigida a un total remodelado de las instituciones y la política de la Revolución Cubana en este campo.

Coincidiendo con estos acontecimientos y explicándolos en gran medida, está la persistente difícil situación económica. La vida diaria es dura, y después de diez años la gente se cansa. Pero hay algo más todavía. La dirección revolucionaria ha hecho demasiadas predicciones optimistas que no han logrado materializarse, demasiadas promesas que no se han podido cumplir. Que estas predicciones y promesas se hicieron con toda honradez y reflejaron una subestimación de los obstáculos por vencer, más que un intento de engañar al pueblo, es un hecho importante, pero influye poco para modificar las consecuencias. La gente no sólo se está cansando: está tendiendo a perder la fe, la confianza en la capacidad de la dirección para cumplir su palabra. Los lazos que unen a las masas a su gobierno paternalista están comenzando a debilitarse.

La dirección muestra con sus actos que está conciente de esta situación. Pero parece explicable que la erosión esté localizada hasta ahora en ciertas regiones geográficas y sociales —principalmente los intelectuales y profesionales y funcionarios de la ciudad capital. Al parecer, la conclusión que saca es que lo primero que se necesita es acallar a estas gentes, antes de que contagien al resto de la población. Después de esto, la dirección cuenta con que venga al rescate una brusca mejoría económica. Cuando esto ocurra habrán quedado remendados los lazos entre el Gobierno y el pueblo y ya no habrá necesidad de medidas duras como las que se tomaron contra la microfacción.

Quizá las cosas resulten en esa forma. Así lo esperamos. Pero si no, si quedan todavía por delante bastantes años de privación, hay el peligro de que los vínculos entre el Gobierno y el pueblo continúen debilitándose y la lógica diabólica del proceso conduzca al Gobierno más y más abiertamente por los caminos de la represión.

Parece haber dos posibles vías de salida de este dilema. La primera, que ciertamente sería de la preferencia de los microfaccionistas y de sus camaradas ideológicos en Cuba y en el extranjero, requeriría un retardo en el ritmo del desarrollo económico (por una parte, una tasa de inversión menor, y por la otra un aumento en la producción y en la importación de artículos de consumo), mayor confianza en los incentivos materiales, un campo más amplio de producción de mercancías (esto es, producción orientada hacia el lucro en los mercados libres), y así sucesivamente. La contrapartida de esta política económica derechista sería, internacio-

nalmente, el alineamiento político con la URSS y la adopción de una política exterior de "coexistencia pacífica", con miras a un posible restablecimiento de las relaciones con los Estados Unidos. Cuáles serían las consecuencias de un programa así es tal vez una pregunta teórica interesante (nosotros pensamos que la consecuencia principal sería la restauración del capitalismo en Cuba), aunque no deba dilucidarse aquí. Porque si hay algo que parezca cierto en un mundo de incertidumbre es que Fidel Castro no consentiría jamás esa brusca desviación a la derecha.

La otra posibilidad sería un intento de cambiar el carácter de las relaciones entre la dirección y el pueblo, compartiendo el poder y la responsabilidad; es decir, un viraje a la izquierda. Seguramente que esto no sería fácil. Deberían de romperse los hábitos históricamente condicionados de ambas partes. Y tendría que lanzarse un ataque contra los métodos burocráticos de gobierno que fuera mucho más lejos de lo que los cubanos han intentado hasta ahora.

Hasta el momento las campañas contra la burocracia en Cuba se han preocupado, en su mayor parte, por reducir un personal oficinesco hipertrofiado y en gran medida improductivo, herencia del pasado capitalista y que en algunos casos se formó durante los primeros años de la Revolución. Esto es en verdad algo bueno: sería absolutamente irracional que un país socialista, que sufre una severa escasez de mano de obra, tolerase esa especie de desempleo disfrazado con privilegios especiales, encarnado en las burocracias hipertrofiadas que son características del mundo capitalista subdesarrollado. Pero puede existir un régimen burocrático independientemente de la magnitud de la burocracia: su esencia es la monopolización del poder por funcionarios nombrados por quienes están por sobre ellos en la escala del mando, y responsables ante éstos.

En este sentido el sistema de gobierno de Cuba es evidentemente un régimen burocrático. El poder está concentrado en el Partido Comunista; dentro del partido, en el Comité Central; y dentro del Comité Central en el líder máximo. La estructura se construyó de arriba abajo: primero vino el líder, luego el Comité Central, después los organizadores regionales y locales, y por último los miembros. Los cubanos arguyen a veces que el método para escoger a los miembros confiere al régimen un carácter democrático. En efecto, las asambleas de trabajadores en fábricas, oficinas y granjas eligen a los más trabajadores, a los políticamente más puros y a los de mejor comportamiento, para que sean miembros de

la rama del partido en la empresa. Esto, según se arguye, asegura que el partido represente directamente al pueblo y empuñe en su nombre el poder. Pero de hecho esto no es así. Los candidatos a miembros propuestos por las asambleas de trabajadores pueden ser vetados por más altas autoridades del partido, que mantienen en sus manos todas las palancas del poder. En estas circunstancias, lo que las asambleas de trabajadores eligen no es quien las represente, sino quien vaya a unirse al aparato gubernamental y a convertirse en portador de su política y de sus directivas en el ámbito local. Hay mucho que decir en favor de este sistema: asegura al partido miembros jóvenes y capaces, cercanos a los trabajadores y respetados por éstos. Pero lo que no se puede decir es que constituya una alternativa frente a un régimen burocrático.

Si en las condiciones que hoy prevalecen en Cuba pudiera encontrarse tal alternativa y, en caso de haberla, cómo sería, son preguntas que no pretendemos poder contestar. La historia sugiere que, a pesar de una larga tradición de oposición al régimen burocrático en los movimientos socialistas,¹² en la práctica todas las sociedades socialistas lo han adoptado como la manera más viable de hacer frente a sus problemas iniciales, que invariablemente son de proporciones formidables. La historia sugiere también que, una vez fortalecido, el régimen burocrático se hace extremadamente resistente al cambio. En la Unión Soviética nunca ha habido un serio desafío al régimen burocrático desde que quedó firmemente establecido bajo Stalin, a fines de los 20 y principios de los 30. Y la determinación de Mao Tse-Tung en el sentido de que China no debe repetir el experimento soviético ha culminado en más de dos años de un levantamiento en toda la nación, que se llama revolución cultural y cuyos resultados definitivos podremos no conocer en mucho tiempo.

¹² El ensayo de Marx sobre la Comuna de París (*The Civil War in France*) fue un himno a la democracia directa y una denuncia implícita del régimen burocrático. Para Lenin éste fue uno de los escritos más importantes de Marx sobre la teoría del Estado, y hasta el fin de su vida nunca cambió su opinión sobre los temas analizados en él. "Si Lenin fue llevado, por las necesidades prácticas, a admitir una concentración de autoridad siempre creciente —escribe E. H. Carr—, no hay pruebas de que vacilara en su creencia en el antídoto de la democracia directa. Pero él comenzó a comprender que el progreso sería más lento de lo que al principio había esperado, y que el espantajo de la burocracia era más difícil de conjurar" (*A History of Soviet Russia: The Bolshevik Revolution, 1917-1923*. [Nueva York, Macmillan, 1951-1960], p. 224.)

Los problemas de Cuba no son los mismos de la Unión Soviética en los años 20 o los de China en los 60, y Fidel Castro no es un Stalin ni un Mao Tse-Tung. Es pues improbable que cualquier cosa que ocurra en Cuba sea la repetición de algo ya ocurrido. Pero parece ser que se está gestando un nuevo drama histórico en la Cuba hoy, y que su curso y desenlace no pueden dejar de ser una ansiosa preocupación de los socialistas revolucionarios de todo el mundo.

Se terminó de imprimir este libro el día 18 de diciembre de 1970 en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, México 12, D. F. Su tiro consta de 3,000 ejemplares.

KOI KOI

HUBERMAN

H KOI KOI

KOI KOI

EL
SOCIALISMO
EN CUBA



BIBLIOTECA "MTRO JESUS SIVA
HX157/H8



3183